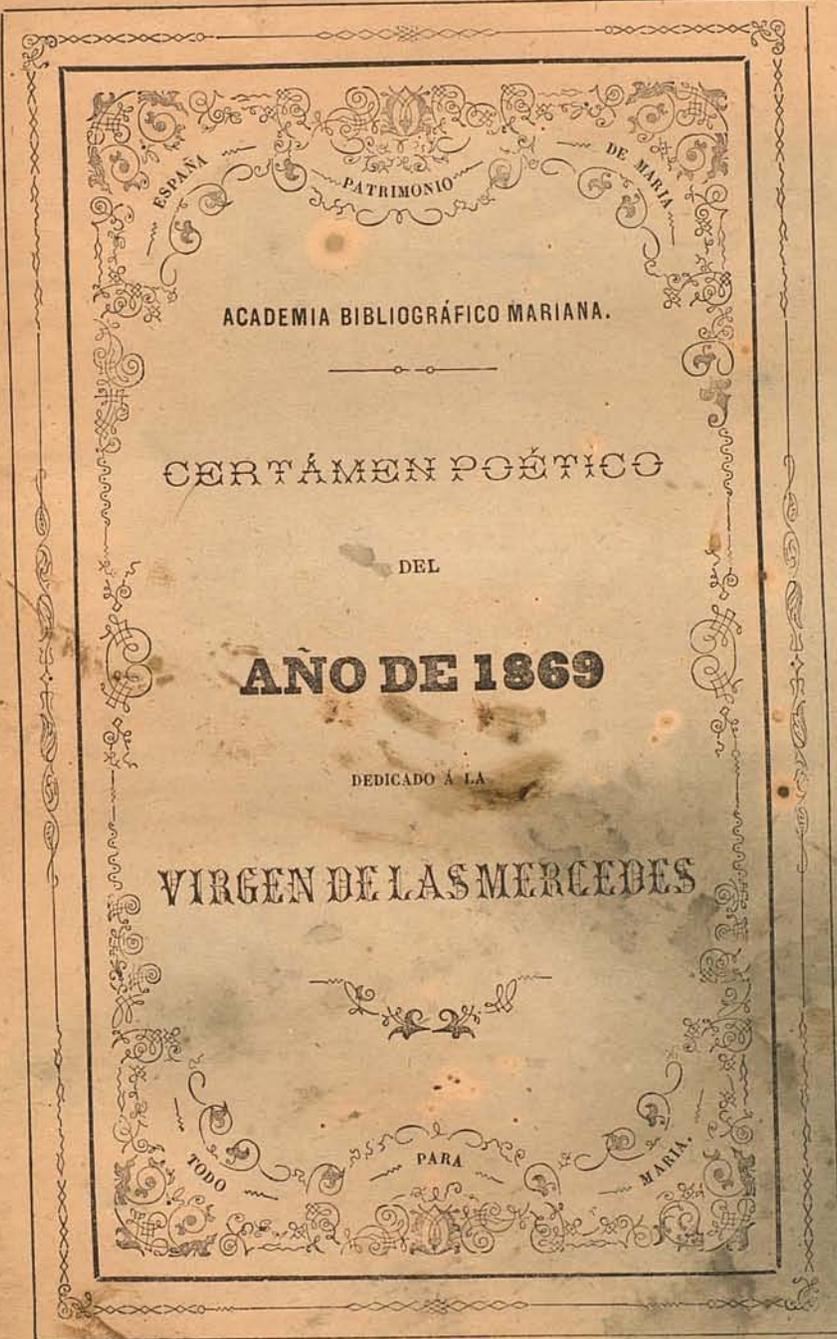


76 35-12



ESPAÑA PATRIMONIO DE MARIA

ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO MARIANA.

CERTÁMEN POÉTICO

DEL

AÑO DE 1869

DEDICADO A LA

VIRGEN DE LAS MERCEDES

TODO PARA MARIA.

PCAR-1/0009

CERTAMEN POÉTICO

CONCURSO DE PREMIOS



ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

CERTAMEN POÉTICO DE 1869.



CERTAMEN POÉTICO

CELEBRADO CON MOTIVO DEL

CONCURSO DE PREMIOS

ABIERTO POR LA ACADEMIA

PARA SOLEMNIZAR EL

ANIVERSARIO VII DE SU INSTALACION

PATRIMONIO DE MARIA
EN LA NOCHE DEL

17 DE OCTUBRE DE 1869.



LÉRIDA:

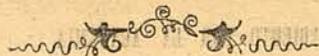
IMPRESA DE MARIANO CARRUEZ.

1869.

CERTAMEN POÉTICO

CERTAMEN CON PREMIO DEL

CONCURSO DE PREMIOS



ACTA DEL CERTAMEN

ESPAÑA

AYUNTAMIENTO DE LÉRIDA

PATRIMONIO DE MARIA

TODO PARA MARIA



LÉRIDA

Imprenta de Miquel Cases

1881

ACTA DEL CERTÁMEN.

En la Ciudad de Lérida, á los diez y siete de Octubre de mil ochocientos sesenta y nueve, bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, con extraordinaria reunion de individuos de esta Sociedad é infinito número de personas notables de la poblacion, además de las Comisiones Capitulares y representantes de otras Corporaciones de la misma, siendo las cinco y media de la tarde, se dió comienzo en una de las salas de la planta baja del Palacio Episcopal, donde además de los acostumbrados adornos veíanse en preciosos cuadros reproducidas las seis imágenes celebradas en los anteriores concursos, al séptimo de los anuales Certámenes literarios establecidos por la Academia bibliográfico-mariana, de conformidad con el anuncio de premios y convocatoria anticipadamente publicada por su Junta Directiva.

Hecha lectura del acta relativa al precedente Certámen, el Sr. Fundador de la Academia pronunció un discurso encaminado á patentizar el esmero asiduo con que esta habia procurado, así en el progresivo número como en la buena eleccion de sus publicaciones, cumplir las bases literarias de su programa fundamental, todo á mayor gloria y enaltecimiento de MARIA. (Núm. 1.)

El Secretario de la Junta Directiva, que lo ha sido también de la Comisión de exámen, presentó en seguida una reseña general de las producciones en tiempo hábil recibidas, especificando el concepto formado por el Jurado de censura con referencia á las reconocidas de mérito mayor para la obtencion de los premios y accesits propuestos (Núm. 2.)

Abiertas por S. S. Ilma. las carpetas que contenian los nombres y domicilio de los competidores laureados, resultaron alcanzadas estas distinciones por el órden siguiente.

D. PASCUAL DE LA CALLE (*de Barcelona*) el laud de plata y oro por su Poema *La Virgen de la Merced y el dios del Siglo*, lema.... *intercessio gloriosa nos protegat et ad vitam perducat eternam*. (Núm. 3.) *

No pudo adjudicarse ningun accesit á este premio.

D. EUSEBIO ANGLORA (*de Barcelona*) la cítara de plata y oro por su Leyenda *Grillos y Flores*, lema *Quis invocabit eam et non est exauditus ab ipsa?* (Núm. 4.)

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ (*de Sevilla*) el primer accesit por la Leyenda *El Manto de la Virgen*, lema *Descubre tu presencia—y máteme tu vista y hermosura:—mira que la dolencia—de amor no bien se cura—sino con la presencia y la figura. San Juan de la Cruz*. (Núm. 5.)

D. PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA (*de Sarriá*) el segundo accesit por su Leyenda *El Trovador de Maria*, lema *Voy á contaros la divina historia—de una mujer á quien el alma mia—adora.... Zorrilla*. (Núm. 6.)

D. ANTONIO LOPEZ MUÑOZ (*de Huelva*) la lira de plata por su Oda *A la Virgen de las Mercedes*, lema *Ecce Mater tua* (Núm. 7.)

D. CONSTANTINO GIL (*de Zaragoza*) el primer accesit por la Oda *A la Madre de las Mercedes*, lema *¡Merced, Merced, Merced!* (Núm. 8.)

D. FRANCISCO DE PAULA RIBAS Y SERVET (*de Barcelona*) el accesit segundo por la Oda *A la Virgen Santísima Redentora de Cautivos*, lema *De cautivos Redentora—y hermosa Estrella del día—hacednos merced, Maria—de ser nuestra protectora*. (Núm. 9.)

* Posteriormente resultaron pertenecer al mismo Sr. La Calle los Sonetos *A Nuestra Señora de las Mercedes* distinguidos con mención honorífica especial; los cuales, previo el competente acuerdo, figurah al frente de su laureado poema, en virtud de esta circunstancia y de la relevante analogía sintética que con él ofrecen.

D. JOSÉ MARTÍ Y FOLGUERA (*de Reus*) el lirio de plata, anual regalo de S. S. Ilma. para la composicion mas afectuosa despues de las anteriormente premiadas, por su poesia *Música de suspiros*, lema *¿Porque solo desde lejos contemplamos tu hermosura?* (Núm. 10.)

D.^a VICTORIA PEÑA DE AMER (*de Palma de Mallorca*) el primer accesit por su Canto *A la Sma. Virgen de la Merced*, lema *Tota pulcra es Maria, et macula non est in te*. (Núm. 11.)

D. PEDRO PALAU Y GONZALEZ DE QUIJANO (*de Mayagüez Puerto-Rico*) el segundo accesit por su composicion *A la Virgen de las Mercedes*, lema *Iris de paz y de esperanza mia, de mi amor acoged esta poesia*. (Núm. 12.)

D. FRANCISCO DE PAULA RIBAS Y SERVET, *Pbro.* (*de Barcelona*) el jacinto de plata, dádiva del Sr. Director de la Sociedad para la produccion mejor en desagravio de los ultrajes hechos á la Sma. Virgen en algunas de sus imágenes, por la titulada *Los amores de Maria*, lema *Narrabo nomen tuum fratribus meis; in medio Ecclesie laudabo te. Ps. 21; v. 23*. (Núm. 13.)

D. ENRIQUE GARCIA BRAVO (*de Valencia*) el accesit primero por su poesia *A Ntra. Sra. de las Mercedes*, lema.... *quia amore langueo*. (Núm. 14.)

D. JOSÉ TARONGÍ Y CORTÉS (*de Palma de Mallorca*) el segundo accesit por su Oracion en la Montaña *A la Virgen de las Mercedes*, lema *Tibi quæsumus ut á daemone servitute liberemur*. (Núm. 15.)

D. ANTONIO MOLINS Y SIRERA (*de Barcelona*) el jazmin de plata, premio ofrecido por el infrascrito Secretario general de la Academia á la superior composicion poética en catalan literario del Principado ó de los antiguos Reinos de Mallorca y Valencia, por la dedicada *A Maria, Vérgé de las Mercés*, lema *Reys, caballers y fràres cridats seràn per Ella—y arboraràn la ensenya de amor y redempció...* (Núm. 16.)

D.^a MARIA DE BELL-LLOCH (*de Barcelona*), nombre que llamado á faltar en el acto de abrirse la carpeta remitió separadamente la misma autora, el primer accesit por su poesia *A la Vérgé Maria*, lema *Per ço cad any irèn á Montserrat* (Núm. 17.)

D. JOSÉ MARTÍ Y FOLGUERA (*de Reus*) el segundo accesit

por la dedicada *A la Vérgé de las Merces*, lema *Virgo Virginum*. (Núm. 18).

D. JUAN BAUTISTA PASTOR AICART (*de Benezama*) un accésit adicional por el Romance Valenciano *A la Vérgé de la Mercet*, lema *Salve, Mater Misericordice*. (Núm. 19)

D. PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA (*de Sarriá*) la pluma de plata destinada por la Junta Directiva para el mejor trabajo en prosa, por la *Reseña histórica del Instituto de Ntra. Sra. de la Merced*, lema *Tu exurgens misereberis Sion; quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus*. (Núm. 20.)

No cupo la adjudicacion de accésits.

El Sr. Martí, único de los autores laureados que se hallaba presente, recibió su premio de manos del Ilmo. Señor Obispo y leyó entre unánimes aplausos las dos composiciones que le pertenecian. De las restantes, que fueron asimismo oídas con entusiastas demostraciones de satisfaccion, hicieron lectura cuando menos parcial algunos señores Académicos, y la seccion de música del Establecimiento Provincial de Beneficencia ejecutó en los intervalos varias escogidas tocatas.

El Sr. Director hizo patente su gratitud á cuantos con su presencia habian realizado la brillantez del acto, y en particular á S. S. Ilma. quien le correspondió con frases del mejor agrado, y dió á todos los allí reunidos su bendiccion pastoral. Quedó anunciada como tarea del inmediato Concurso NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS, *de Granada*, y retiróse la concurrencia, siendo las ocho menos cuarto de la noche: interin se quemaron los pliegos intactos que encerraban el nombre de los competidores no premiados y que, segun constante práctica de esta Academia, habian estado prévia y públicamente expuestos, junto con las composiciones recibidas, sobre la mesa presidencial.

Lérida 18 de Octubre de 1869.

El Director,

José María Escolá.

El Vocal-Secretario.

Luis Roca.

NÚMERO 1.

DISCURSO

DEL

SEÑOR DIRECTOR D. JOSÉ MARIA ESCOLÁ.

Ilmo. Señor:

La Academia Bibliográfico-mariana celebra el séptimo año de su instalacion, presentándose en este acto público con la satisfaccion de haber cumplido exactamente con su programa; cual ha sido la publicacion y propagacion de las glorias de la Santísima Virgen. Los 300,000 volúmenes que lleva publicados son una garantia de esta verdad, al par que lo es tambien la acertada eleccion de las obras que se han dado á luz, en las cuales se ha acomodado á toda clase de inteligencias y de gustos.

Mas, ¿para qué tanto empeño en publicar las glorias de la Virgen? Esta pregunta podría hacerse al mismo Dios, si nos fuera lícito pedirle razon de sus obras; pues parece que Dios no trabajó en todo cuanto hizo sino para la mayor gloria de Maria. «A causa de ella dice S. Bernardo, fué hecho todo el mundo.» Y esto de tal manera que no hay criatura alguna que no recibiese el ser en vista de Maria y para la mayor gloria de Maria.

Cooperar pues al intento de Dios en la glorificación de su Madre es el grande objeto de nuestra Sociedad, al paso que es su riguroso deber, como lo es tambien de todos los hombres, porque si es voluntad de Dios que *tengamos todas las cosas por Maria*, lo es tambien que seamos agradecidos y que le correspondamos, dándole cuanto le debemos; y como se lo debemos todo, todo debemos dárselo. Si todo *por Maria*, todo debe ser para Maria. Y asi como no hay quien pueda esconderse de las influencias de la luz y de su calor, asi tampoco ninguno debe eximirse de quererlo todo para Maria y no de cualquier modo sino con la mayor eficacia.

Cuando se instaló, señores, la Academia al grito de *España, patrimonio de Maria, todo para Maria* ¿no fué acaso en vista de aquella proteccion que la Virgen la ha dispensado en todos los siglos? Veámos á nuestra pátria inundada de doctrinas impías y disolventes y al mismo tiempo en la mayor decadencia. ¿Cómo salvarla? ¿Cómo relevarla? En la tierra no habia remedio; pero levantamos los ojos al cielo, vimos como señal é instrumento de salvacion, como la salvacion misma á aquella que desde Zaragoza acabó con el paganismo, desde Covadonga con el islamismo, desde Toledo con el arrianismo, desde Montserrat con la dominacion extranjera y que dió á la patria el triunfo siempre, la verdadera libertad y la prosperidad.

Más no bastaba ver el remedio sino que era preciso alcanzarlo y aplicarlo. Era preciso en cierto modo obligar á la Virgen á que se armara de celo para venir á nuestro socorro. Y ¿cómo obligarla? Armándonos nosotros del celo de su mayor gloria, formar un cuerpo de zuavos marianos para propagarla y defenderla y llevar el amor de Maria al corazon de todos los españoles y á los españoles todos al corazon de Maria.

Con esta idea, señores, levantamos nuestro estandarte: *Todo para Maria* y la España correspondió á nuestro grito, uniéndose á él numerosos patricios de todas las provincias para formar el cuerpo de esta asociacion dó está vinculada, no dudamos en decirlo, la salvacion de nuestra patria.

Lo sensible es que no hayamos sido debidamente comprendidos en esta nobilísima idea de la mayor gloria de Ma-

ria y de la mayor felicidad de nuestra patria; porque si lo hubiéramos sido, como conviene, asi como no hay ningun español que no sea amante de Maria y de su patria, asi tampoco no habria alguno que con el mayor ardor y con el mayor entusiasmo no hubiera venido á agruparse en torno de tan glorioso estandarte que tan alto levanta los nombres de Maria y de España. El egoismo, la preocupacion, el indiferentismo, la frialdad, han pretendido impedir su completo desarrollo y penetrar tambien en sus filas; pero ¿qué importa? Los hombres de corazon nunca ceden á semejantes sujestiones, y fijos en su amor á Maria son inquebrantablemente fieles en la consigna de su mayor gloria.

Las muchas aguas no podrán apagar el amor. El amor es un fuego: las aguas son las contradicciones, las pasiones, los trabajos. Cuando el amor es verdadero, no pueden contra él ni fuentes, ni arroyos, ni rios, ni mares, ni aun tampoco el mismo diluvio: es un fuego inestinguible, que nada sobre las olas mas borrascosas. Y este debe ser el fuego de nuestro amor á Maria.

Y si tal no fuera, vendria la debilidad, la inconstancia y la duda, y se sumergiera en el agua, como el apóstol, que despues de haber andado sobre ella, como por tierra firme, grande trecho, se hundió apenas hubo dudado. Asi sucede á quien no es firme en su amor á Maria. Pero con este amor se anda *super aquas multas* con pié firme; con este amor todo se vence, nada se teme, nunca se desiste. *Las muchas aguas no podrán apagarlo.* Y este amor es la vida, el alma, el ser de nuestra Academia, y viene gráficamente espresado por su lema: *Todo para Maria.*

Ahora mas que nunca, pues, debemos repetir tan sublime espresion: si, ahora mas que nunca, por que nunca habíamos visto en nuestra patria, vilipendiada, insultada, blasfemada y fusilada á Maria, y porque nunca habíamos visto á la España tan abatida y tan destrozada debemos decir: *España toda por Maria.* Ahora mas que nunca debemos levantar nuestro glorioso estandarte, deber tan riguroso como provechoso para nosotros, y gritar con esfuerzo á imitacion de Matatias. «El que tenga celo de las glorias de Maria, y amor á su patria que venga en pos de mi y que diga con entusiasmo, *España patrimonio de Maria, todo para Maria.*»

Pero el tiempo es breve, y conviene demos paso á los distinguidos vates que vienen á publicar las glorias de nuestra escelsa Patrona.

HE DICHO.

Los vates que nos presentamos en esta ocasión, son los que han escrito las glorias de nuestra Patrona, y que por su mérito y talento, merecen ser publicados en esta obra.

El primer poeta que nos presenta su obra, es el Sr. D. Juan de los Rios, quien con su estilo sencillo y claro, nos ofrece una hermosa descripción de la Virgen María.

Y el segundo poeta que nos presenta su obra, es el Sr. D. Juan de los Rios, quien con su estilo sencillo y claro, nos ofrece una hermosa descripción de la Virgen María.

NÚMERO 2.

MEMORIA

DEL VOCAL-SECRETARIO DEL CERTÁMEN

D. LUIS ROCA.

ILMO. SR.
Este año recibidos, en esta Academia, se ha considerado con satisfacción el nuevo conjunto de exquisitos frutos literarios que la Academia, en esta su acostumbrada solemnidad anual, expone ante sus distinguidos favorecedores: frutos selectos, si gratos por sus matices y sus aromas cual los mejores de terrenales plantas, no menos estimables por su dulzor, ni por su jugo menos sustanciosos; germinados todos bajo la cultura de un arte sublime, desenvueltos en las serenas atmósferas de la fé, brillantados por los vivificantes rayos de la inspiracion, nutridos con la rica savia de la inteligencia y del sentimiento. Plácele á esta Sociedad ofrecer para saborearlos un expansivo reposo, siquier sea intervalo breve en las borrascosas vicisitudes de la agitacion mundana; como se goza el abrumado peregrino á quien enervára lo árido ó espinoso del habitual sendero, ya que no la furia de asolador huracan, ó las exhalaciones nocivas de infectos lodazales, en reparar un momento sus fuerzas, só la propicia copa de árbol secular, para con mejor ánimo proseguir despues su penosa caminata.

La recolección ha sido este año menos copiosa á la verdad que en algunos de los anteriores; pero lo que en número ha disminuido, ganancia ha resultado en la calidad de las producciones, raras como han sido las que contrastasen por su aspereza ó falta de madurez, efecto de lo poco privilegiado del tallo, ó de escasa habilidad en su bonificación. A cuarenta y nueve ascienden las reunidas; correspondiendo tres al género de poemas, diez al de leyendas, trece al de Odas, con mas cinco poesías afectuosas, seis de desagravios, diez catalanas y dos trabajos en prosa; aparte de otro que por llevar al frente el nombre de su autor ha tenido que separarse, y de cuatro composiciones líricas que en razón á haberse remitido despues ya de cerrado el plazo han debido igualmente quedar excluidas de concurso.—Los individuos honrados con el difícil cometido de designar las mas dignas en su juicio de ser laureadas, despues de examinarlas todas en particular con el pulso é imparcialidad que la delicadeza del cargo requiere, invocadas á la vez para complemento, de acierto las divinas luces han terminado sus tareas con el siguiente unánime acuerdo.

LAUD DE PLATA Y ORO.—De los tres únicos poemas en este año recibidos, ninguno se ha considerado con suficiente mérito absoluto para su obtención sino el que lleva por título *La Virgen de la Merced y el dios del Siglo*, y por lema.... *intercessio gloriosa nos protegat et ad vitam perducatur eternam*. Solo es de oponer que el espíritu alegórico de la obra y su contextura mas cercana del idealismo alemán que de la severidad épica hasta hace poco dominante, no haya permitido contraerla mas al propuesto tema. Proporcionan no obstante satisfactoria compensación, junto con las indisputables galas de estilo que doquier campean, los pensamientos morales y de filosófica aplicación de que tanto abunda. Por esto la comisión decidió conferirle la joya, cuya adjudicación fué de otro modo irrealizable; como por su parte lo ha sido á su vez el señalamiento de ningún accesit.

CÍTARA DE PLATA Y ORO.—Todas las leyendas remitidas, excepción hecha de la primera en orden de presentación, se han hecho merecedoras de aprecio por las bellezas literarias que en mas ó menos escala ofrece cada una: mas como culminantes entre todas se han dado correlativamente el pre-

mio y sus accesits á las tituladas *Grillos y flores*, *El Manto de la Virgen* y *el Trovador de Maria*, á que corresponden los lemas oportunamente anunciados.

LIRA DE PLATA.—De mérito análogo en su conjunto, aunque con algunas diferencias en la ejecución, se han encontrado las dos Odas *A la Virgen de las Mercedes* y *A la Madre de las Mercedes* las cuales, é inmediatamente despues de ellas la dedicada *A la Virgen Santísima Redentora de Cautivos*, figuran como las mejores entre las muchas buenas presentadas. Por realzarla un estilo mas vigoroso y una entonación mas sostenida, la joya se adjudicó á la primera, que lleva por divisa *Ecce Mater tua*, y los accesits á las otras dos, cuyos lemas son *Merced! Merced! Merced!* y *de Cautivos Redentora—y hermosa estrella del día—hacednos merced Maria—de ser nuestra protectora*.

LIRIO DE PLATA.—Siendo la ternura y abundancia de afectos las condiciones fijadas para ganar este premio por su generoso y consecuente donador anual el Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, ninguna poesía las ha llenado mas á placer de la Junta censora que la titulada *Música de suspiros*; lema *¿Porque solo desde lejos, contemplamos tu hermosura?* Se han distinguido en seguida, y en su virtud se les señaló el accesit á cada una, las dos que tienen por epígrafes *Tota pulchra es, Maria, et macula non est in te*, é *Iris de paz y de esperanza mía—de mi amor acoged esta poesía*.

JACINTO DE PLATA.—Ofrecido por el Sr. Director de esta Sociedad para el superior trabajo poético en desagravio de los ultrajes hechos á la Sma. Virgen y á sus sagradas imágenes; ha correspondido al Canto titulado *Los amores de Maria*, lema *Narrabo nomen tuum fratribus meis; in medio Ecclesie laudabo te*: obteniendo un accesit la Oda *A Ntra. Sra. de la Merced*, enviada con la divisa.... *quia amore languo*, y otro la *Oración en la montaña* cuyo distintivo es *Tibi qucesumus ut á daemone servitute liberemur*.

JAZMIN DE PLATA.—Costeado por el Secretario de la Academia que estas líneas escribe, con destino á la mejor composición catalana en elogio de Maria; ha debido adjudicarse por ser en dictámen del Jurado la que ofrece preferente conjunto, á la poesía que lleva por título *A Maria, Vergé de las Mercés* y por lema *Reys, caballers y frares cridats serán per Ella...*

Obtuvieron á continuacion muy favorable juicio las que tienen por lema *Per ço cad'any irém á Montserrat, y Virgo Virginum*, por lo cual se las ha distinguido con accesit, concediéndose tambien uno adicional al Romance valenciano *A la Verge de la Mercet*, lema *Salve, Mater Misericordice*.

PLUMA DE PLATA.—Acostumbrado premio de la Junta Directiva: de los tres solos trabajos en prosa que se han presentado, dos han debido quedar sin consideracion por separarse en un todo de los extremos para esta clase de escritos requeridos en el programa-convocatoria y faltar además en uno de ellos, conforme á su tiempo se anunció, el incógnito rigurosamente prevenido. No ha cabido en consecuencia mas adjudicacion que la de la joya, y ha sido merecedora de ella la *Reseña histórica* remitida con el epigrafe *Tu exurgens misereberis Sion; quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus*.

Cumple por último hacerse especial mencion honorifica de una salutación *A Ntra. Sra. de las Mercedes* presentada con el lema *¡O clemens, ó pia! ¡O dulcis Virgo Maria!* la cual careciendo por su forma de la precisa referencia á alguno de los géneros prescritos, no por ello ha dejado de tenerse en mucha estima por su hermoso pensamiento general y las ideas bellamente espresadas en sus cinco sonetos que digna la hacen de señalado lugar en la coronacion de este Certámen.

Si, pues, la amiga Barcelona se envanece todos los años con justicia en formar ramillete vistoso de gayas flores, galanamente abiertas en el mes de Mayo al próspero riego de tres fecundas cuanto inagotables corrientes, séale permitido á Lérida presentar hoy por séptima vez en el no menos pético Octubre — mes á semejanza del primero místicamente consagrado tambien á la Soberana Virgen — canastillo rico de los antedichos predilectos frutos, alimentados al par por los abundantes veneros de la Religion y de la poesía. Y despréndase de ellos beneficosa semilla generadora de muchos mas, á cuyos felices cultivadores podamos victorear en otoños sucesivos; como aplaudiremos á los que en este dia resultarán vencedores, ya que enalteciendo con estro singular las Mercedes de Maria se han justificado en posesion de una copiosa y celestial merced, motivo superior de complacencias y de regocijo.

LA VIRGEN DE LA MERCEO

Y
EL DIOS DEL SIGLO.

POEMA EN CUATRO CANTOS

POR

D. PASCUAL DE LA CALLE.

.....intercessio gloriosa nos protegat
et ad vitam perducat aeternam.

A NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES.

Quando el camino de mi triste vida
empreudí con placer por vez primera,
todo mi bien y mi fortuna era
una esperanza, cuanto Dios, querida.
Y apenas ¡ay! para mi mal fué ida,
de mi vida la alegre primavera,
ví morir mi esperanza lisonjera
en los brazos del mundo sacudida.

Con tamaño dolor sobrecogido
llamé á la muerte, que sobrado avanza
sin que la llame el corazon herido :
Mas la tormenta se trocó en bonanza,
Virgen de la Merced , pues he podido
ver en mi Santa Madre mi **esperanza**.

El mundo me engañó. Llamé á la puerta
de deudos y parientes , siempre en vano;
nadie en el mundo me tendió su mano
solo á la voz del interés abierta.
Perdida mi ilusion, en la desierta
mansion del ser que se titula humano,
pretendí animar con el lejano,
dulce recuerdo, mi alegría muerta.
Entonces, comparando mi agonía
con el goce pasado, y dulce anhelo,
mas triste aun mi soledad veia :
abandonado á la piedad del cielo,
en tí tan solo halló, Virgen Maria,
este pecho afligido su **consuelo**.

Quise olvidar el desengaño triste
que acibaró mi vida en un instante,
y por mi eterna soledad, errante,
baja la frente, divagar me viste.
¿Mas cómo puede el corazon que existe,
que vive aun, sensible y siempre amante
arrancarse ese dardo penetrante
á cuyo cruel dolor nada resiste?
Mas al fin olvidé, y ensangrentada
saqué del corazon la flecha aguda,
grande al pecho, pequeña á la mirada:
y tú, que viste, en olvidar, mi duda,
para dejar la duda castigada
del corazon herido, fuiste **ayuda**.

Felice entonces ya, puesto de hinojos,
contemplando tu rostro el pensamiento,
un poema de amor á tu alto asiento
lanzaron ¡ay! mis arrasados ojos.
Quise andar hácia tí, mas los despojos
de aquel antiguo espanto y desaliento
vida tomaron, y por un momento
temí del buen sendero los abrojos.
La densa oscuridad de mi camino,
con el miedo, mi marcha entorpecía,
y así vagué sin direccion ni tino.
Mas á la fin, mi Madre y Virgen mia,
iluminando al débil peregrino,
en su sendero le sirvió de **guia**.

Tuviera yo mil lenguas, y aun tuviera
pocas para alabarte, enaltecerte,
á tí, que vistes de ilusion la muerte
haciendo hermoso lo que horrible era.
A tí, que del Eterno mensajera,
dulce suspiro que exhaló el Dios Fuerte,
con solo un soplo, tornas al inerte
corazon la energia que perdiera.
Á tí, dó toma nombre la hermosura
y origen tuvo la pureza un dia.
A tí la siempre bondadosa y Pura
Virgen de la Merced, Virgen Maria,
en quien tiene y tendrá la criatura
Esperanza, consuelo, ayuda y guia.

... Emplea en sembrar, los años
que son de su vida el lleno;
pero siembra en un terreno
que solo dá desengaños.
En un terreno infecundo,
arenoso, estéril, muerto;
que es sembrar en un desierto
querer sembrar en el mundo.
Juventud, huye el acecho
del que te acaricia y besa
para hundirte por sorpresa
veinte dagas en el pecho
Tú, la que con rostro ufano,
sin miedo y sin aprension
vás llevando el corazón
en la palma de la mano.
Juventud, tú, solo en pos
de una esperanza corrias,
cuando tan solo creías
en tu Virgen y en tu Dios.
Tú misma abriste los ojos
al forjarte otros colores
que mañana tal vez flores.
Soledad luto y abrojos,
te traerá la crueldad
de ese mundo que te mira.
Todo en la tierra es mentira,
solo la muerte es verdad.
Recuerda o por si avanzas
al persistir en tu empeño,
hasta perder como un sueño
tu candor, tus esperanzas.
En trances, que el alma llena
de inmensa pena tendrás;
no vuelvas la vista atrás
te mataría la pena.
Si pierdes el corazón,
procura salvar el alma
con resignacion, con calma
en medio de la afliccion.
Porque aquí, donde á la huella
del dolor ya nada iguala,
el que va ciego resbala,
y el que resbala, se estrella.
Entonces, que de consuelo
siente el corazón la sed,
pide con sincero anhelo
que te ayude desde el cielo
La Virgen de la Merced.

INTRODUCCION.

EN EL CIELO.

Sin regla ni compás canté a mi lira
ESPRONCEDA.

EL PADRE ETERNO.

(Con afliccion, contemplando el mundo.)

¿Y es ese el edificio suntuoso
donde al hombre instalé? Sin par morada,
de mis dones quizás el mas precioso?
¿Es esa aquella tierra engalanada
con tan puro esplendor, la obra gigante
en donde mi mirada se perdía,
obra preciosa que al tener delante
admiréla á pesar de que era mía?
No la conozco ya, y en vano intento
evitar que su vista me confunda.
¿Como pudo aquel Régio monumento
trocarse poco á poco en choza inmunda?
¿Que es lo que resta de él? Vaga aureola
que entre el humo y el polvo languidece,
la mísera virtud, que errante y sola
al pié de los altares se guarece.
¿Y es ese el hombre que con fuego intenso
del amor á su Dios animé un día,
y como prueba de mi amor inmenso
quise formar á semejanza mía?

¿El hombre que al pisar el Paraiso,
contemplando mis dones se asombró,
y que mi acento al escuchar, sumiso
besó mis plantas, y adoró mi voz?
¿O aquel que en el Eden, libre gozaba
cuantos placeres anhelar pudiera,
y en éxtasis dichoso contemplaba
deslizarse su vida placentera?
¿Es aquel Ser felice el que hoy entona
sus cantos en impúdico festin,
el que entonces ceñía una corona
que de mis sienes me quité y le dí?
Ese es el hombre que abarcó en su ley
á todas las terrestres estensiones;
y ese hombre de todo un mundo Rey,
humilde esclavo fué de sus pasiones.
Á mis leyes faltó, me dió al olvido
en un momento de fatal ceguera;
al probar desoyéndome, el prohibido
fruto que le ofreció su compañera.
En vano pugna, como ayer pugnaba
por dominarse..... no, ya és impotente,
lleva en el corazon la inmunda baba
que en él vertiera la infernal serpiente.
Con fétidos harapos vá cubierto,
surcando el mar inmenso de su vida;
núnca llegando al anhelado puerto,
núnca viendo la tierra prometida.
Siempre en el pecho el aguijon llevando
que sin tregua le hiere y le atormenta,
y pesadas cadenas arrastrando
que hacen su marcha cada vez más lenta.
Mas ¡ay! no ceja, no. Sigue adelante
tras de un mentido bien cruzando el mundo,
núnca creyendo que sació bastante
su sed abrasadora, ardor profundo.
No teme mi castigo. Torpe y ciego,
en las alas del mal huye y se lanza:
no me escucha; mas ¡ay! ya vendrá luego,
cuando vea perdida la esperanza,

y de la muerte la guadaña advierta
su frágil existencia amenazando;
entonces si, vendrá, cuando la puerta
del Averno, á sus piés, oiga girando.
Mas yo le acogeré, si el llanto baña
su demacrado rostro, si la angustia
á los piés de mí trono le acompaña.
Entonces, flor que deshojada y mústia
espera hallar en el Vergel la vida,
veráse entre mis flores colocada,
por blando soplo de mi amor mecida,
con el caudal de mi bondad, regada.
¡Mísera humanidad! El bien te enseño,
y de ese bien y sus encantos huyes;
luego con torvo, furibundo ceño
tu cúmulo de males me atribuyes.
Culpa á tu ceguera. Yo te he brindado
bienes que por tus culpas has perdido,
y te he dejado obrar. Te he castigado
cuando mi amante voz has desoido.....
¿Mas que podré alcanzar, sinó destruyo
del mal el gérmen, la semilla odiosa
que el corazon del hombre haciendo suyo
le envenena y corroe? Obra preciosa,
producto de mi amor, á tal extremo
con torpe ceguera me desafias,
que quise anonadarte.....mas ¡ay! temo.....
temo que he de temer las iras mias
De Jesucristo las abiertas llagas
piden que tenga compasion de tí:
No mas dilúvios, no, basta de plagas,
que el malo lleva ya la plaga en sí.
Mas quede el mal con la virtud luchando,
para hacerla á mis ojos meritoria;
su resistencia y su valor probando,
suba el bueno hasta á mi, que de la Gloria
la puerta encontrará para él abierta:
vénga tambien el pecador en tanto,
que aunque es de hierro, para el mal, la puerta,
la hará caer reblandecida el llanto.

EL PADRE ETERNO Y SATAN.

SATAN (*desde el abismo*)

Pues mi soberbia y vanidad sin tasa
al hundirme en mi lecho de tinieblas
me vedaron el verte, pues mis ojos,
siempre ante tí y ante los tuyos ciegan,
desde el hondo confin de aquestos antros
donde el sordo rumor, aún resuena,
de mi caída, y del horrendo choque,
mi voz te elevo ¡oh Rey de Cielo y Tierra!
Ciegas mi vista, y tu poder te oculta
siempre á mis ojos, pero vana empresa
á la tremenda voz fuera ocultarte
cuyo eco derriba cuanto encuentra.

PADRE ETERNO.

¡Siempre de torpe audacia haciendo alarde!
¡Siempre mostrando la fatal soberbia,
Que á los piés del Arcángel te arrojára
hasta rodar por la celeste esfera!

SATAN

Inútil es que dominarla intentes,
y pues fuera el quererlo vana idea,
oye la petición que hacerte quiero.
En el alma sublime de un poeta
que nace ahora á la mundana vida,
tengo con ansia la mirada puesta.
De venturas y goces terrenales,
esa alma jóven se hallará sedienta
muy en breve. Los medios de lograrlos,
serán mis auxiliares en perderla,
si tu fatal tenacidad no opones.
Vengo pues en pedir que me concedas
su alma, un alma mas, y el inocente
á maldecirte á mis infiernos venga.

PADRE ETERNO.

Tuya será, si conquistarla puedes
Quiero que el bien y el mal, en lucha abierta,
depuren el valor de los humanos.

SATAN.

El triunfo es mio, la victoria espera
al ángel de los cielos arrojado,
y poderoso Rey de las tinieblas.

PADRE ETERNO.

Vaya doquiera la maldad errante,
abra el averno sus odiadas puertas,
luche el mal contra el bien, y venga el bueno
á gozar junto á mi la gloria eterna.

LA VÍRGEN DE LA MERCED.

¡Oh! Dios es justo. La virtud humana
quiere á prueba poner sobre la tierra,
dejando al mal y al bien que luchen solos.
Las armas de Satan, en tal contienda
serán terribles engañosas, siempre.
El amor, la ventura, la opulencia
con su corte de goces y placeres,
mostrándose á la faz de la miseria
para tentarla. Bajo el bello aspecto
de su radiante, mágica grandeza,
ciegan los ojos del que vé que el mundo
le rechaza, le insulta, le desprecia.
y huyendo la honradez y el casto anhelo,
se fija únicamente en la apariencia.
Todos son hijos míos, y al mirarlos
seguir cegados la terrible senda
que al abismo conduce, dar no puedo
descanso á tal dolor, á tanta pena.
Víctima triste que entregada al mundo,
de él, en vano, su ventura espera,
este hijo caerá tal vez vencido.

El implacable Rey de las tinieblas
se cernerá sobre él... ¡Oh! ¡Nunca! ¡Nunca!
que soy de todos madre, madre tierna,
y la sangre vertida en el calvario
no se ha secado aun. No, que aun humea,
diciendo al pecador arrepentido:
»Yo lavaré tus culpas.» Pues bien, venga
el Rey de los abismos, que á la lucha
la *Virgen* hay de la *Merced* dispuesta.
En el nombre de Dios á quien invoco,
á cabo llevaré mi santa empresa,
cuando las fuerzas á perder empiece
esa criatura á quien mis ojos velan.
Entonces sí, cuando engañado, triste,
en angustiosa soledad se pierda,
esta merced le haré si de ella es digno;
y su tránsito amargo por la tierra
suavizaré hasta que Dios le otorgue
para morada mi region escelsa.

I.

EN LA TIERRA.

Florecente campiña, mar á lo lejos. TRISTAN dormido sobre
la verde alfombra.

CORO MUNDANO.

Espíritu que yaces en el caos;
tiende tus alas,
alas de fuego que dirige el viento
de la esperanza.

Bella es la vida, la existencia es bella,
dulces sus goces:
deja al pasado que en la noche oscura
su faz esconde.

Avanza siempre y adelante vuela,
llega al cenit,
que las regiones del placer y el gozo
no tienen fin.

Huyó la noche, y á la vida alumbra
pura alborada
Espíritu que yaces en el caos,
tiende tus alas.
Deja el letargo, y en mejores sueños
forja ideales
que en breve tiempo trocará la dicha
en realidades.
Abre los ojos, y á la luz despierta
del nuevo albor.
Amor, venturas, esperanza y gloria
tu herencia son.
Deja á la mente que se lance loca
sin rumbo fijo:
sembrado tiene de olorosas flores
todo el camino.
Do quier que vaya, encontrará ventura.
Deja que avance
por las regiones del placer y el gozo
interminables.
Tuyo es el mundo, y cuanto existe es tuyo
en tierra y cielo:
ya de la cárcel de tu infancia rompe,
rompe los hierros.
Espíritu que yaces en el caos;
tiende tus alas,
y á donde quiera que el ardor te lleve,
vuela y avanza.

CANTO DE LA JUVENTUD.

Ave inocente que á volar te aprestas
por las regiones de la humana vida,
la negra noche de tu infancia huyendo:
ven á mis brazos.

Rica corona de fragantes flores
ostento para tí, sobre mi frente,
en el jardín de la ilusion cojidas:
son esperanzas.

Dulces acordes del laud sonoro,
blandos suspiros de la brisa tierna,
ecos suaves del tranquilo arroyo
son mis acentos.

Casto perfume que embalsama el aire,
color rosado del albor naciente,
tiernos arrullos de paloma triste,
son mis amores.

Trueno lejano que retumba y muere,
rápido viento que los valles cruza,
nubes y rayos de abrasado estío,
son mis pesares.

Ciego huracan que en los abismos muge,
águila osada que hasta el sol se eleva,
rios que rompen los fijados diques,
son mis pasiones.

Vega florida por el sol bañada,
primer amor de candorosa vírgen,
sereno cielo, y horizonte puro,
és mi existencia.

Ave ligera que volar quisistes,
alma risueña que el amor soñastes,
espíritu sublime que despiertas,
toma mis alas.

Boca ardorosa del amor sedienta,
boca que el aire con afan absorbes
y el dulce nombre del amor pronuncias,
toma mi beso.

Mirada ardiente que la vida abarcas
y de tu fuego el esplendor estiendes,
Vuelve los ojos hacia mí, serenos,
aquí me tienes.

TRISTAN,

despertando al oír veinte y cinco campanadas
que resuenan con fuerza.

¿Quién me dispierta con tamaño ahinco?
Es el reloj de la existencia mia.
Veinte y cinco sonaron, veinte y cinco
años que huyeron mientras yo dormia.
Pausadamente su vibrar canoro
escucho en mis oídos resonar,
y perderse á lo lejos, como un coro
que dá su adiós á la pasada edad.
Oscuros años que á la par que huyeron
solo un vago recuerdo me dejaron,
sin poder traslucir á que vinieron
ni hácia donde sus pasos les guiaron.
Inútilmente, con afan procuro
el velo del pasado descorrer,
pasado misterioso, caos oscuro
donde á solas sin rumbo navegué.
¿Y ahora, donde estoy? Mudo y absorto,
cuanto me cerca, en derredor contemplo:
¿Como pudo operar plazo tan corto
un cambio que ante mí no tiene ejemplo?
Cambio sin duda, porque siento ahora
mil sensaciones que jamás sentí,
y oigo á lo lejos una voz canora
que nunca en mis infancias pude oír.
Aspiro con afan y con delicia
de la vida el perfume embriagador,
que á los torpes sentidos acaricia
cual nunca otro perfume acarició.
Una luz los espacios embellece
que mi vida y mis sueños ilumina,
y á su dulce reflejo languidece
del muerto ayer la claridad mezquina.
¿Mas solo, á donde voy? ¡Vana quimera!
¿Á que oculto confin no llego yo,
llevando á la ilusion por compañera
y henchido de esperanza el corazón?

¡Obstáculos hallar! ¿Quién fuera el ciego
que ante mi se quisiera interponer?
Rios y mares secará mi fuego;
con mi planta, los montes hundiré.
Naturaleza me dará sus galas,
si en las que lleva el corazón no fio;
los huracanes me darán sus alas
si no me basta el pensamiento mio.
El trueno me dará su voz potente,
el rayo la presteza de su paso,
sus mil colores el pintado Oriente,
sin que encuentre mi sol, nube ni ocaso.
Su Rey me aclamarán, en donde haya
sensaciones que colmen mis afanes;
«¡paso al Rey!» gritarán por donde vaya,
mares, montes, y truenos, y huracanes.
Daráme la fortuna sus caricias,
enamorada de su Rey gentil,
quitaráse su traje de delicias
Naturaleza, por vestirme á mi.
Por todas partes dictaré mi ley,
y la dicha, los goces y la paz,
orgullosos esclavos de su Rey,
con ternura los piés me besarán.

(Mugidos aterradores que van creciendo)
¿Mas que escucho? ¿que fué? Ronco mugido
oigo que en alas de los vientos llega
resonando fantástico en mi oido.
¿Es el genio del mal que se doblega
ante el poder del que creara el mundo?
¿Es del averno el abortado canto?
¿O és, de la tempestad eco profundo
que retumba en la tierra con espanto?
¿Es acento de nube desgarrada
ó volcan que su cráter entreabrió?
¿Es del rayo, quizá, la carcajada,
ó en mi mente fantástica ilusion?
Habladme de una vez, roncós mugidos,
de forma y modo que á entender acierte
el extraño rumor que á mis oidos

viene de pronto á retumbar tan fuerte.
Habladme por mi vida, y en acento
que mi torpeza á comprender alcance,
antes, si, que con ímpetu violento
á dominar vuestro fragor me lance;
antes que en ira y en furor deshecho,
la tierra cruce, por los mares vogue,
lanzando al aire el irritado pecho
la ronca voz que vuestro grito ahogue.

EL MAR.

Vuelve los ojos, que quien muje, es
el turbulento *mar de las pasiones*,
que se arrastra agitado ante tus piés
ofreciéndote fuertes sensaciones.
Quisiste que te hablara, echaste un reto
al que yo no pudiéramos resistir:
si contigo callé, fué, que aunque inquieto,
hablo tan solo al que me quiere oír.
Yo soy el mar, que con presteza suma
del goce lleva á la region ignota,
arrastrando, revuelta con su espuma,
del raciocinio la cadena rota.
En roncás tempestades me revuelvo,
con furia desigual me precipito,
ora voy al confin, de pronto vuelvo,
y en loco frenesí siempre me agito.
Ora me ensucio en infestado lodo,
ora me elevo á donde nadie llega;
indómito y feroz, lo anhele todo
sí todo á mi ambicion no se doblega.
Ora causo pesar, ora ventura,
ora siembro el placer, ora el espanto,
ora lanzo al mugir, blasfemia impúra,
ora preludio fervoroso canto;
pero siempre luchando con el sino,
ó ya con la razon en pugna abierta,
avanzo, atropellando en mi camino
lo que á oponerse en mi camino acierta.

Me temen todos, porqué al hombre empujo
sin ver el rumbo que al vagar le doy,
sin saber lo que pido cuando mujo,
sin saber en mi marcha donde voy.
Sin poder responder de que le aleje,
mas allá de á donde él llegar quisiera;
sin poder afirmar que no le deje
despeñado en mitad de su carrera;
porque apenas su fuerza vacilante
vé el infeliz que en el embate gasta,
¡adelante! le grito; y adelante
le elevo siempre con mi empuje, hasta . . .

TRISTAN.

Y sigue aun, y su terrible acento
con ese *hasta*, en alrededor resuena,
y el huracan con ímpetu violento
su ruidoso furor desencadena.
Cruza el Cénit el rápido elemento
que de mágica luz los mundos llena;
retumba el ronco trueno en lo profundo....
parece ¡ay! que se desplome el mundo.

Rásgase, y lanza de su seno henchido
torrentes la celeste catarata,
ahogando al trueno en agua y en ruido
arrecia el vendabal; la mar desata
todas sus iras, y en feroz mugido,
á lluvia y trueno lauros arrebatá;
elevando sus olas como montes
á escupir á los negros horizontes.

Horriblemente hermosa la porfia
de los cuatro elementos se presenta
á la absorta y confusa fantasía;
pero la ronca tempestad aumenta
trocando en noche el esplendor del dia,
y la dulce quietud en turbulenta,
mágica agitacion, que de tal modo
todo lo arrastra y lo atropella todo.

Mas aquesta espantosa maravilla
atrae, al par que aturde, al par que aterra;
y gozo en contemplar desde la orilla
el alto cielo con la mar en guerra.
Ninguno aun su vanidad humilla
en esta lucha, en que á la pobre tierra
conmueven con su empuje turbulento
el rayo, el trueno, el agua, el mar, el viento.

Y el mar, el viento, el agua, el rayo, el trueno
al fin aturden. La cansada mente
deja ya de admirar. El pecho, lleno
de incomprensible repulsion se siente,
y quiero huir: pero en su amargo seno
me sepulta una ola de repente,
y me arranca, y me lleva.... ¡Basta! ¡Basta!
¡Socorro! ¡¡A donde voy!! Y esclama: *hasta*....

Ya serena el horizonte,
ya no oigo que el viento zumbe
ni que pujante retumbe
la tronada sobre el monte.
Ya vuelve el sol á alumbrar
y sus rayos me visitan;
ya no mugen ni se agitan
las claras ondas del mar.
Otra vez las aves cantan,
y entre gotas cristalinas
las ramas de las encinas
con magestad se levantan.
¿Será verdad lo que ví?
¿Hubo en ello realidad,
y en la horrenda tempestad
juguete del viento fui?
¿Ó la mente somnolienta
obró con locura, á fé?
¿Ó es que aquesto augurio fué
de una próxima tormenta?
Misterio sobrado en ello
advierdo y me maravilla.

¿Llevará esta pesadilla,
de la profecía el sello?
En vano quiero entrevér
un destello que me guíe,
ni acierto porque sonrío
mi pecho con tal placer.
Todo á mis ojos se ostenta
bello, divino, radiante,
y el corazón palpitante
estraña llama alimenta.
De un armónico laud,
divino acorde vibró
¿quién así preludia?

JUVENTUD. . . . Yo.

TRISTAN. . . . ¿Quién eres?

JUVENTUD. . . . La Juventud.

TRISTAN. . . . ¡Oh! ¿Qué hermosa! ¿Quién tan bella
te pudo hacer? Tu hermosura
á nada iguala. Si dura
bien puedes gozarte en ella.

JUVENTUD. . . Soy muy feliz. Puedo mucho;
todo mi fuego lo alcanza.

TRISTAN. . . . ¿Y esperas?

JUVENTUD. . . . Tengo esperanza.
Siempre he creído.

TRISTAN. . . . ¡Qué escucho!
¿Y por quien vienes?

JUVENTUD. . . . Por tí.

TRISTAN. . . . ¿Quién te trae?

JUVENTUD. . . . Tu propia vida.
Soy por la edad impelida,

TRISTAN. . . . ¿Te quedas conmigo?

JUVENTUD. . . . Sí.

TRISTAN. . . . ¿De donde vienes?

JUVENTUD. . . . No sé.
ni és el saberlo preciso.

TRISTAN. . . . ¿Qué es el mundo?

JUVENTUD. . . . Un Paraíso.

TRISTAN. . . . ¿Puedo gozarle?

JUVENTUD. . . . Si á fé.

TRISTAN . . . De verle anhelo me acosa.
Si á dulce placer convida,
¡que bella será la vida!

JUVENTUD. . . La pintan color de rosa,
Sueños, delicias, y amores
bríndale al pecho viajero,
y su precioso sendero
está sembrado de flores.
En un continuo alborozo.
ventura el hombre respira;
cuanto toca y cuanto mira
hecho fué para su gozo,
Basta que en sus ojos lea
la felicidad su anhelo,
para que en dulce desvelo
le brinde cuanto desea.
Le dá perfumes la flor,
el hombre amistad que halaga;
y amor con amor le paga
muger henchida de amor.
Cantos de dulce armonía
absorto doquier vá oyendo,
y sembrando y recogiendo
una ilusión cada día.
Todos pronuncian su nombre
con veneracion y anhelo;
y desde la tierra al cielo,
cuanto se encuentra es del hombre.
Dios á gozar le convida,
la dicha que para él crea.

TRISTAN. . . . ¡Lástima que corta sea
la vida de tanta vida!

JUVENTUD. . . Debes gozarla.

TRISTAN. . . . ¿Gozarla?
¿Y como?

JUVENTUD. . . . Con el placer.

TRISTAN. . . . ¿Qué es lo que exige?

JUVENTUD. . . . Querér
y fuego para animarla,

TRISTAN. . . . No faltará.

JUVENTUD. . . Yo te doy.
 TRISTAN. . . . ¿Y despues?
 JUVENTUD. . . . ¡Pregunta vana!
 No te ocupes del mañana.
 Procurate para hoy.
 TRISTAN. . . . No es tu esperanza ilusoria?
 JUVENTUD. . . . En reglas fijas me fundo.
 TRISTAN. . . . ¿Que dichas me ofrece el mundo?
 JUVENTUD. . . . Amistad, amor y gloria:
 TRISTAN. . . . ¿Son dichas ciertas?
 JUVENTUD. . . . Muy ciertas.
 TRISTAN. . . . ¿Como hallarlas?
 JUVENTUD. . . . Fácil es.
 Llama á su puerta, y las tres
 saldrán á abrirte sus puertas.
 La amistad, es ilusion
 que todas las penas calma,
 que toma cuerpo en el alma
 y vive en el corazon.
 Ella, con fraterna mano,
 generosa el llanto seca;
 y en su dulce influjo, trueca
 al compañero en hermano.
 Su voz dulce, conmovida,
 te consolará si lloras.
 TRISTAN. . . . ¡Con cuanto esplendor coloras
 el cielo azul de mi vida!
 Prolonga la dicha esta
 que embriaga á mis sentidos;
 habla, que hablando en latidos
 mi corazon te contesta.
 Ya siente mi pecho anhelo
 de ver á esa Diosa bella,
 y eternamente, con ella
 gozar en la tierra el cielo.
 Venga, pues, llena de amor
 con su cariñoso arrullo,
 á dar color al capullo,
 flor fragante sin color.
 ¡Amistad! en tu regazo

quiero mi frente apoyar,
 y contra todo pesar
 hallar escudo en tu brazo.
 Deja que en tus propias aras
 me sacrifique por tí.
 Ven, Amistad, y si en mi
 fuerzas bastantes no hallaras,
 no me abandones, deidad,
 que no és la lucha perdida:
 daré con placer mi vida
 y todo, por la Amistad.
 AMISTAD. . . . ¿Quien me llama?
 TRISTAN. . . . Un corazon
 que funda en ti su esperanza.
 AMISTAD. . . . ¿Que pretendes?
 TRISTAN. . . . Tu alianza,
 áncora de salvacion.
 AMISTAD. . . . No me llamastes en vano.
 TRISTAN. . . . ¿Consolarás mi querella?
 AMISTAD. . . . Esta mano, el pacto sella,
 une á la mia tu mano.
 TRISTAN. . . . Mil y mil veces bendita
 sea tu voz, á tu acento
 revive el pecho contento,
 libre el corazon palpita.
 AMISTAD. . . . Tuyo, mortal es el bien
 que anhelas con tanto afan,
 á tí se consagrarán
 mis fuerzas, mi afan tambien.
 Yo haré que mi voz reasuma
 su poder y su influencia,
 evitando á tu existencia
 la soledad que la abruma.
 Yo estaré á tu sombra unida
 para consolar tus quejas,
 y yo doraré las rejas
 de la cárcel de tu vida.
 JUVENTUD. . . Ya lo vés.
 TRISTAN. . . . Bien lo dijiste.
 Tú me inspiraste el desecho

que por fin cumplido veo.
 Tú mis pasos dirijiste,
 ¡Oh Juventud! ¡oh Amistad!
 ¡Cuan bellas sois! ¡Cuan hermosas!
 Vuestras frases armoniosas
 me dan la felicidad.
 De mi primera ilusion
 el puro fuego os confio,
 os ofrezco cuanto es mio
 os brindo mi corazon.

AMISTAD.. . . ¿Y que mas?
 TRISTAN. . . . ¿Que mas pretende!...
 ¿Poco lo juzgas?

AMISTAD.. . . Voy viendo
 que ó quizás yo no te entiendo
 ó eres tu quien no me entiende.

TRISTAN. . . . ¡Como! No....

AMISTAD.. . . Quiero decir
 que es poco lo que me das.

TRISTAN. . . . ¿Mas pretendes? Pide mas.

AMISTAD.. . . Es que te voy á pedir.....

JUVENTUD. . . . Poco será lo que pida.

AMISTAD.. . . ¡Quien sabe!

JUVENTUD. . . . No acierto á fé.....

TRISTAN. . . . ¡Oh!.... ¡Yo si que lo acerté!
 ¡Toma mi vida!

AMISTAD.. . . ¡Tu vida!
 ¡Y que haré de ella mortal!
 Fuiste tú, quien me llamó,
 y quien mi auxilio pidió
 con ardor y empeño tal?
 ¿Que haces tú, para que influya
 en pro de ti mi presencia?
 ¡Ofrecerme una existencia
 que hoy mismo quizás concluya!
 ¡Una vida que ya en sí
 nada vale, es pasagera,
 y que ni tuya es siquiera
 para que la des así!

TRISTAN. . . . ¿Pues que me exiges? ¿Quizá

pecaste de interesada?
 ¿Mi vida no vale nada?

AMISTAD.. . . ¡Pobre mortal! ¡Ja ja ja!
 ¿Quien te engañó?

TRISTAN. . . . ¡Por mi fé.....

JUVENTUD. . . . ¿Eres tú la Amistad pura
 cuya divina hermosura
 tanto al hombre le encomié?

AMISTAD.. . . Estraño que así te ensañes
 con quien nunca te ofendió.
 ¿Tengo, di, la culpa yo,
 de que en cuanto vés te engañes?
 ¿Porqué me tratas con ira
 á mí, que en nada te herí?
 ¿Me han de echar la culpa á mí
 si la juventud delira?
 Veo que dormida estás
 y es inútil todo empeño.
 Hoy por hoy sigue en tu sueño:
 mañana despertarás.
 Y tú infeliz, que creíste
 con una vida pagarme,
 no vuelvas nunca á llamarme,
 que és ese un premio muy triste.

TRISTAN. . . . ¡Oh! ¡No te vayas! Incierta
 mi vista vaga.

AMISTAD.. . . Es verdad,
 mas no será la Amistad
 quien vuelva á abrirte su puerta.

TRISTAN. . . . ¡Yo la abriré! ¡Triste engaño!
 ¡En vano á luchar me apresto!

JUVENTUD. . . . ¡Oh Tristan, Dime: ¿que és esto?

TRISTAN. . . . ¡¡Es mi primer desengaño!!

¡Pobre Tristan! Ya despierta,
 y ayés de su pecho arroja
 De esa flor, al mundo abierta,
 se ha desprendido una hoja
 que cae mustia, seca, muerta.

II.

¡Perder una ilusion! ¿Perdiste alguna,
 lector amado, en la mundana orgia?
 Pues á mi me quitaron una á una
 todas las ilusiones que tenia,
 No me quejé, porque segun colijo
 no quiere el mundo que por cosas tales
 se turbe su inocente regocijo.
 Propúseme olvidar tamaños males
 si es que olvidarlos ¡ay! posible sea;
 me aislé del mundo y me entregué á mi suerte,
 por no ver un cadáver que vocea,
 que baila, se embriaga, y se divierte.
 ¿Que mas quieres, lector? Dios y la Santa
 Virgen conmigo están, en ellos fio,
 pues me dieron valor y fuerza tanta
 en mi tranquila soledad. Me rio
 de aquel que á mi inocencia le hizo insulto.
 Mas ¡ay! que al corazon le busco en vano
 para gozar. Ante el placer, oculto,
 solo para hacer bien salta á mi mano,
 á donde viene lacerado, herido,
 vacío de ilusiones. ¿Y que es esto?
 Esto es tan solo lo que no ha perdido;
 y ya ves ¡oh lector! como le han puesto.
 Asi sucumbe siempre el alma hermosa
 que un mundo bello en su ilusion se crea;
 cual sucumbe pintada mariposa
 que en torno de la luz revolotea.
 El corazon se abrasará en la llama
 que mira con placer la fantasía;
 todas las ilusiones que mas ama,
 aquella hoguera aumentarán un dia.
 Así tal vez aniquilar veremos
 el corazon de un héroe que aun resiste,
 del que en entera posesion le vemos.
 ¿No es verdad ¡oh lector! que esto es muy triste?

¡Pensar que aquella flor, cuya corola
 al sentimiento del amor convida
 tendrá que verse abandonada y sola
 sin quien le ayude á soportar la vida!
 ¿Con qué derecho á su dolor se niega
 de otra criatura el fraternal consuelo,
 mientras el pobre con su llanto riega
 cuanto recorre del ingrato suelo?
 Pero mi torpe exclamacion es vana,
 sabiendo lo que pasa el alma mia,
 al pobre aun, le quitarán mañana
 su única y hermosa compañía.
 Por ahora en la fé no le han herido,
 ni el lleno de ilusiones le han quitado;
 solo ha perdido una que se ha ido
 á aumentar los recuerdos del pasado.
 No estrañes, pues, lector, que se encamine
 tras de otra ilusion con vivo anhelo,
 ni que sus dulces sueños ilumine
 otra esperanza. Natural desvelo
 del que solo soñando vive y goza:
 exigencia muy justa, en quien repara
 que el desengaño al corazon destroza,
 si en recordarle la razon no para.
 ¿Y hora que el infelice aun no ha sufrido
 del peor desengaño la tortura,
 ¿qué mucho que se lance conmovido
 tras sus dulces ensueños de ventura?
 ¿Qué mucho que el mortal que siente y ama,
 vaya y pida al amor correspondencia,
 para que logre con su pura llama
 reanimar vivamente su existencia?
 ¿Y qué mucho que al verse enfermo ahora
 pretenda en el amor curar su daño?
 ¿Y que mas natural, que al ver que llora
 le dé el amor de hoy un desengaño?
 La Juventud, que el sinsabor olvida
 con tanta intensidad como lo siente,
 cambia pronto el aspecto de la vida.
 Rie, goza, se agita alegremente

pasado ya el pesar. Allá en sus sueños,
 forja con prontitud los ideales
 mas seductores ¡ay! mas halagüeños,
 y llevada de impulsos fraternales
 enseña al hombre el porvenir de amores
 que en sus mágicos sueños le forjó;
 y pintando con plácidos colores
 el dichoso ideal de su ilusion,
 consigue convencerle, reanimarle,
 con lenguaje que nada le resiste;
 y acaba por cojerle, y por llevarle
 á donde cree que la dicha existe.
 Así, cogido de su mano hermosa
 lleva á Tristan por la florida senda
 entre perfumes de jazmin y rosa,
 puesta en los ojos de Tristan la venda.
 Llegan por fin á la feliz morada
 donde creen hallar su casto ensueño
 realizado tal vez. Llaman, mas nada:
 nadie responde, y el amante empeño
 se muestra mas aun. Por fin la puerta
 se abre ante Tristan, y este temblando....
 ¿Teme encontrar otra esperanza muerta?
 La *Virgen celestial* le está velando.

AMOR. ¿Quién aquí con tal furor
 llama á mi puerta?

TRISTAN. Mi mano
 la empujó. ¿No será envano?
 yo te necesito, amor.

AMOR. ¿Que quieres?

TRISTAN. Que á un alma en flor
 protejas con tu poder:
 que hagas en mi renacer
 la ilusion que forjé un dia
 quiero unir el alma mia
 al alma de una muger.

Quiero tu voz escuchar
 y tu celo conseguir:
 quiero amor, para vivir;
 quiero vivir, para amar.
 quiero mi llama mirar
 reproducirse y crecer;
 reflejándose al nacer
 de otra alma en el claro espejo
 y quiero con tu reflejo
 en un corazon leer.
 Anima la lisonjera
 ilusion que concebí.

AMOR. ¿Porqué te vienes á mi?
 Ya no soy el que antes era.

JUVENTUD. . . . ¿Quién eres pues?

AMOR. Bien quisiera
 colmar tan dulce deseo.
 Mas, aunque tu angustia leo,
 protegerte no podría:
 porque antes ¡ay! no veia,
 y hoy por desgracia veo.

TRISTAN. . . . ¡Cielos! ¡piedad!

AMOR. Mano aleve
 al abismo me empujó,
 y la venda me arrancó
 en el siglo diez y nueve.
 Breve mi existencia, y breve
 cuanto inspirar conseguí,
 ya tan solo hay para mi
 seres sobrado imperfectos;
 porque veo los defectos
 que en otro tiempo no ví,
 Por eso, con tal rigor,
 te dejo, sin paz ni calma;
 porque las dotes del alma
 ya no inspiran al amor.
 Tu presencia, tu exterior,
 valen poco para mi.
 No sueñes mas: que sí así
 quieres cautivar me hoy,

te advierto que ya no soy
ni sombra de lo que fui.

TRISTAN. . . . ¡Ay de mi!

JUVENTUD. . . . ¡Vana ilusion!

TRISTAN. . . . ¿Es realidad, ó es un sueño?

¿Para que, con tanto empeño
desgarran mi corazon?

¡Juventud, ten compasion!

JUVENTUD . . . ¡Mas que tú sufro quizás!

TRISTAN. . . . ¡Corazon! ¿A donde vés
sí aquí no medran los buenos?.....
¡Tras de una esperanza menos,
con un desengaño mas!!

¡Pobre flor cuya congoja
cual tempestad se desata!
¿que será de esta otra hoja
que el huracan te arrebató?
De regiones en regiones
los vientos la llevarán:
son siempre las ilusiones
juguete del huracan.

III.

¡Treinta y cinco años ya, con la fé muerta!
¡Sin que un destello de su luz le guie!
¡Todos le cierran á Tristan la puerta,
nadie á su pobre corazon sonrie!
Ya no le anima, ni á su mente halaga,
de una dulce ilusion el blando arrullo;
ya nada hay para él: és flor aciaga,
agostada al salir de su capullo.
¿Donde vés, pobre alma lacerada,
avanzando en el mundo tristemente,
con el recuerdo á la ilusion pasada,
y la tortura del dolor presente?
¿Á donde vas? Pero sabrás tú mismo,
pobre mártir, á donde te encaminas,
si á cada paso encuentras un abismo
y no tocan tus manos mas que espinas?

Huye al que insulta tu amoroso esceso
y heló en tus labios la feliz sonrisa;
huye Tristan, que te envenena el beso
embriagador de la mundana brisa.

Huye, infeliz, del que tus pasos cela
para arrojarse sobre tí de un salto.....

Pero, no, ven aqui, que por tí vela,
de la Merced la Virgen desde lo alto.

De rodillas, Tristan: alza los ojos,
olvida el daño, y con filial language

ofrécela del alma los despojos,
no pudiendo rendirla otro homenaje.

¿Pero callas, y es tanta la ceguera
que no vés lo que pasa en derredor?

¡Adios, embriagadora Primavera!

¡Adios la vida y la esperanza, adios!

Es un cadáver; su amarilla frente
cae abatida entre el dolor y el llanto,

¿Pudiera ser verdad que ya no siente
aquel gran corazon que sintió tanto!

¿En donde está la Magestad aquella
que fuerzas le prestó, que hoy no recobra?

¿Han podido tal vez borrar su huella
los desengaños? Mundo, ¡esta és tu obra!

No la disfrutarás: aun el gigante
corazon que tus manos han deshecho

ha de pugnar con su latir constante
para saltar del oprimido pecho.

Aun se alzaré la Juventud, osada,

á arrebatár á la inaccion su presa;
porque así, sin luchar, sin hacer nada,

no sucumben las almas como esa.

Mas escucha esa voz. ¿Oyes? No en vano,
no en vano hablé. La Juventud reanima

el fuego que en el pecho de ese hermano
tiene elemento aun, y dará cima

á su noble propósito. Le engaña,

pero el engaño cuando no se siente
hace felices, y á ninguno daña.

Ya se levanta. Con ardor vehemente

vuela tras su ilusion: ya tiene vida.
 ¿Pero á que con tal fuerza y tanto anhelo,
 para encontrar una ilusion perdida,
 mas que anda ó que corre emprende el vuelo
 La Juventud, precipitada y loca
 el mismo fin de su placer se busca,
 cuando la incierta realidad no toca
 y afan de verla á la razon ofusca
 ¿A donde irá? Hacia el lejano monte
 donde tiene el Parnaso su alto asiento
 se dirige, y abarca el horizonte
 con la ardiente mirada del sediento.
 Salta riscos, maleza, escollos salta.
 Tropieza, cae, y vuelve, y vá sin tino,
 porque ya siente que el valor le falta
 á la mitad no mas de su camino.
 Pero sigue adelante, alli se hiere,
 y á la mitad del monte vá llegando.
 ¿Será otro desengaño? Si lo fuere
 la *Virgen celestial* le está velando.

TRISTAN. . ¡Oh Dios! ¡Cuan alta está! Llegar no puedo.

JUVENTUD.. Pues es fuerza subir.

TRISTAN.. . Vana quimera.

A tanta altura, mi valor no alcanza,
 á tanta altura, mi valor no llega.

JUVENTUD.. Sube conmigo si tu fuerza es poca.
 Yo te ayudo tambien.

GLORIA... . ¡Vana es la empresa!

Ya que fuerzas te faltan, no prosigas,
 que nada lograrás. Aunque pretenda
 el Genio conducirte, si vacilas,
 si eres cobarde y tu valor flaquea,
 retírate mortal. porque la Gloria
 que aquí, sin par su majestad ostenta,
 no valdría jamás lo que ahora vale
 si no costára lo que hallarla cuesta.
 No pretendas subir hasta este trono
 ya que tu alma y tus fuerzas son pequeñas,

Una escala te falta, y esa escala
 que á algunos genios el favor les presta,
 tú te la has de forjar. Los desengaños
 que amontona la mísera existencia,
 las vigiliás, las noches que se roban
 al sueño y al sosiego, son las pruebas
 que sirven de peldaños á los genios
 para llegar á recibir mi ofrenda.
 Amontónalos, sí; mas si no tienes
 para reunirlos, ni valor ni fuerzas,
 no me llames jamás, porque la Gloria
 es harto grande, para ver flaquezas.

(TRISTAN vé que se cierran las puertas de la gloria.)

TRISTAN. . Cerraos tambien para jamás abriros
 puertas del alto templo, á mis ya muertas
 esperanzas, cerraos. En tanto el frio
 y muerto corazon las tuyas cierra
 á la ilusion, á la esperanza, al mundo
 en donde nada ya, nada le queda.
 Cerraos pues, del elevado templo
 las formidables y doradas puertas,
 para no ser las únicas que dejen
 libre paso á la sombra de un poeta.
 Todo ha muerto ante mi, yo soy la sombra
 de la muerte, que vaga por la tierra.

LA VEGEZ. ¡Tristan! Tristan!

TRISTAN. . ¿Que es eso? ¿Quien me llama?

JUVENTUD. La vegez ya está aquí. No admite espera.
 Adios, mortal, que su poder te guarde:
 la vida concluyó, la muerte empieza.

TRISTAN. . No me abandones, ¡ay! Deja que goce
 de tus encantos la ventura inmensa;
 que el encendido labio al tuyo aplique,
 y con beso de amor libe su néctar.
 Deja que tus divinas ilusiones
 con puro fuego al corazon enciendan,
 ya que en tu fuga presurosa y triste
 entre la nieve perecer le dejas.
 Huyó la tarde, y al ponerse el Sol,
 á mis ojos la noche se presenta

despues del dia que en pintado valle
ante mí vista deslizarse viera.
Huyó la tarde, tenebrosa noche
con su viento glacial mi sangre hiela,
y aquel pintado valle se ha trocado
de montañas en blanca cordillera.
Ni un alma cariñosa, ni un hermano
miran mis ojos transitar por ella;
¡Eterna soledad, eterno luto,
eterna maldicion, y nieve eterna!
Solo un abrigo en derredor contemplo,
solo un *consuelo* á mi dolor me queda:
mansion vacía que sus puertas abre,
mansion vacía que á mi cuerpo espera,
para cerrar por siempre las que ahora
puertas de mármol son al hombre abiertas,
y únicas ¡ay! que en el mundano suelo
dejaron libre el paso al que hoy vá á ellas.

JUVENTUD. Vida te resta aun. Goza y olvida.

TRISTAN, . Vida me resta aun, mas ¡ay de aquesta
vida, que pesa tanto, que la muerte
es á su lado seductora y bella.

JUVENTUD. Adios, mortal, tu voluntad no basta
á detenerme en mi veloz carrera,
que ni un momento demorar es dable
del Supremo Hacedor la ley eterna.

TRISTAN. . No puedo detenerte. Voz me falta;
mi cuerpo todo desfallece y tiembla
al ver que huyes: pero mas me angustia
imaginar ¡ay Dios! lo que te llevas!!!!

.....
TRISTAN.

De aquella vida seductora y bella
que pude ver al apuntar la aurora
un desengaño guardo y una huella
que hieren ¡ay! mi corazon ahora.
Estos únicos bienes me quedaron
de los que en mi niñez venturas fueron;
recuerdos de esperanzas que volaron
y heraldos de los males que vinieron.

Hubo un tiempo feliz, en que pedía
mas alto espacio para alzar el vuelo,
porque, en mis ansias por volar, creía
corta la altura de la tierra al cielo.
Volé quizás, pero con hondo espanto
contemplo la estension que recorri....
Despues de haberme fatigado tanto,
en el punto me hallé de dó salí.
¿En que pasé de mi espirante vida
las cortas horas que fugarse veo
y los instantes que en funesta huida
me aturden, con su horrisono aleteo?
Corriendo sin parar, y no avanzando,
mis fuerzas absorviendo inútilmente,
mentidos bienes con afan buscando
del engañoso mundo en la corriente.
Esto hice..... ¡ay de mí! Y hoy que sufriendo,
el fruto busco del desvelo mio,
doquier los brazos con afan estiendo,
estrecho en ellos.... ¡mi sepulcro frio!
Alli, debajo de la losa helada,
tendrá pronto raquítica mansion
el hombre que creyera á su mirada
corta la altura de la tierra al sol.
Resignado *sin duda* con su suerte,
bajará de la tierra á lo profundo,
y el mundo ingrato *llorará á su muerte*
porqu é «*un cadáver mas, le importa al mundo*»
¡Triste de mí, en tanto mal caido!
Ni un consuelo me es dado mendigar.
La paz, la juventud y el bien se han ido
lejos.....muy lejos, para no tornar.
La muerte, á pasos de huracan, avanza
y á descansar al corazon convida,
solo en el mundo estoy, solo en la vida,
¡sin consuelo, sin bien, sin esperanza!
Todos al eco de mi voz, se esconden,
Nadie á mi acento de dolor contesta.
Solo el silencio y soledad responden.
Esta es la vida y la ilusion es esta.

¡¡Horror de los horrores!!
 ¡¡¡Cantad á la existencia, trovadores!!!

Es el invierno. El boton
 de una rosa el viento impele;
 mas, no logrando que vuele,
 le arrastra. La humillacion
 me indigna y al viento digo:
 ¿Porque así te encolerizas
 y con furor martirizas
 á quien no es tu enemigo?
 —«Es que á la verdad me enoja
 y mis furores auna,
 que no me dé hoja ninguna,
 POR NO TENER NI UNA HOJA.»

IV.

LA VÍRGEN DE LA MERCED.

(Se presenta ante TRISTAN encubierta con el manto de LA VIRTUD.)

Dormido está. ¡Pobre hijo!
 Sufres, y no te acompañan
 en el dolor que conmueve
 tus fibras y las desgarras.
 Caridad ¿en donde estás,
 que así entregas á sus ansias
 á esa víctima? Responde.
 ¡Mas ¡ay! que en vano te llama
 mi amante voz! Ya no existes:
 el egoismo te mata.
 ¡Torpe mundo! Vuelve en tí.
 Mira que al abismo lanzas
 del infortunio á este hombre
 que no te ha ofendido en nada.
 Mira que por tí perdió
 la dulce fé que abrigaba:
 mira que tú has marchitado
 la flor de sus esperanzas.
 Rie, rie. ¡Pobre mundo!
 ¿Qué valen las carcajadas
 que lanzaste para ahogar
 el grito de la desgracia?

Ya que á defender del mal,
 ya que para ser su guarda,
 desde mi morada escelsa
 vengo á proteger á un alma,
 ¡oh mundo! yo te perdono
 tu horrisona carcajada.

TRISTAN... ¿Quién está aquí?

LA VIRGEN. La Virtud,

TRISTAN... ¿Te vas tambien? No me estraña.
 Todos me abandonan ya.

LA VIRGEN. Yo vengo á darte la calma.
 que el mundo te arrebató
 al robarte la esperanza.

TRISTAN... ¡La calma! Dime: ¿y de donde
 pensaste poder sacarla?

LA VIRGEN. La Virtud la lleva en sí.

TRISTAN... La Virtud y la esperanza
 son dos frases que en el dia
 ya no significan nada.

LA VIRGEN. ¡Que dices!

TRISTAN... En pos de tí

pasé la vida. Llevaba
 un corazon inocente,
 una conciencia sin tacha.
 El corazon iba lleno
 de impresiones sacrosantas,
 y por no perderte á tí
 y poder seguir tus trazas,
 en la mitad del camino
 una mano despiadada
 desgarró mi corazon
 y robó lo que guardaba.

LA VIRGEN. En cambio el alma conservas,
 joya de estima muy alta;
 y en el alma estriba todo.

TRISTAN... Para nada me hace falta;
 que en el curso de la vida
 lo que mas sobra es el alma.

LA VIRGEN. ¡Por Dios, mortal, no prosigas!
 ¿No ves que así despedazas

mi corazon?
 TRISTAN . . . ¡Que me importa,
 si ya ha clavado sus garras
 el desengaño en el mio!
 LA VIRGEN. Vuelve en tí, que soy el áncora
 que ha de salvarte.
 TRISTAN . . . ¡Quien! ¿Tú?
 ¿Tú que socorro demandas,
 porqué en el fango del mundo
 estás ya casi asfixiada?
 Ayúdate á tí, virtud,
 ¡Dios sabe lo que te aguarda!
 LA VIRGEN. La Virtud nunca sucumbe,
 no puede rendirla nada.
 TRISTAN . . . Así lo dicen.
 LA VIRGEN. ¡Oh si!
 Y es verdad.
 TRISTAN . . . Su Reino acaba,
 que la verdad en el mundo
 ya nadie quiere escucharla.
 LA VIRGEN. Pero penetra en los pechos
 aunque le nieguen la entrada.
 TRISTAN . . . La mentira tambien entra.
 LA VIRGEN. Pero hay pocos que le abran
 su corazon.
 TRISTAN . . . Es muy cierto,
 porque nunca estan cerradas
 las puertas á la mentira
 y es siempre triunfal su marcha.
 LA VIRGEN. ¡Oh! Tu razon se estravía,
 TRISTAN . . . Ya la quisiera estraviada.
 Razonar es padecer.
 No sufre aquel á quien falta.
 LA VIRGEN. ¡Por Dios, Tristan! ¡Tú eres hombre!
 TRISTAN . . . Hombre soy por mi desgracia.
 LA VIRGEN. El hombre sufre contrito;
 el hombre padece y calla.
 TRISTAN . . . ¡Callar! ¡Oh si! De buen grado
 para siempre mas callára.
 LA VIRGEN. ¿Sabes lo que estás diciendo?

TRISTAN . . . Si por cierto.
 LA VIRGEN. ¡Y no te espanta!
 TRISTAN . . . Digo que morir prefiero.
 Digo que la vida mata.
 Digo que la muerte es vida.
 Digo, que si yo lográra
 que la Parca ahora en mi boca
 pusiera eterna mordaza,
 con mas placer callaría
 que con sentimiento hablára.
 LA VIRGEN. Tú no sabes lo que dices.
 TRISTAN . . . Lo que no sé es porqué causa
 al tiempo en que padecemos
 vivir el mundo le llama.
 ¿Acaso es peor morir?
 LA VIRGEN. Es que en esta vida aciaga
 á los hombres purifica
 el crisol de la desgracia.
 Hay un Dios que por ti vela.
 TRISTAN . . . No lo he conocido en nada.
 LA VIRGEN. ¡Blasfemo: deten el labio!
 Dios te escucha, ten mas calma.
 Dia llegará en que veas
 lo odioso de tus palabras.
 Yo deseo tu ventura,
 á ti dedico mis ansias;
 por ti velaré sin tregua,
 y cuando la muerte airada
 clave en tu sensible pecho
 su poderosa guadaña,
 si las lágrimas que vierto
 llegan á inspirar tus lágrimas,
 ante el Tribunal de Dios,
 limpias por ellas tus manchas,
 el ángel de la justicia
 pondrá en la misma balanza
 tus penas y tus desdichas,
 tus duelos y tus desgracias.
 En la otra, pondrá el grito,
 esa imprecacion que lanzas

contra el Creador, ¡y ay de tí
si por tu culpa ó tu audacia
la de los méritos sube,
la de las blasfemias baja!

SATAN . . . (Aparece ante Tristan y la Virgen con armadura dorada casco y manto de púrpura.)
A tiempo llego.

TRISTAN . . . ¿Quién eres?
¿que pretendes?

SATAN . . . A eso voy
sin duda. Sobre quien soy,
hay distintos pareceres.
Pero ninguno en desdoro
de mi honorable existencia.

TRISTAN . . . ¡Oh! me mata la impaciencia.
Dime: ¿quien eres?

SATAN . . . El oro.

TRISTAN . . . ¿Como pudiste llegar
hasta mi?

SATAN . . . ¿Te causa enojos?
Pues para mi no hay cerrojos.
No hay mas que querer entrar.

TRISTAN . . . ¿En tanto te se avalora?

SATAN . . . Sin que nadie á mal lo lleve,
en el siglo diez y nueve
soy el Dios y se me adora.
Todos acatan mi ley,
viniendo á besar mi mano
desde el infante al anciano,
y desde el vasallo al Rey.
Si alguno la paz perdió
y en la soledad padece,
su pesar desaparece,
con decirle «aquí estoy yo.»
¿Que te hace falta?

TRISTAN . . . Olvidar.

SATAN . . . ¿Y para olvidar?

TRISTAN . . . Placer.

SATAN . . . ¿Lo quieres?

TRISTAN . . . ¡No he de querer!

SATAN . . . Pues yo te lo puedo dar.

TRISTAN . . . ¿Será posible? ¿No miente?
¿De adquirirte habrá algun modo?

SATAN . . . Dos hay. Ó pasar por todo,
ó trabajar.

TRISTAN . . . Si mi frente
con el sudor te adquiriera,
á gran gloria lo tendria.

SATAN . . . Tarde es ya, por vida mia,
y antes, de vegez murieras.

TRISTAN . . . Pues no hay medio.....

SATAN . . . Dame el alma,
que si bien recapitas,
en nada la necesitas
si quieres vivir con calma.

TRISTAN . . . ¡El alma! No vencerás,
inútil és que lo intentes.

SATAN . . . No me dán mas ciertas gentes,
por no tener nada mas.

TRISTAN . . . ¡El alma! ¿Sabes lo que és!

SATAN . . . No comprendo su sentido,
como nunca la he tenido,
la pido como á interés.

TRISTAN . . . ¿Y eres feliz?

SATAN . . . Siempre canto

TRISTAN . . . Pero és tu cancion impía

SATAN . . . No hay quien lo diga en el dia.
Todos me oyen, con encanto.
Mil alegres carcajadas
adormecen mis sentidos,
y causa mil alaridos
el eco de mis pisadas.
Cuando me escuchan llegar,
no hay puerta ya por abrir,
para impedirme el salir,
despues empieza el cerrar.
Así, sin freno ni coto
lucha por mí el mundo entero,
y le llevo al retortero
en un continuo alboroto.

Donde moro, no hay allí
ya, ni pariente ni hermano:
la voz de la sangre, en vano
trata de vencerme á mi;
que no hay voz, son, ni latido,
por mas que al hombre le halague,
que en el instante no apague
el eco de mi sonido.

TRISTAN . . . ¿Y eres tú capaz de darme
lo que tanto anhelo?

SATAN Yo.

TRISTAN . . . Es difícil.

SATAN Si és ó nó,

á mi nada ha de costarme.
De un egército dispongo
de postizas honradeces,
de nombres, famas y preces;
y lo que me piden pongo.
A la accion mas infamante
convierto en accion gloriosa
con nada, con poca cosa;
con ponerme por delante.
Mas si llegas á dudar,
antes del contrato hacer,
la fuerza de mi poder
yo te dejaré probar.

TRISTAN . . Si logras darme la vida
Tu esclavo soy.

SATAN ¡Oh! ¡que escucho!
Ponte el manto.

TRISTAN . . . Pesa mucho:
mas si á él la paz va unida.....

SATAN . . . Este manto trazará
otro rumbo á tu existencia.
Póntelo pues.

TRISTAN . . . Ten paciencia.

SATAN . . . El tiempo vuela.

TRISTAN . . . Ya está.

(En este momento, vé TRISTAN con sorpresa que el AMOR y la AMISTAD
se arrojan á sus pies.)

TRISTAN . . . ¿Que es esto que mi atónita mirada
contempla en derredor? ¿Que és lo que veo?
¿No sois los que en la flor de mi existencia
desatendisteis mi lloroso ruego?
¿No sois los que del fiero desengaño
las espinas clavaron en mi pecho?
¿No sois los que insensibles á mi llanto,
lejos de mí, sin compasion huyeron?
¿Pues que es esto, Señor? ¿A que vinisteis?
Ayer menospreciasteis al mancebo,
y hoy sin que os llame, sin que nada os pida,
hasta los pies os arrastrais del viejo?
¿De mi vida la alegre primavera
recibisteis con burla y con desprecio,
y hoy de rodillas, con semblante ufano,
homenaje prestais al crudo invierno!
¿Que pretendéis de mi?

AMISTAD Que si conservas
dentro tu noble corazon el fuego
que allá en tu mocedad arder sentías,
olvides mis pasados desaciertos.
Consagra á la Amistad que tanto ansiabas
toda aquella ilusion, el mismo anhelo,
y la Amistad, que á tu poder se entrega,
nuevo aliciente le dará á tu sueño.

AMOR Óyeme á mí, que si orgulloso, un dia,
de mis desdenes te escancié el veneno,
hoy á tus plantas con dolor me postro.
El dios niño yo soy, cuyos certeros
y agudos dardos, con fiereza clava
allá en lo mas recóndito del pecho.
En justo desagravio, yo te brindo
corazones á miles, yo te ofrezco
sin tregua, herir, matar. Tuya es mi aljaba.
Dime á quien quieres, y tendrásle presto.
No me desoigas, porque yo tan solo
puedo azular de tu existencia el cielo;
proporcionando á tu agostada mente,
juventud, ilusion y encantos nuevos.

(Creece la sorpresa de TRISTAN.)

TRISTAN. . . ¿Es aquesta verdad, ó es que mi mente
delira presa de pesado sueño?
No lo puedo creer. Ó antes dormia,
ó bien á mi pesar agora duermo.
En confuso y revuelto remolino
se presentan cumplidos mis deseos,
mis dulces esperanzas. ¿Es posible?
Probadme por piedad que estoy despierto.

LA VIRGEN. ¿No comprendes, Tristan, que esa ventura
que hora delante de tu vista han puesto,
te la compra, el metal que simboliza
ese manto de púrpura soberbio?
¿Presumes que se postran á sus plantas
esos dos insensibles esqueletos?
Á las plantas del oro están rendidos,
y le pondrán á sus favores precio.
Huye de ellos, Tristan, porque te engañan
con su dañino y corruptor acento,
porque te atraen con sus sonrisas falsas,
mentido afan y codiciosos ruegos,
para obtener los goces y placeres,
que no son los que guardas para ellos.
¡Oh! no vendas tu alma, porque entonces
se cerrarán las puertas de los cielos,
y yo que solo por salvarte vine
huiré de aqui con el pesar por premio,
Desecha el manto, y en el mismo instante
huirán confusos y de ira presos,
esos que vés ante tus piés, humildes.
Desecha el manto que con tal empeño,
con tan disimulada hipocresia,
ponen sobre tus hombros. Es un peso
sobrado grande para el alma hermosa
que ha vivido sin un remordimiento.
La vista de esa púrpura luciente
te agota la razon, te deja ciego;
pero mira, Tristan, sal de tu pasmo:
abre ¡por Dios! los ojos un momento,
y vé que tiene esta engañosa púrpura,
porque és del mal, todo su forro negro.

AMOR. . . . ¿Y que mas dá, que negro el forro sea,
cuando puede la púrpura esconderlo?

LA VIRGEN. Contempla al que su amparo te ofrecia
con tanta vanidad y tanto empeño.
Mira al Oro, Tristan, mira al que osado
dichas y goces te ofreció sin cuento
bajar la vista y esconder el rostro,
huir mis ojos, y temblar de miedo.
Mírale cual se aparta de mi lado
como si aquí le amenazára un riesgo,
volver la espalda, deslizar sus pasos
con precaucion, en sepulcral silencio.
Ya está lejos, ¿Le ves? Ya precipita
su fuga misteriosa.....

TRISTAN. . . ¿Mas que és esto?
El Oro me abandona, huye asombrado.
¿Porqué se marcha así?

LA VIRGEN. ¿No ves en ello
á la maldad que huye horrorizada
al escuchar el poderoso acento
de la virtud? Si la maldad no viste,
ahora la verás; mira el ejemplo
en esos dos que, ante tus piés postrados,
homenaje servil te estan rindiendo.

LA VIRGEN DE LA MERCED arranca el manto de los hombros de TRISTAN
y el AMOR y la AMISTAD huyen precipitadamente.

TRISTAN. . . ¡Solo otra vez!

LA VIRGEN. ¡Oh no! No te hallas solo.

TRISTAN. . . ¡Miserables esclavos! ¡Ya os comprendo!
¡Huid, huid, que de teneros cerca,
en justa ira se abrasára el pecho.....
¡Oh Virtud! ¡Ven á mi!

LA VIRGEN. ¡Bendito seas!

TRISTAN. . . Todo lo puede Dios, todo lo alcanza.
Tú, un nuevo mundo á mi esperanza creas,
y yo pongo en tus manos mi esperanza.
¡Oh! ¡Cuanto desengaño! ¡Cuanta pena!
La Amistad y el Amor, ¡ah! ¡son mentira!
La voz del sentimiento, no resuena
entre esa bacanal que el oro inspira.

LA VIRGEN. Olvídalos, Tristan.

TRISTAN. Sí, ya lo intento;

pero reciente la tremenda llaga,
al pobre corazón le falta aliento,
y en muertas sensaciones se embriaga.
Soñaba en la Amistad, y un Amor puro,
en vano, demandaron mis clamores.

LA VIRGEN. Pues bien, no llores mas, yo lo aseguro:
amistad te daré, daréte amores.

Si amigo anhelas. y en querer gozares,
no vayas á buscar lejos de aquí.

Pon un término pronto á tus pesares:

que á la amiga mejor tienes en mí.

Si á tu noble pasión dándola oídos,
väs por el mundo mendigando amor,

tus ojos pon en Dios, humedecidos,
que el amor que mas vale, es el de Dios.

Y si ansioso de Gloria, delirante,

tu genio en su camino al fin se interna

y teme que su fuerza no es bastante,

recuerda que está allí la GLORIA ETERNA.

LA VIRGEN DE LA MERCED, señalando el cielo, desaparece á la vista
de TRISTAN que ha caído de rodillas.

EPILOGO.

En la triste mansion de las criaturas
las campanas resuenan con dolor;

un cántico se escucha en las alturas,

un mugido el Averno despidió;

y en el Cielo un acento ha resonado

como un canto de amor y de poesía,

diciendo por el gozo entrecortado:

¡VIRGEN DE LA MERCED! ¡VIRGEN MARÍA!

GRILLOS Y FLORES.

LEYENDA RELIGIOSA

DEDICADA

A

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

DE BARCELONA

por

D. EUSEBIO ANGLORA.

¿Quis invocavit eam et non est
exauditus ab ipsa?

INTRODUCCION.

¡Oh espíritu que animas mi cuerpo deleznable,
destello del sol vivo, imágen del Criador;
en tu invisible forma y esencia no palpable
levanta tu audaz vuelo al mundo del amor!

Chispa divina, eterna, de flama sacrosanta,
por breve tiempo deja tu cárcel terrenal,
y cual condor que al éter gigante se levanta
remóntate surcando lo inmenso, lo eternal.

Cruza con vuelo raudo los célicos lindares,
penetra en el alcázar del Mártir de la cruz,
y en busca de la vida que anime tus cantares,
del piélago divino sumérgete en la luz.

Que allí donde los justos, los ángeles, los santos
levantan á Maria su mística oracion,
es donde encuentra el alma sus mas sublimes cantos,
es donde solo puedes beber tu inspiracion.

No en este valle oscuro, desierto y miserable,
no en medio de esta raza proscrita por Adam;
la fuente de poesía fecunda, inagotable,
hallarla solo puedes ¡oh espíritu! en Miriam!

Siempre á esa clara fuente del arte y la poesía
sedienta de bellezas el alma se elevó;
Milton, Petrarca, el Taso, tomaron su armonía
de allí, y sus tintas mágicas de allí Rafael tomó.

Ábreme, pues, ¡oh cielos! tus puertas diamantinas:
mi espíritu á tí llega sediento de saber;
vengo á aprender del ángel las notas argentinas,
del arpa del profeta los sonos á aprender.

Vengo á nutrirme en santa seráfica dulzura;
vengo á encenderme en fuego de mística pasion;
subo hasta tí buscando la célica hermosura;
vengo á inspirarme en la alta feliz contemplacion.

Huyo de la salvaje, frenética armonía,
del ruido que levantan la mar y el huracan:
mis cantos religiosos, mis versos á Maria
la luz buscan del cielo, no el fuego del volcan.

Dadme, pues, ¡oh celestes, sublimes trovadores!
una aunque leve ráfaga de genio divinal
y cantaré con ella la luz de mis amores,
la flor del Paraiso, la perla celestial.

La que cual sol que funde la nieve brilladora
derrite del esclavo los hierros con su amor,
la que con su mirada del mundo abarcadora
redime de cadenas al pobre pecador.

Y tú ¡oh grandiosa sombra del vate florentino,
tú que ese mar de gloria surcaste antes que yó,
al átomo que á él llega, descúbrele el camino,
la senda que á ti un dia Beatriz te descubrió!

Conduce al bardo errante que llega de la tierra
buscando amor, no gloria, en alas de su fé
cabe á la tienda santa que en su recinto encierra
la Madre del Dios hijo, la esposa de José.

Puedan mirar mis ojos del cielo el gran portento,
pueda adorar mi espíritu la Reina angelical,
y en plácido, sublime, feliz arrobamiento
grabar pueda en mi alma su imágen virginal.

Deja que luego en Ella mi alma enamorada,
la mística aureola contemple de su amor,
la lúcida guirnalda de espíritus formada
que en torno de su trono deslumbra de esplendor.

Tu me dirás entonces, ¡oh sombra protectora!
en donde de aquel círculo que gira sin cesar,
mi torpe vista, ciega, mundana y pecadora,
del gran Pedro Nolasco la sombra podrá hallar.

¡Donde de aquella rueda mirar podré radiante
la sombra de Raymundo, del santo confesor;
donde veré yo el alma magnánima, gigante
del héroe de Mallorca, del gran conquistador!

Tu mostrarásme ¡oh Dante! sus célicas figuras;
yo les diré me cuenten su historia, con afan,
y al par que me referan sus glorias y amarguras,
las glorias de Maria las tres me contarán.

Y así sabré por ellas los múltiples desvelos
que en bien del pobre esclavo Miriam tierna empleó:
sabré como una noche bajando de los cielos
con ráfagas divinas sus almas inflamó.

Me contarán que á mares, que á climas muy remotos
el hombre en bien del hombre por Ella enviado fué;
diránme que por Ella formó sublimes votos,
que en cruz clavado el hombre miróse por su fé.

Del blanco escapulario me contarán la historia;
las penas del cristiano cautivo del infiel,
y del sublime mártir al admirar la gloria,
las glorias de Maria podré admirar yo en él.

Y henchida así mi alma de célica alegría,
nutrido el pensamiento de fé y de inspiracion,
de místicas leyendas fecundas de poesía
llevando el rico gérmen en mi imaginacion,

Cual desde el vasto Oriente regresa el peregrino
cargado con aromas y piedras de valor,
yo volveré del cielo cumpliendo mi destino,
yo tornaré á la tierra nutrido de su amor.

Y al descubrir yo al mundo mi rico cargamento,
de mis mejores joyas presente yo le haré:
yo cantaré á Maria con inspirado acento,
yo en versos armoniosos sus glorias cantaré.

Cantares y armonias que envolverán en calma
á cuantos de mi cítara la voz escucharán,
versos y dulces trovas que en honra de mi alma
las almas de otros justos en fuego encenderán.

Y esta es la recompensa que el alma, ¡oh Madre! ansía;
no de la gloria vana me mueve la ambicion:
¡nunca, jamás! ¡Mis versos, tan solo, Madre mia,
sírvente á ti de gloria, á mi de redencion!

I.

Voy á contaros la inmortal leyenda
que encierra un poema de inmortal cariño;
si en algo habeis esta mi pobre ofrenda
venid á mi con corazon de niño,
y al viento dando vuestra ciencia humana,
mi historia oireis con vuestra fé cristiana.

La santa historia que narrar espero
pasó en la patria de Wifredo un dia:
los altos hechos que contaros quiero
forman la gloria de esta patria mia:
de su verdad responden nuestros padres;
de su piedad cronistas son las madres.

Siete siglos con vuestro pensamiento
retroceder debeis; vuestra mirada
dejando el porvenir por un momento
los velos rasgue de la edad pasada;
que del pasado des las altas cumbres
vais otra vida á ver y otras costumbres.

Esta ciudad que contemplais señora
del lujo y del placer, fastuosa y vana,
no así fué siempre cual la veis ahora.
De aquella antigua Atenas catalana
por su fé tan ilustre y sus hazañas
restan no mas que el mar y sus montañas.

Ciudad condal que en tu pasado has sido
claro espejo de honor, de fé lucero,
yo te saludo y del profundo olvido
tu nombre augusto levantar yo quiero;
por esto hoy canto al recordar tu gloria
de tu Patrona celestial la historia.

Don Sancho á la sazón de lo que os cuento
de Aragon el gran reino regentaba.
A su trono el feliz advenimiento
del infante Don Jaime se acercaba
para alta prez de la condal señora
y azote y mengua de la gente mora.

Era una tarde de un ardiente estío,
y el sol cual cráter de flotante tierra
lanzando llamas de esplendor sombrío
hundiendo se iba tras la enhiesta sierra,
que cual ciclópea colosal muralla
sirve á Barcino de perenne valla.

La luz postrera que arrojaba el día
su tumba hállando en la feraz montaña,
con sus reflejos la ciudad teñía,
y el mar tranquilo que sus muros baña
purpúreo estaba cual si tinto fuera
por roja sangre de cetácea fiera.

Del monte Jove hácia el opuesto lado,
por la ancha orilla de la mar serena,
con paso incierto y ademán turbado
pisando juntos la menuda arena,
dos hombres iban departiendo á solas,
su voz mezclando á las mugientes olas.

Era uno de ellos yá de edad madura,
de rostro enjuto y varonil mirada;
jóven el otro y de gentil figura:
todo el ardor de un alma apasionada
y el fuego todo de un precoz talento
bien descubría en su vibrante acento.

Su juventud y su ardoroso anhelo,
su rozagante pintoresco trage,
su bella gorra de color del cielo
con leves plumas de un azor salvaje
contrarestaban el aspecto austero
y el negro trage del que hablé primero.

Con gran calor el pobre mozo hablaba
de una terrible trágica aventura:
la triste historia de su amor contaba
y al recordar su grande desventura,
cual débil niño prorumpía en lloro
ó bien rugía cual salvaje toro.

Fuerte el otro, domando el sentimiento,
grave y sereno al parecer le oía
y aunque impasible á su relato atento
Dios solo sabe cuanto afán sentía;
la tempestad que en su interior se alzaba
mientras que el mozo de esta suerte hablaba.

—«Señor, decia el infeliz mancebo
con voz que el alma de dolor partía;
de aquella noche yo el recuerdo llevo
grabado en fuego dentro el alma mía.
Yo creo en Dios, pues, si no en él creyera
término á mi dolor puesto ya hubiera.»

«Figuraos, Señor, que del castillo
morada de Clunilda, no distante
hay cercano á la playa un bosquecillo
rico de sombra y soledad constante
donde han visto nacer nuestros amores
sus viejos pinos y sus gayas flores.»

«En este sitio do la mar se estrella
mansa y tranquila y su cantar murmura,
me hallaba yo con mi Clunilda bella:
la casta luna con su lumbre pura
mezclando en la onda su sutil reflejo
la mar trocaba en un inmenso espejo.»

«Era la hora de apacible calma,
del gran silencio, universal, profundo,
y de Clunilda el alma con mi alma
dejando juntas la mansión del mundo,
hácia otro mundo de bellezas lleno
iban guiadas por el ángel bueno.

«El mar guirnaldas de flotantes ovas
allí ofrecía á su sin par belleza;
yo al son de mi laud con dulces trovas
celebraba su amor, su gentileza:
mas ¡ay! fué breve tan feliz momento,
huyó cual nube que arrebató el viento.»

«Mientras Clunilda con frondoso ramo
de un silvestre laurel ceñía mi frente
y un espresivo halagador te amo,
volaba á mi desde su labio ardiente,
un hurra horrible cual señal de guerra
desde la playa resonó á la sierra.»

«Pronto un negruzco cárabo atracado
que al resplandor incierto de la luna
de estrañas gentes divisé cargado,
no me dejó, Señor, duda ya alguna
del gran peligro de mi virgen bella,
temiendo no por mí, sino por ella.»

«De mi laud por los acordes sonos
atraídos los bárbaros vinieron
y cual manada hambrienta de leones
de nuestro amor el sitio descubrieron.
¡Hurra! allí estan, miradlos, esclamaron;
y corriendo hácia el bosque nos cercaron.»

«Rápido yo, cual fulminante rayo
que al viento azota al despedir destellos,
sosteniendo á Clunilda en su desmayo
saqué mi espada y defendíme de ellos,
logrando de la turba sarracena
hacer morder á mas de dos la arena.»

«Ríndete, esclavo, en su furor decian;
la vida, esclavo, te promete el moro:
¡insensatos! la vida! no sabian
que era la vida para mí el tesoro
que cual avaro sorprendido dueño
les disputaba con tenaz empeño.»

«Corta la lucha fué, pero sangrienta,
desesperada, horrible, decidida;
fué mi defensa una agonía lenta;
bañado en sangre al fin, cuasi sin vida
y hecha pedazos al saltar mi espada
Clunilda de mis brazos vi arrancada.»

«¡Oh rabia, oh cruel dolor, oh suerte impía!
aun me parece ver la prisionera
forcejear por huir, ¡ay! todavía
oigo su voz gritarme plañidera
lejos, ya lejos de aquel sitio umbrío,
¡Rogerio por piedad, Rogerio mio!»

«Y luego nada mas..... que se perdian
sus voces escuché; todo en profundo
silencio allí quedó: la arrastrarian
hasta el cárabo y luego..... al moribundo
desde la mar la brisa con misterio
un nombre aun le llevó.... fué el de ¡Rogerio!»

«¿Porque, oh mi Dios, la vida me tornasteis
si habia de sufrir tan cruel martirio;
si á un eterno dolor me condenasteis;
si este afan que me mata es un delirio;
si es fuego fátuo que jamás se alcanza;
si es mi vida un amor sin esperanza?»

«¡Que me importan la gloria ya y la vida
si á mi Clunilda yo perdí en mal hora,
si de un harem esclava envilecida
vive tal vez allá en la tierra mora
ó en profunda mazmorra sepultada
gime cautiva la infeliz cuitada!»

«¡Oh Vos, Señor, que sois mi buen amigo,
que sois de caridad tan claro espejo
y de mi afan y mi dolor testigo!
¿que puedo hacer, Señor? dadme un consejo.
¿Como á Clunilda libertar de penas?
¿Como romper sus bárbaras cadenas?»

—«En vano pides á la arcilla humana
bálsamo á tu dolor, pobre mancebo,
le contestó con humildad cristiana
aquel justo varon; yo solo llevo
miseria en mi, pues pecador yo vivo
y solo en Dios el enseñar concibo.

«Este pesar que te atormenta ahora
por la infeliz Clunilda que amas tanto,
años hace que el alma me devora
y él es la causa de mi amargo llanto
si consideras ¡oh mi buen Rogerio,
tanto infeliz cual gime en cautiverio!

«Sus horribles pesares, sus tormentos
no se apartan jamás de mi memoria;
solo al esclavo van mis pensamientos,
su desgracia endulzar fuera mi gloria,
por esto con afan yo hallar procuro
rastros de luz en horizonte oscuro.

«Mas ¡ay! Rogerio, que esta luz no veo:
nada aun el cielo se dignó otorgarle
al pobre pecador, mas yo que creo
que es su bondad sin fin, debo acatarle,
pues del poder sin límites ni nombre
los altos fines no comprende el hombre.

«Oigo sí solo dentro el alma mia
cuando ella arranca quejumbrosos ayes,
voz misteriosa que me dice, fía,
Pedro Nolasco, no en tu afan desmayes,
que tras las sombras de la noche oscura,
despunta el dia con su lumbrera pura.

«Confianza, pues, en Dios; en Dios que vino
á redimir al hombre del pecado,
y un dia aquel nos mostrará el camino
para llegar al puerto deseado:
de su bondad, Rogerio, no dudemos;
no en los hombres, en Dios solo esperemos.

«¿Ves, Rogerio, esta ermita solitaria
donde llegamos felizmente ahora?
es del dolor la casa hospitalaria,
pues que el Remedio celestial la mora.
Ven, y á las plantas de la Virgen pura
tu enfermo corazón, mancebo, cura.»—

Dijo Nolasco con su fé sencilla,
y ambos pasaron el umbral sagrado
de una modesta Virginal capilla;
bello santuario por la fé elevado
do el triste alzaba su plegaria á solas
y al suave arrullo de las mansas olas.

Era ya noche cuando de él salieron:
ya el mar la luna con su luz plateaba;
cuando por fin de separarse hubieron
dentro su alma cada cual llevaba
bálsamo dulce y sin igual consuelo
prenda segura del amor del cielo.

II.

Era la noche plácida,
la misma noche aquella
en que los dos amigos,
segun nuestra leyenda,
salian de la ermita,
de paz sus almas llenas.
Seria media noche;
la atmósfera serena
brillaba, tachonada
con fúlgidas estrellas.
De la ciudad dormida
rumor se alzaba apenas;
solo de vez en cuando
la voz de un centinela
saliendo misteriosa
detras vetusta almena,
turbaba de los aires
la calma placentera.

No lejos del Alcázar
y en tétrica calleja
del Rey Don Jaime el ayo
tenia su vivienda.
Aun mas que humilde pobre
la estancia de aquel era;
sin oropel, sin fausto,
sin lujo, sin riqueza,
mas que el hogar de un noble
de un monge era la celda.
Unos vetustos libros,
una negruzca mesa
y un santo Crucifijo
y al pié una calavera
formaban de aquel cuarto
las pompas y grandezas.
¿Que le importaba al alma
que alli moraba quieta
el brillo de la Corte,
la mundanal quimera?
Si dentro aquel retiro
que nunca abrió la puerta
ni al ódio ni á la envidia
la dicha era completa:
si dentro alli vivia
feliz con su inocencia,
cual tímida paloma,
cual cándida violeta:
si desde alli sus alas
tendiendo á la ancha esfera
miraba des la altura
de atmósfera serena,
cual corre al mar la vida,
cual siempre el hombre sueña,
cuan cortas son las horas,
las culpas cuan eternas,
como cual humo pasan
las glorias de la tierra.
Pedro Nolasco el santo,
la flor de la nobleza,

la gloria de la Corte,
del mundo la lumbrera,
del pobre esclavo el padre,
de la virtud la esencia,
el siervo de Maria,
su flor mas predilecta,
los brazos estendidos,
de hinojos puesto en tierra
se hallaba en su retiro,
su pensamiento en Ella.

Dime, oh alma escogida
que ves el cielo,
tú que hasta alli levantas
tu pensamiento,
dí ¿que descubres,
que sentimientos tienes
cuando hácia él subes?

Yo conocerlos quiero,
yo necesito
saber de su grandeza,
pues los escribo;
mas ¡loco intento!
de un santo no se escriben
los sentimientos.

Yo pecador que vivo
sumido en fango
¿como á escribir me atrevo
lo que vió un santo?
¡Si soy yo un ciego,
si entre tinieblas vivo,
si nada veo!

Prosigue, pues, mezquino
lenguage de la tierra,
de lo sublime hablando
del modo que bien puedas;
no llegarás tan alto,

no explicarás, oh lengua,
jamás lo que Nolasco
sentir pudo en su celda.
Su ánima extasiada,
de gozo eterno leda;
su espíritu era todo
de amor mística hoguera.
Reinaba entorno al justo
la soledad completa.
Era el misterio mucho
la quietud inmensa;
tan solo del alcázar
contiguo, por la reja
mandaban hasta el santo
cual místicas ofrendas
su aroma los jardines,
su voz las alamedas,
sus cántigas las auras,
las fuentes sus endechas.

De pronto de Nolasco la estancia se ilumina,
de resplandor eterno se vé el centellear,
llénase aquel retiro con claridad divina,
de diáfanos fulgores conviértese en un mar.

Turban el aire sonos del hombre no sentidos:
cual de un celeste órgano gigante colosal,
se escuchan misteriosos y armónicos ruidos;
retumban de aquel clave cien voces de metal.

De en medio de las ondas lumínicas, serenas,
unas cual vagas formas miráronse surgir;
se respiró el aroma del nardo y de azucenas
bien como así se anuncia que el alba va á salir.

Las formas de las ondas lumínicas surgiendo
fueron creciendo y fueron tomando proporción
y entonces de Nolasco los ojos fueron viendo
las formas bien distintas de célica vision.

Sentada en régia silla, de estrellas circundada,
vió una esplendente sombra con rostro de muger.
rostro de una belleza purísima, sagrada,
belleza que á la arcilla no es dado el comprender.

Vestía una alba toga mas blanca que el armiño;
llevaba un rico cetro y un blanco lirio en flor,
y hermoso como el dia, fulgente, un tierno niño
mostraba en su regazo con maternal amor.

Con voz nunca sentida, suavísima, sonora,
nutrida de armonia, de amor, de inspiración
al que encender debía la luz en tierra mora,
hablóle de esta suerte la célica vision.

—«¡Oh espíritu sublime, cuyo interior encierra
la llama sacrosanta de ardiente caridad,
cumple tu fin, Nolasco, tu fin alto en la tierra,
santo laurel te espera ya allá en la eternidad!

«Nada al Señor mas grato, Nolasco, que tu intento:
tu afán es del cautivo la santa redención,
pues bien, Pedro Nolasco, da cima al pensamiento;
comienza de tu obra la santa fundación.

«Caudillo de soldados sedientos de alta gloria,
levanta tu estandarte, inscribe en él *Merced*,
y en pos de él á tus héroes conduce á la victoria
que es siempre cierto el triunfo luchando por la fé.»

—«¿Mas Vos quien sois? Nolasco pregúntale turbado,
quien sois que de esta suerte tan clara interpretáis
los altos pensamientos del Dios que me ha criado,
que al átomo de polvo la gloria le anunciais?»

—«Yo soy, dijo, la lumbre de do la toma el día;
la mística paloma del Templo del Señor;
mi estirpe es soberana, Nolasco; soy Maria
la Madre del Dios hijo, del Mártir Redentor.

»Magnánima es tu empresa, Nolasco, decidida
la fé con que alimentas tu grande corazón:
funda, pues, la gran Orden que ensueño es de tu vida;
yo te prometo en ella mi eterna protección.»

»Yo allanaré la senda que emprendes esforzado,
te escudan en la lucha la fé y la caridad.
Valor, pues, sé de Cristo tú el inclito soldado,
redime tú en su nombre la pobre humanidad.»—

»Y despidiendo entonces la angélica Señora
de sus virgíneos ojos un rasgo de su amor,
despareció entre nubes risueña, encantadora.
Nolasco derribado cayó por su fulgor.

III.

No bien apareció el día
entre celajes de grana,
Nolasco dejó el retiro
de su miserable estancia.
¡Pecador de mí! decía
mientras la plaza cruzaba,
¿será un sueño de mi mente,
ó bien será verdad santa?
¿Como concebir, Dios mío,
que vuestra mirada de águila
se haya fijado en el polvo
mas vil que la tierra guarda?
Y dudando de si mismo,
lleno de humildad cristiana
se dirigió hácia el convento
do su confesor moraba.
Era aqueste un sabio ilustre
de distinguida prosapia,
tan docto en ciencias y en letras
como de virtud probada:
Fiel imitador de Cristo
la cruz cargando á su espalda
dejó el fausto de la Corte
por la ascética morada.
Trocó sus mundanas pompas
por tosco sayal de lana;
prefirió el santo silicio
al cinto y guerrera espada.

Y de la Virgen Maria
amante siendo y esclava
conquistó su alma en la tierra
los triunfos que nunca pasan.
Tal era el varon piadoso
á quien Nolasco confiaba
de su virtud el cultivo,
la salvacion de su alma.
Mas confesor y confeso
sin distincion ni ventaja
eran dos naves que á un puerto
igual direccion llevaban.
Dos palomas que atraídas
del cielo por la luz clara,
hácia el sol ambas viageras
iban tendiendo sus alas.
Dos palmeras del desierto
que creciendo á la par altas
juntaban entre las nubes
sus verdes cimbreantes palmas.
Cuando Nolasco en la celda
de su confesor, morada
rica de paz y silencio,
puso su tímida planta.
Raymundo de Peñafort
que así el monge se llamaba,
con los brazos estendidos
le recibió á su llegada.
Una alegría serena,
una cual celeste calma
que solo infundirlas puede
de Dios la sublime gracia
se notaban en Raymundo,
y de su limpia mirada
de un místico regocijo
brotaban cual chispas santas.
Nolasco entonce á Raymundo
con elocuentes palabras
le relató de la víspera
la aparicion sobrehumana.

Le refirió conmovido
 lo que el cielo le ordenaba,
 las promesas de Maria,
 la luz que vertió en su alma.
 Y al acabar él, Raymundo
 lleno su rostro de lágrimas
 con balbucientes sonidos,
 con voces entrecortadas,
 —«¡Nolasco! dijo, loemos
 de Dios las bondades santas;
 confúndete ¡oh alma! y llora,
 Dios de visitarte acaba.
 Cual tú Nolasco esta noche
 yo oí del cielo la parla,
 cual tú, yo he visto esplendente
 la luz que jamás se apaga.
 La que es del cielo la Reina,
 la que es del mundo la guarda,
 la que es del pobre afligido
 la fé, el amor, la esperanza.
 Cual á ti su voz divina
 penetrándome en el alma,
 los tormentos del cautivo
 me ha recordado y las ansias.
 Y despertando en mi mente
 del pensamiento la llama,
 dentro de mi sentí un gérmen
 que torna en flor tu palabra.
 ¡Nolasco! el Señor te elige
 para una empresa muy alta;
 á mi que te preste en ella
 mi indigno auxilio me manda.
 Polvo soy, tú polvo eres;
 sin Dios ¿que podemos? nada:
 Él sin embargo decreta
 que el polvo se alze en montaña.
 Cumplamos, pues, sin demora
 lo que el Señor nos reclama;
 mas como súbditos fieles
 debemos ver al monarca.

Ven y hablaremos al rey;
 mas antes de ir á su alcázar
 pidamos al Rey de reyes
 su Santa y Divina Gracia.»—
 Y ambos cayendo de hinojos,
 mientras sus ojos lloraban
 de su labio iba hasta al cielo
 cual aroma una plegaria.
 Como lúcida aureola,
 como fúlgida guirnalda
 sobre sus frentes benditas
 bella una luz fulguraba.
 Poco despues cuando juntos
 de allí los claustros cruzaban,
 á su paso el canto oyeron
 de aves cien en sus arcadas.
 Cuando en el jardin pusieron
 sus leves benditas plantas,
 sobre su tallo las flores
 á su paso se inclinaban.

IV.

Solo, en su cámara régia,
 des que el sol de la mañana
 vino á herir á su ventana
 cual juvenil ilusion,
 junto á una gótica mesa
 y en rico sitial sentado
 se hallaba absorto y turbado
 el infante de Aragon.

Don Jaime el forzado atleta,
 el ginete infatigable,
 el luchador indomable,
 el inclito cazador,
 dejaba en el alba aquella
 en paz su espada y su lanza,
 su buen caballo en holganza,
 dentro la jaula á su azor.

¿Era algún sueño de amores
tal vez lo que así embebía
su juvenil fantasía
lográndola fascinar?
¿ó era que el tierno aguilucho
su condición presintiendo
iba su afán ya encendiendo
del sol el centellear?

No; su veloz pensamiento
volando á mayor altura,
de otra luz más viva y pura
tomaba la claridad,
y su espíritu encendido
por ella, lejos del suelo,
de los espacios del cielo
vagaba en la inmensidad.

De pronto sin saber como
y al levantar su semblante
Don Jaime de sí delante
vió á Nolasco y Peñafort:
sorpresa quedó al verlos
sin que anunciara ni un page
la entrada en aquel parage
del ayo y del confesor.

—«Que favores me deparas
¡oh cielo! sin merecerlos?»
esclamó Don Jaime al verlos
con exaltado ademán:
«Bien venidos, oh vosotros,
que sois mis fieles amigos;
Dios os manda aquí, testigos
de este mi cristiano afán.

Oid, y pues sois del cielo
cual yo juzgo mensajeros,
servidle de consejeros
á ese mísero mortal.»
Y contemplándose atónitos
con un respeto profundo
junto al rey, Pedro y Raymundo
ocuparon un sitio.

«Era esta noche, les dijo;
ya mis buenos servidores,
mis pages y trovadores
salido habían de aquí.
Todo en el alcázar regio
dormido y callado estaba;
solo era yo quien velaba
porque Dios lo quiso así.

«En mi lecho yo tendido,
de mis párpados el sueño
con loco y tenaz empeño
se escapaba sin cesar.
De mi estancia era el silencio
cual de un solitario coro,
de mi lámpara de oro,
se estinguía el fulgorar.

«De pronto unos dulces sonos
cual de un laúd plañidero,
lejos, muy lejos, primero,
cuasi indistintos oí;
mas ellos fueron creciendo,
sus acordes aumentando,
hasta que al fin fluctuando
entre armonías me ví.

«Entonces de mi morada
la artesonada techumbre
paso dando á clara lumbre
fantástica se entreabrió,
y en el firmamento puro
sembrado entonces de estrellas
unas como formas bellas
mi vista atónita vió.

«Era una sombra esplendente
de blanca toga vestida
la que en el éter mecida
llegó mi vista á entrever,
sombra ó figura del cielo
de una belleza tan pura
que jamás cual su hermosura
se vió en rostro de muger.

«¡Príncipe! dijo, lanzando
de luz un rayo á la tierra
y que en mi casco de guerra
fugáz tambien reflejó,
de tu mision soberana,
de tu valor sin segundo,
de tu poder en el mundo
la hora suprema llegó.

«Vas á ceñir á tu frente
de príncipe la corona,
¡héroe! la fama pregona
por el mundo tu valor.
Yo te conjuro en el nombre
de Dios, tu rey soberano
á unir el timbre cristiano
al de rey conquistador.

«Lejos de tu patria gimen
cien mártires entre penas,
presos en férreas cadenas,
allá los tiene el infiel;
castas vírgenes, ancianos,
viudas y tiernas esposas,
en cárceles horrorosas
beben del cáliz la hiel.

«Unos siervos escogidos,
unos varones piadosos,
unos seres generosos
fundando santa mision,
van á endulzar del cautivo
las penas y los horrores,
van á trocarles en flores
los grillos de su prision.

«Tú que eres juez y en tu mano
del hombre el poder se encierra,
de Dios reflejo en la tierra
bajo tu forma mortal,
á la institucion que nace
tu proteccion no le niegues;
cobijala so los pliegues
de tu púrpura real.»

«Dijo, y cual astro que encubre
la niebla al soplo del viento,
rápida del firmamento
despareció la vision :
la cámara quedó oscura,
llena de ideas mi mente
y su acento eternamente
grabado en mi corazon.»

—«¡Señor, exclamó Raymundo,
que inmensa dicha es la nuestra!
igual vision á la vuestra
tuvimos Nolasco é yo;
solo que es Nolasco el justo
por el Señor elegido;
y aunque Dios con él me ha unido
la gloria es de él, mia no.

—«¡Que escucho! Nolasco amigo,
dijo el infante admirado,
¿tú, mi protector amado,
tú, luz de mi corazon,
eres el héroe que emprende
con alma valiente y pura
en bien de humana criatura
del calvario la ascension?

«¡Ah magnánimo Nolasco!
yo tus virtudes admiro;
yo en tu gran obra me inspiro;
el rey su amparo la dá;
y pues que Dios me lo manda
velarla cristiano quiero,
mas tambien de caballero
mi espada la velará.»—

Y al ir Nolasco y Raymundo,
por su gratitud sencilla
á hincar ante él su rodilla,
alzó Don Jaime á los dcs,
diciéndoles «¡no, en mis brazos!
que para alivio del hombre
y hacer bien de Dios en nombre
iguales nos ha hecho Dios.»

Y Dios que desde su trono
estas palabras oía,
en su gran libro escribía:
—«Rey de grande corazón,
alma piadosa y cristiana,
espejo de potestades,
luz de futuras edades,
gloria eterna de Aragón.»—

V.

Era de agosto un esplendente día;
fastuosa y pura una gentil mañana
rica en perfumes y en colores rica
nacida al soplo de armóniosas auras.

De Santa Cruz la catedral soberbia,
la antigua perla de mi amada Patria,
de aquella lumbre que esparcía el oro
la voz de bronce saludó ya el alba.

Yá hácia el cenit el bello sol subiendo
trepaba audaz por invisible escala,
y aun de las torres de la augusta Iglesia
la voz seguía retumbando santa.

Su voz sonora reclamando al pueblo
llenando iba la anchurosa plaza
de alegres gentes que en tropel fluían
cual turbios ríos que en la mar desaguan.

Nobles, plebeyos, escuderos, pages,
bellas y apuestas rozagantes damas,
gentes de guerra de atezado rostro
vistiendo todos sus mas ricas galas,

Cual mar revuelto de agitadas ondas
que el viento empuja y sin cesar levanta,
del Sacro Templo entremezclados iban
subiendo lentos las marmóreas gradas.

Dentro el recinto de la Iglesia augusta
guarnida entonces con frondosas ramas,
colgada toda de tapices ricos,
brillando en luces cual si fuera un áscua,

Domando al ruido el inspirado acento
del gran Raymundo, desde la alta cátedra,
narraba al pueblo la Vision Celeste
con su elocuente original palabra.

Del presbiterio en preferente sitio
sentado en trono de bruñida plata,
bajo dosel de recamada seda,
Don Jaime el rey junto á Don Sancho estaba.

En torno suyo la fastuosa Corte:
al lado opuesto so dosel de grana
Don Berenguer el de Palú y su clero;
junto á ambos tronos cien vistosos guardias.

Y en el altar y entre galanas flores
que al de la mirra su perfume aunaban,
la Sacra Imágen de la siempre pura,
sobre la pompa mundanal se alzaba.

—»Ved, les decia el orador, mostrando
la bella efigie de la Virgen Santa,
Ella redime en su prision al hombre,
su amor sublime, libertad proclama.

»Por Ella el pobre que en cadenas gime,
libre á su pátria volverá mañana:
su dulce aliento, los pesados grillos
de gayas flores tornará en guirnaldas.»—

Calló su voz, los corazones todos
de amor latieron; se avivó la llama
de la fé y caridad: bajó del cielo
sobre el pueblo y el rey luz de esperanza.

Don Jaime entonces descendió del trono
con noble porte y magestuosa marcha.
—»¡Pedro Nolasco, pronunció su acento,
ven á cumplir lo que el Señor te manda!»—

Y el fundador entre su fiel Raymundo
y el invencible lidiador monarca
llegó hasta el trono episcopal, do humilde
del buen prelado se postró á las plantas.

Con claro acento de firmeza henchido,
con voz entera por la fé inspirada,
que desde el templo á la mansion eterna
voló invisible en impalpables alas,

—«Juro, exclamó: yo, por la fé de Cristo
y por la eterna salvacion del alma,
cumplir los votos de feliz pobreza,
de castidad y de obediencia santa.

»Juro acudir donde el cautivo llore;
su libertad recuperar con dádivas;
quedarme en prenda por rescate suyo;
morir yo en cuerpo por salvar su ánima.»—

Y el venerable sorprendido obispo,
viendo de Pedro abnegacion tan santa,
—«¡Yo te bendigo del Señor en nombre!»—
dijo, vertiendo inapreciables lágrimas.

Su mano débil le vistió en seguida
tosco sayal de inmaculada lana;
bendito y santo escapulario en donde
bordadas eran de Aragon las armas.

Tras de Nolasco des piadosos nobles
de edad madura, de cabeza cana,
iguales votos que Nolasco hicieron,
cual él vistieron la cogulla blanca.

Sordo murmullo, cual de verdes pinos
que agita el viento en la feraz montaña,
movióse entonces, al mirarse á un jóven
que ante el obispo su rodilla hincaba.

Bien parecido, de agradable rostro
era el mancebo de virtud tan alta:
viéndole alegre concitar la muerte
lloró mas de una enternecida dama.

El mozo aquel que allí el sayal vestía,
que dar su sangre redentor juraba;
el que trocaba con valor de un héroe
por el cilicio las mundanas galas.

Era Rogerio, el trovador sublime,
el amador de nuestra ciencia gaya,
el tierno amante de Clunilda bella
á quien su á Dios ya para siempre daba.

La santa Virgen de aquel jóven héroe
logrado habia cautivar el alma;
su amor mundano en otro amor trocóle:
de gloria eterna despertó sus ansias.

Iba á partir hácia remotos climas,
iba á morir á unas desiertas playas:
¿qué le importaba yá la vida al héroe
si iba á ganar la inmarcesible palma?

La luz cayendo des la nave inmensa,
cual desde un prisma en cien colores varias
el aire en rojo y en azul teñia,
pintaba en oro las fragantes ráfagas.

Cantos de gloria por do quier se oían,
místicos ecos, cual de acordes arpas.
La luz, el brillo de la corte, el lujo,
el susurrar de multitud compacta,

La claridad de incalculables cirios,
flores, tapices, colgaduras, galas,
ricos doseles y elevados tronos,
el centelléo de las férreas lanzas,

Todo formando un armonioso grupo,
conjunto inmenso de bellezas raras
que cual ofrenda deponia el mundo
al pié del trono de la Virgen Santa,

Dentro del templo del Señor, entonces
llena de asombro contemplaba el alma,
mientras que un rey y dos gloriosos héroes
de la Merced el estandarte alzaban.

¡Dichosa edad, y aun mas dichoso el hombre
que tales hechos presenció en su patria!
Hoy nuestros ojos solo ruinas miran:
tinieblas solo nuestra vista alcanza.

VI.

Contigua á su alcázar

la Orden fundada
tranquila morada,
Don Jaime la dió.
Sencillo convento
cercado de flores,
de los redentores
poblado se vió.

Allá en su retiro
los mártires santos
loaban con cantos
la Virgen sin par:
su Imágen hermosa
de blanco vestida
cual fué aparecida
brillaba en su altar.

La noche era bella,
la luna rotunda,
la calma profunda,
la mar como un tul:
los astros á miles
cual ricos diamantes
bordaban brillantes
del cielo el azul.

Mecida en las olas,
ligera cual ave
se hallaba una nave
dispuesta á partir:
¡oh nave que partes
de Dios en buen hora,
que tarda la aurora
que tarda en salir!

Nolasco entretanto
llegaba así el dia,
velaba á Maria
con mística uncion.
Postrado en su cámara
el Santo se hallaba,
hácia Ella elevaba
su humilde oracion.

Sumido en silencio
yacía el convento;
un nuevo portento
al Santo asombró.
De angélicas voces
oyó como un coro;
de cien arpas de oro
los sonos oyó.

Mas dulce que el agua,
cuando ella murmura,
más que el aura pura
meciendo á la flor,
se unió á aquellos cantos
se unió á aquel conceuto
un místico acento,
un canto de amor.

Maria á las voces
su canto mezclaba;
cantar que se alzaba
divino y sutil.
La cámara ardía
con bellos fulgores,
la henchian de olores
las auras de abril.

Al alba la nave
su vela ligera
dió al viento, velera
las ondas hendió:
¡Feliz navecilla,
dichoso el que osado,
se vió en ti embarcado,
y al puerto llegó.!

VII.

Rauda la nave bajo un cielo puro
seguía el rumbo hácia africanas costas,
paseando ufana su preciosa carga
por sobre el campo de azuladas olas.

El infernal Luzbel, el de alas negras,
el que la envidia y la fatal discordia,
los torpes celos en el alma siembra
y el mal y el crimen sin cesar provoca,

Viendo á Nolasco acaudillar valiente
de ínclitos héroes la sagrada tropa,
viendo que de ellos la sublime empresa
iba sin duda á realizarse próspera,

Lleno de envidia y de mortales celos
rugió de rabia en su mansion de rocas
y decidido levantó su vuelo
queriendo á Pedro arrebatár la gloria.

Súbito el cielo se cubrió de nubes,
oyóse el trueno con sus voces sordas;
altas montañas de espumosa cresta
del mar saltaron rebramando roncás.

Débil la nave á su furioso empuje,
perdida cuasi y con las velas rotas,
yá ó bien rozaba el arenal su quilla
ó alzaba enhiesta hasta el cenit su proa.

Solo un milagro del Señor salvarla
podía entonces de una ruina pronta;
desarbolada, sin timon ni velas
juguete siendo de las fieras ondas,

Hecho pedazos su bauprés, entraba
rugiendo el agua por su abierta popa
y á cada empuje de la mar bravía
saltaban astas de sus fuertes orlas,

Pedro Nolasco en su cubierta estaba,
postrado en tierra sin mostrar zozobra,
la faz serena, la mirada limpia,
tranquilo orando con su fé devota.

¡Ah! ya la nao sumergiéndose iba,
ya en torno de ella con hambrientas bocas
fieros cetáceos pulular se vian,
cuervos marinos y salvages focas.

La muerte cierta, inevitable era,
la gente á bordo la miraba próxima
y el huracan con mas furor mugía;
surcaba el rayo las temibles sombras:

De pronto el Santo, con sublime acento,
»¡Maria! esclama, por piedad, Señora,
de vuestros siervos que aqui veis rendidos
¡piedad habed, piedad, misericordia!»

El labio santo de Nolasco apenas
el dulce nombre de Maria invoca,
cuando se inflama de esplendor el cielo
como encendido por boreal aurora.

Salve, Maria, des la nave cantan,
stella maris, con piedad entonan
al ver se cierce la Divina Imágen
que es de Barcino celestial Patrona,

Luego descende hasta las turbias aguas:
mansas se aplanan á su pié las olas:
huyen los cuervos, y los monstruos hunden
su informe mole en su mansion de rocas.

Tranquilo el mar como bruñido espejo,
la hermosa luna hácia poniente asoma.
Cubren las brumas de la mar la Imágen:
la nave arriba á la africana costa.

Como una prueba de este grande hecho,
como unas prendas de su amor notorias,
los que á la Imágen en su templo vieron
al sol siguiente en su sitial de gloria,

Señales ciertos del milagro hallaron
en sus mojadas sacrosantas ropas;
húmedo el manto y las sandalias húmedas
aun se encontraban por las fieras olas.
.....

En este siglo de miseria y duelo
se ríe el hombre de las altas glorias,
porque es el hombre un miserable ciego
que en vano fija sus vacías órbitas.

VIII.

Ya el cielo bendijo del hombre la empresa:
los grillos en flores yá el Santo trocó,
yá en donde gemia su imágen opresa
la luz y la vida su aliento llevó.

Nolasco y sus héroes valientes soldados
cumpliendo cual buenos su grande mision,
por tierra africana pasean yá osados
radiantes de gloria su santo pendon.

Ya al mártir libraron de cárcel sombría,
la víctima hermosa de impúdico haren;
ya al nombre glorioso sin par de Maria,
do quier han pasado, sembrado han el bien.

Cual ángeles puros del cielo bajados
tras ellos dejando van rastro de sol;
besando sus huellas de pobres cuitados
les sigue glorioso, brillante un estol.

Contempla el almohade su marcha triunfante,
su mano del cinto requiere el puñal;
vender á su esclavo resiste arrogante;
por fin su altiveza convierte el metal.

Libradas sus manos de férreas cadenas
vencidas sus penas,—colmado su afan,
los pobres cautivos gloriando á Maria,
siguiendo á su guia—del mar hácia van.

¡Al mar, á la patria! mil voces esclaman,
del cielo reclaman—feliz arribar.
la nave se mece de esclavos yá llena,
la playa agarena—se apresta á dejar.

De casta doncella que aun gime en cadenas
Nolasco alli adquiere fatal conviccion,
¡mas ay! falta el oro que compre sus penas:
cien doblas se exigen por su redencion.

De pronto un mancebo que el hábito viste
se ofrece cautivo por ella quedar,
se logra el rescate.....Clunilda aun existe;
la nave velera se lanza á la mar.

Perdida á lo lejos la nave aun se via,
se hundia en el Atlas rojiza la luz
y ya el religioso triunfante moria
por turba salvage clavado en la cruz.

Rogero era el mártir; su angélica alma
clamando ¡Maria! su vuelo á Ella alzó:
Maria entrególe del Santo la palma,
de flores eternas su frente ciñó.
.....

¡Oh Madre á quien amo! yá des mis albores,
espera el que os canta tambien redencion:
trocad vos un dia por nítidas flores,
los grillos que tienen su alma en prision.



EL MANTO DE LA VIRGEN.

LEYENDA RELIGIOSA

POR

D. JOSÉ DE VELILLA Y RODRIGUEZ

Descubre tu presencia,
y mátame tu vista y hermosura:
Mira que la dolencia
de amor no bien se cura
sino con la presencia y la figura.

S. JUAN DE LA CRUZ

INVOCACION.

Madre del Redentor, madre del hombre,
encanto de los cielos y la tierra,
aurora refulgente de alegría,
cándida flor de perfumada esencia:
Tú, bendita entre todas las mugeres,
espejo en quien Dios mismo se recrea,
que tienes por alfombra de tus plantas
el trémulo fulgor de las estrellas;
Tú, que sosiegas los airados vientos,
las túrbias aguas de la mar inquieta,
y redimes los miseros cautivos
que suelo extraño con su sangre riegan,
Virgen de las Mercedes, madre mia,
inspírenme tu amor y tu grandeza.

¡Cómo, al pensar en Tí, cómo recuerdo
el tiempo alegre de mi edad primera,
cuando ni la ambicion ni las pasiones
perturbaban la paz de mi existencia,
ni sueños vanos de ignorada gloria
á enloquecer venian mi cabeza!

Arrodillado y solo, muchas veces
en las oscuras naves de la Iglesia,
adoraba, Señora, tu semblante,
y, al adorarlo con el alma entera,
á mi vista infantil aparecia
con todo el esplendor de su belleza.
Pasó esa dicha: tempestades rudas
al débil corazon movieron guerra;
temblé, me estremecí..... mas no pudieron
menguar un solo punto mis creencias:
no naufragó mi fé, y hoy, como entonces,
llevo tu imágen en el alma impresa.

Yo cantaré una historia delicada
como el tímido olor de la azucena,
suave y misteriosa cual la brisa
que susurra en las verdes arboledas.
Yo ensalzaré tu nombre idolatrado,
las divinas mercedes que dispensas.
Si redimes piadosa los cautivos
que lejos de su Pátria desesperan,
todos somos cautivos, que en el mundo
arrastramos tambien nuestras cadenas.
Yo me refugio á tí, yo en tí confio:
Tú eres la vida, la esperanza nuestra.
Arda mi mente en amoroso fuego,
inspiracion y luz derrama en ella,
y los humildes ecós de mi lira
digna corona de tu nombre sean.

I.

CELIA.

Es Celia una niña hermosa
de negros y ardientes ojos,
de labios puros y rojos,
de tez morena y graciosa.

Quince veces la pradera
ufana miró vestida
de flores que en su venida
le trajo la primavera.

Y entonces la niña amaba
las auras puras, suaves
y los cantos de las aves
y del sol se enamoraba.

Y asi como á la campiña
de nuevas galas vistió,
cada primavera dió
un nuevo encanto á la niña.

De su inocencia la calma
ya está la vírgen perdiendo;
turbó una imágen, durmiendo,
la limpidez de su alma.

Y llora porque no acabe
de su niñez el halago.
Siente un afan dulce y vago,
mas lo que siente no sabe.

Llora si ve que lejanas
las golondrinas se fueron
dejando el nido que hicieron
debajo de sus ventanas.

Pena le causa la nube
que el cielo enluta sombría,
le causa melancolía
el mar que, hinchándose, sube.

Le enternece la querella
de una tórtola cuitada,
pobre avecilla enjaulada,
sola y triste como ella.

La aurora de la razon
en su mente ya despunta
y la niña se pregunta
¿qué pasa en mi corazon?

Y una lágrima derrama
que se evapora en su seno
y su semblante moreno
se tiñe en purpúrea llama.

Suspira, y mas de una vez
al suspirar anhelante
la púrpura del semblante
se le cambia en palidez.

Y asi de la niña hermosa
es el rostro parecido
á la nieve que ha caido
sobre el cáliz de una rosa.

Ve Celia que de las flores
vagan siempre en derredor
diciendo trovas de amor
insectos de mil colores.

Que al terminar de los dias,
cuando la noche ya empieza,
canta la Naturaleza
misteriosas armonías.

Celia en éxtasis profundo
los ojos aduerme luego,
cual temiendo que su fuego
pudiera incendiar el mundo.

En su frente pura y bella
castos sueños se detienen
y mil esperanzas vienen
á revolar junto á ella.

Y Celia con loco empeño
quiere dormir y soñar....
¡Quien pudiera adivinar
toda la mágia de un sueño!

Sueña en un bien ignorado,
en un bien que en llegar tarda,
en que el ángel de su guarda
está de ella enamorado.

En que descansa la sien
del ángel entre las alas
y al contacto de sus galas
ángel se vuelve tambien.

En que la adora la brisa
que vaga en el bosque espeso,
en que ella por cada beso
le devuelve una sonrisa....

En que llegan sus miradas
á lo profundo del mar
y allí pueden contemplar
los jardines de las hadas....

¡Ah! No es extraño ese anhelo
que dentro del alma encierra:
todo el que vive en la tierra
suele soñar en el cielo.

II.

EL PIRATA BARBA-ROJA.

Vienen, abriendo ancho surco
del mar hirviendo en las olas,
á las playas españolas
las galeras del Gran Turco.

Ya con audacia que enoja
á todo cristiano pecho
dejan atrás el Estrecho
las naves de Barba-roja.

En tierra el corsario salta,
nada teme ni recela;
no hay sobre el mar ni una vela
de los guerreros de Malta.

Ardiendo en gozo cruel
con seiscientos otomanos
corre pueblos de cristianos
el rey de Túnez y Argel.

La hueste feroz é impía
á quien el triunfo embriaga
roba, ensangrienta y estraga
ías costas de Andalucía.

Como un rayo va pasando
por las villas y lugares,
destruyendo los altares,
muchas gentes cautivando.

Jamás el pirata griego
recogió presa mayor;
ufano de su valor
se vuelve á las playas luego.

Y mientras hace embarcar
la rica presa que gana
ve dormida á una cristiana
junto á la orilla del mar.

Blanca y purísima luz
vierte en su rostro la luna;
mas bella, muger ninguna
nació en el suelo andaluz.

Entre sus brazos la toma
Barba-roja con afán
y parece un gavilán
que ha robado una paloma.

Suena la voz del pirata,
los turcos las velas izan
y sus naves se deslizan
sobre un espejo de plata.

Orgullosa va en extremo
Barba-roja navegando
los quejidos escuchando
de los forzados al remo.

Los cautivos suspirantes
un adios con la mirada
dicen á la pátria amada
que se aleja por instantes.

Ya con la presa que ha hecho
y el nombre español sonroja
navega audaz Barba-roja
del lado allá del Estrecho.

Ya á los ojos del infiel
muestra el sol de un claro día
las costas de Berbería,
los minaretes de Argel,

Ciudad que no entre pesares
se ocultaba como ahora;
era entonces la señora
de la estension de los mares.

Entonces con arrogancia
se alzaba sobre su frente
la Media Luna creciente,
no la bandera de Francia

Hoy su gloria y su poder
Francia de olvido ha cubierto,
mientras gime en el desierto
la sombra de Abdel-Kader.

Llegan, del viento á favor,
las galeras del pirata
á la ciudad que lo acata
como absoluto señor.

Exhalan los otomanos
gritos de feroz contento
y dan sus quejas al viento
los pobres siervos cristianos.

No hay uno que no recuerde
su pátria querida ahora...
¡Cómo el bien que el alma adora
no es bien hasta que se pierde!

¡Cómo á jóvenes y á viejos
terrible pena lastima!
¡Cuánto la pátria se estima
cuando se tiene muy lejos!

Cristianas ¡cómo tambien
demostrais vuestra inquietud
temiendo la esclavitud
que os agnarda en el Haren!

¡Triste Celia! Al despertar
su desgracia ha conocido...
¡Cómo siente haber dormido
junto á la orilla del mar!

Aunque sultana se vea
del jardín de los amores
suspirará por las flores
de los campos de su aldea.

Ya vivirá como esclava
en encierro solitario;
ya no verá el campanario
de la Iglesia en que rezaba.

De la Iglesia en que solía
decir piadosa oración
con todo su corazón
ante el altar de María.

Y se estremece y sonroja
Celia cual flor delicada,
mirándose trasplantada
al Haren de Barba-roja.

¡Quien fuera una golondrina
y las alas desplegando
viniera á España volando
desde la costa argelina!

Celia, sin paz y sin calma,
en las horas de amargura
los ojos vuelve á la altura
y así dice con el alma.

«Rompe mis hierros esquivos;
«rómpelos, tú que lo puedes,
«¡oh Virgen de las Mercedes;
«redentora de cautivos!»

III.

LA VOZ DEL PRISIONERO.

Ya la doncella cristiana,
con mortal melancolía,
entre doradas prisiones
hace un año que suspira.
No es mucho que se marchiten
las rosas de sus mejillas
sus colores encendidos
trocando en pálidas tintas;

porque ella en su dulce patria
como un pájaro vivía,
respiraba libremente
los aires de la campiña,
y en el Haren es esclavo
hasta el aire que respira.

Siendo pobre de ventura
está de esperanzas rica,
esperanzas ¡ay! que nacen
y mueren todos los días.
¡Cuántas nuevas de su patria
pide á las aves marinas
cual si entendieran las aves
sus palabras fugitivas!

Todas las noches repite
las oraciones sencillas
que de su madre adorada
aprendiera siendo niña.
Ilusiones y recuerdos
su pensamiento acarician,
y le parece que escucha
una lejana armonía,
que entrando por el oído
llega al alma entristecida
y con voz que ella comprende
le dice: *espera y confía.*
Por esta voz arrullada
quédase Celia dormida,
y en sus labios entreabiertos
por una leve sonrisa
con inefable dulzura
suena este nombre: ¡María!

Una noche, la doncella
despertando conmovida,
oyó una voz que cantaba
al son de guzla morisca.
El músico desdichado
tan tristes cosas decía
que el llanto brotó á raudales
de los ojos de la niña.

Que es español y cautivo
bien sus cantares indican,
y que vive enamorado
entiende Celia en seguida.
¿Quién será, quien, la cristiana
de frente pura y altiva
de ojos rasgados y negros
á quien el músico envía
el alma, que de ella solo
recibe luz, luz y vida?

¿Celia tal vez?.. ¡A esta idea
cómo su pecho palpita!
Alguna tarde, sin duda,
al tiempo que el sol declina,
la vió el cautivo asomada
á una estrecha celosía.

Una noche y otra noche
la prisionera intranquila
oyó la voz que cantaba
al son de guzla morisca.
En mil suspiros envuelto
su nombre también oía;
es ella de quien recibe
el cautivo luz y vida:
es ella su puro encanto,
su esperanza y su alegría.
Inquietudes y temores
el tierno cantor le inspira;
ya Celia, sin conocerle,
por él de amores ardía,
porque los dos están tristes,
él cautivo, ella cautiva,
y el mismo dolor enjendra
misteriosa simpatía,
por que, sin duda, las almas
que padecen se adivinan.

IV.

EL AMOR PRIMERO.

Con hechos de alto valor
quien vive amando comienza
á merecer un favor;
quien imposibles no venza
no diga que tiene amor.

Quien no se resuelve á dar
su sangre por la que quiere
ni alzado en su pecho altar,
donde adorarla, tuviere,
no diga que sabe amar.

El cautivo misterioso
bien prueba que adora bien;
recatado y silencioso
entra en el mágico Haren
en las horas del reposo.

Hurdes que el moro aprecia
gimen allí esclavizadas;
allí las hijas de Grecia,
las vírgenes cautivadas
en España y en Venecia.

De sus ojos seductores
el sol envidioso toma
sus brillantes resplandores,
y los hijos de Mahoma
por ellos mueren de amores.

Bien haceis en envolver
sus rostros en largos velos,
que nadie pudiera ver
los soles de tantos cielos
sin deslumbrarse y arder.

El cautivo enamorado
burla audaz la vigilancia
de fiel eunuco atezado
y llega á la rica estancia
de su dueño idolatrado.

Allí está Celia; le espera
toda encendida en rubor,
temerosa y placentera,
demostrando que de amor
siente la herida primera.

Mientras que Celia callaba
y con mudo arrobamiento
el cautivo la miraba,
se oyó un rumor... era el viento
que con las flores hablaba.

Para el que así decidido,
la muerte arróstrando, viene
á ver el ángel querido
la oscuridad luces tiene,
tiene el silencio ruido.

—Señora, no seas esquivia,
al fin el siervo exclamó,
deja que en tu mente viva,
que si cautivo soy yo
tú también eres cautiva.

Tú eres la fúlgida estrella
que en la prision me acompaña,
consolando mi querella;
si tú lloras por España
yo también lloro por ella.

Yo soy don Juan de Cardona,
y aunque hoy adversa fortuna
aquí en Argel me abandona,
mecióse mi hidalga cuna
en la egregia Barcelona.

En un combate caí
de los turcos prisionero.
¡Muriera entonces allí!
Seis años hace que muero
entre cadenas aquí.

Ten piedad de quien te adora,
que arrastra el pobre cautivo
dobles cadenas ahora;
esclavo de un moro vivo
y esclavo tuyo, señora.—

Así el amor que le afana
dice en razones sencillas,
y lo escucha la criatiana
poniéndose sus megillas
como el color de la grana.

Si sus labios á don Juan
no responden por decoro,
sus ojos diciendo están;
«yo también, también te adoro,
caballero catalan.»

La luz del Alba cruel
ya en los mares se refleja,
y al irse el amante fiel
si en Celia el alma se deja
la de Celia va con él.

¡Oh amor, oh eterno misterio,
el corazón mas esquivo
se rinde á tu blando imperio;
ya hay en Argel un cautivo
que adora su cautiverio!

V.

LOS PADRES REDENTORES.

Espanoles desdichados,
que en Argel pasais la vida
con mil penas afigida,
los ojos al mar volved.
Dos galeras españolas
sus turbias aguas sostienen,
dos galeras en que vienen
los Padres de la Merced.

Ellos, que cruzan el mundo
de Cristo el amor diciendo,
muchas limosnas pidiendo
por toda la cristiandad;
y entregándolas piadosos
á los piratas altivos
de los cristianos cautivos
consiguen la libertad.

—El año de mil doscientos
y diez y ocho corría,
cuando la Virgen Maria,
por un celestial favor,
vestida de luz y aromas,
con rostro afable, halagüeño,
aparecióse en un sueño
á Jaime el Conquistador.

Soñando, el rey un instante
dudó de lo que soñaba,
y oyó entonces que le hablaba
la hermosa vision así:
»Quiero, rey, que fundes una
religion de grande estima
que á los cautivos redima
como yo te redimí. (1)

Para el que en férreas prisiones
la hiel del dolor apura,
raudal de inmensa ternura
abriga mi corazon:
en recuerdo á las mercedes
que amante dispenso al hombre
La Merced tendrá por nombre
esta nueva religion.»

Al mismo tiempo á Raimundo
de Peñafort, que en la ciencia
alcanza grande excelencia,
por justo aclamado ya,
y al francés Pedro Nolasco
que en virtudes florecia,
tambien la Virgen Maria
lo mismo diciendo está.

En la antigua Barcelona,
ciudad de grandeza suma
dormida junto á la espuma
de que el mar la salpicó,
el rey don Jaime al momento,
la órden divina y sublime

(1) Alude á la prision que padeci6 en poder del Conde Simon de Monfort.

de la Merced, que redime
á los cautivos, fundó.—

Vosotros, los que destinos
llorais en Argel contrarios,
en los padres Mercenarios
vuestra esperanza poned.
¡Como al verlos en la playa
gritais todos conmovidos
bien venidos, bien venidos
los Padres de la Merced!

Aquellos que han alcanzado
sus mercedes bienhechoras
en las naves redentoras
á la Pátria volverán.
No hay en el mundo tesoros
que á todos redimir puedan.
¡Qué tristes unos se quedan,
qué alegres otros se van!

Ya las naves españolas
de Argel se van alejando:
de Carlos Quinto flotando
vá en ellas el pabellon.
Celia las mira alejarse,
las mira, y de pena muere:
¿Por qué, por qué írsele quiere
tras ellas el corazon?

VI.

LA PLEGARIA.—LA CANCION.—LA FUGA.

Mil perlas vertiendo
la hermosa cristiana
eleva á la Virgen
sentida plegaria
y así entre sollozos
prorrumpe cuitada:
«Mal haya la niña,
la niña mal haya,
que abriga de amores
risueña esperanza.

Mi dueño adorado
ya libre en España,
se olvida de aquella
que ansiosa le aguarda.
Volver prometía,
salvarme juraba;
volver no le miro
y el tiempo se pasa.»

Se duerme la niña
tras estas palabras,
y escucha soñando
de música blanda
los ecos sentilos
que llevan las áuras,
los ecos que dicen
hablando á su alma,
espera, confía,
la Virgen te ampara.

La música luego
se pierde, se apaga,
así como en noche
tranquila y callada
del viento el susurro
se pierde en las ramas
del bosque sombrío
cubiertas de galas.

La música, al irse,
repite lejana,
espera, confía,
la Virgen te ampara.

De Celia sonríen
los labios de grana,
que dicen soñando;
«*María adorada,*
tus dulces mercedes
mis duelos reclaman.

Y dí al caballero
que libre se halla,
que Celia le espera,
que Celia le ama,

que el mar atraviere,
que venga á salvarla...»
Y en tanto repite
la música blanda,
que llega á su oído
salvando distancias,
espera, confía
la Virgen te ampara.

El sueño que á Celia
fascina y encanta
se aleja de pronto
batiendo las alas.
Despierta la niña
y escucha pasmada
los ecos amantes,
los ecos que exhalan
de guzla morisca
las cuerdas templadas...
¡Qué gozo tan grande!
¡Sin duda soñaba!

No sueña es Cardona:
que libre se halla,
Cardona que vuelve,
que vuelve á salvarla.
Entonces de Celia
los labios esclaman:
«*Bien haya la niña,*
la niña bien haya,
que abriga de amores
risueña esperanza.»

Se asoma á los hierros
de estrecha ventana
mil besos tirando,
que el aire arrebató,
y escucha amorosa
la voz que así canta:

—«Celia, mi luz, mi cielo,
si todavía
esperas al cautivo
que se fué un día;
si por él lloras,
y creyéndole muerto
muerto le adoras:

No llores, te idolatra,
vuelve á salvarte;
á tu España querida
viene á llevarte,
porque él recibe
su vida de la tuya,
sin tí no vive.

A rescatarte vino
y al vil pirata
por tu rescate ofrece
montes de plata.
Que no hay tesoro
que valga lo que vales
le ha dicho el moro.

Que de tu amor espera
grande ventura
que á nadie, á nadie cede
tanta hermosura.
Mas yo le digo
que te enamora en vano,
que huirás conmigo.

Alza el vuelo, paloma,
rompe las redes;
y ampárenos la Virgen
de las Mercedes.
Salvarte quiero;
ven, Celia, á mi barquilla,
que ya te espero.»—

La guzla morisca
temblando se calla;
se estingue suave
la voz que cantaba,
la voz que resuena
de Celia en el alma...

¡No mata la dicha
si á Celia no mata!

«Te espero» le dice
la voz que la llama,
le dicen «te espera»
las brisas que halagan
sus negros cabellos
que sueltos flotaban...

Entonces la niña,
moviendo sus plantas,
audaz abandona
su cárcel dorada,
cual pájaro alegre
que deja la jaula
volviéndose al nido
que ausente lloraba.
Tal vez una sombra,
no bien dibujada,
de Celia los pasos
tranquila guiaba.

Ya Celia respira,
se encuentra en la playa
¡Qué olores tan gratos
el aire embalsaman!
Espérala amante
Cardona en su barca;
colócase en ella
la niña cristiana
y el rumbo dirige
Cardona hácia España...
¡No mata la dicha
si á Celia no mata!

VII.

LA TEMPESTAD.

Ruge la tempestad: luto sombrío
tórname el claro azul del alto cielo
revuélvese bravo
el irritado mar; con ráudo vuelo,
con ímpetu sañudo,
sus alas de gigante
despliega el viento rudo;
azota como látigo estallante
el mar apercebido á la pelea,
y el rayo fulgurante
entre las nubes rápido serpea.

Sobre las olas, que furioso riza
el huracan bramando,
la barca salvadora se desliza,
al cielo ya tocando,
al fondo del abismo ya bajando.
Miedo terrible doma
el corazon mas fuerte,
mirando el rostro de la airada muerte
que entre la espuma de la mar se asoma.
La hermosa fugitiva
con infeliz querella
pide á la Virgen que su amado viva
aunque perezca ella.
Fija le contemplaba
luchar con ardimiento;
una lágrima entónce derramaba...
¡Quien pudiera decir en tal momento
el amor que esa lágrima espresaba!

Arrójase Cardona
al fondo de la barca...ya crugía..
La suerte le abandona
y de su propio esfuerzo desconfía.

Un enemigo pérfido, invencible,
en medio de la mar le combatía;
era aquel enemigo lo invisible.
Encréspase iracunda
de súbito una ola
y cuanto encuentra inmola:
ya persigue la barca, ya la inunda:
con estridor horrendo
la quebranta y deshace en sus enojos,
de su furor haciendo
juguete vil los míseros despojos.
Á la luz de un relámpago azulada;
el noble catalan desesperado
mira flotar el cuerpo de su amada,
mira Celia flotar el de su amado.

Llámale entonces: moribunda al verla
acércase Cardona y la sostiene,
y esclama al sostenerla,
«¡Venga la muerte ya! ¿Por qué no viene?
Es vano el heroísmo:
nuestras venturas todas
mueren aquí; el abismo
el tálamo será de nuestras bodas.
Venga la muerte, venga, yo la espero
y muero alegre si contigo muero.»

Celia suspira en tanto
y al cielo ennegrecido
los ojos con espanto
vuelve y dice en acento dolorido:
«Virgen de las Mercedes, Madre mia,
acuérdate, Señora,
de los pobres cautivos redentora,
acuérdate, Maria,
de aquella que te adora
y en tus mercedes su esperanza fia.»

VIII.

LA APARICION.

Súbito el recio furor
se calma del oleage;
disipa el negro celage
misterioso resplandor;
óyese el ténue rumor
de una música divina;
tan hermosa que fascina
con mil brillantes reflejos
una sombra allá á lo lejos
entre las aguas camina.

Miranse al punto brillar
estrellas que el cielo adornan;
en olas de luz se tornan
las túrbias olas del mar
que tiembla, y ni á murmurar
en lánguido son se atreve;
perfumes la brisa llueve,
y la sombra estiende en tanto
sobre las aguas su manto
que es envidia de la nieve.

¿Será acaso una ilusion
que el labio entre sueños nombra
de esa hermosísima sombra
la mágica aparicion?
¿La loca imaginacion
no suele hacernos creer
en mil sombras de placer
que finje en delirio ciego
desvaneciéndolas luego
lo mismo que les dió el ser?

La cándida Celia, muda
de admiracion, ve llegar
la sombra.... puede tocar
su manto.... y lo toca.... y duda.
Sintió de la muerte ruda
besar el soplo su cara,

se vió morir.... ¡Quien pensára
que ya salvarse podia!
Y oyó una voz que decia:
«Celia, la Virgen te ampara.»

La sombra es la Virgen pura;
del mismo cielo desciende,
que tanto en amor se enciende,
tanta y tanta es su ternura:
la dicha alcanza segura
quien invoca su favor
y en las horas de dolor
pronuncia su dulce nombre,
que ella es madre del Dios-Hombre,
eterna fuente de amor.

Ella es madre de consuelos
que vierte con su mirada,
ella es la Reina adorada
de la tierra y de los cielos;
la que alivia los desvelos
que á los mortales devoran;
da esperanza á los que lloran
desdichas que el mundo encierra,...
¡Reina de cielos y tierra,
cielos y tierra te adoran!

Ya el miedo terrible y grave
de Celia y Cardona huía,
porque el manto de Maria
les va sirviendo de nave:
tan veloz como suave
deslízase sobre el mar;
comienza el Alba á rayar
y á su luz Celia y Cardona
las playas de Barcelona
comienzan á divisar.

Llegan, y mil bendiciones
repiten con fervor santo:
la Virgen recoge el manto
y se eleva á otras regiones.
Celia dice entre oraciones:
«¡Oh Tú, que todo lo puedes

y tanto favor concedes,
dí tu nombre, madre mía!»
Y dijo una voz: «*Maria,*
Maria de las Mercedes.»

Del mundo al alzar el vuelo
mil laudes resonaban
de arcángeles que cantaban
sus mercedes en el cielo.

¡Con qué ternísimo anhelo
la ven perderse en la altura
los amantes que segura
ven su dicha y sin quebranto,
si los cubre con su manto
la Virgen hermosa y pura!

¡*Maria!*... ¿Cómo cantar
misterios de amor divino?
Yo cansado peregrino,
cuelgo la lira en tu altar.
Puédase en él inspirar
en nunca sentido ardor,
y entonces yo, trovador,
todo el mundo cruzaré
cantando mi ardiente fé,
cantando tu grande amor.

A MARIA.

Herida el alma de mortal tristeza,
oyendo en mis afanes
rugir al rededor de mi cabeza
los del mundo furiosos huracanes,
al verme sin abrigo,
como te dijo Celia, yo te digo:
Virgen de las Mercedes, madre mía,
acuérdate, Señora,
de los pobres cautivos redentora,
acuérdate, Maria,
de un hijo que te adora
y en tus mercedes su esperanza fia.

EL TROVADOR DE MARIA.

LEYENDA

POR

D. PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA.

Voy á contaros la divina historia
de una muger á quien el alma mia
adora ... ZORRILLA.—*Maria.*

I.

—«Ilustres campeones
que en el banquete alegre
mientras las copas chocan
que á sorbos apurais,
Brillantes tradiciones
que vuestra clara estirpe
á la cumbre colocan
de la gloria olvidais;

Dejad ¡ay! que levante
su voz hasta los cielos
en notas cadenciosas
errante trovador.
Dejadle que os las cante
magnificas y hermosas
de su dorada lira
al singular rumor.

Oidle, porque él sabe
secretos misteriosos
que halagan y recrean
el corazón del fiel;
Oid su acento grave,
oid sus dulces cantos,
sus cantos que gotean
á par dulzura y hiel.

Él sabe apariciones
de las lúgubres sombras
en negro torbellino
confusas evocar.

El de los panteones
sabe las frías losas
en sentimental trino
osado levantar.

Del alterado viento
que ruje en el ramaje
del bosque majestuoso
los gritos recojer.
Del ancho firmamento
en la callada noche
el velo luminoso
valiente trasponer.

Y sus cantares puros
como el gemir suave
del pájaro galano
y armoniosos son.
No son rasgos impuros
porque es con toda el alma
un trovador cristiano
quien canta la canción.» —

II.

Tal suspirara armonioso
fatigado trovador
cuando entre nubes de grana
sus rayos hundía el sol.
Bajo de la verde copa
de una encina se sentó
pues se sentía acosado
por el hambre y el calor.
Mas he aquí que en el castillo
que alzarse ante sí miró
horrendo ruido de copas
y alegres cantos oyó,
y sin dar tregua al cansancio
con clara y sonora voz
al son de una arpa de plata
improvisó la canción.

Aun no se había apagado
el cadencioso rumor
que suave había arrancado
de su lira el trovador,
Cuando en estrépito horrendo
dentro el castillo feudal,
alzóse el ladrar tremendo
de una jauría infernal.
Y vióse la puerta entonces
de aquel castillo girar
pesada sobre sus gonces
y á un jóven paje asomar,
quien tendió en torno de sí
la vista, y luego que vió
al cantor, se le acercó
y afable le dijo así:
— Mis señores han oido
buen hombre, vuestra canción
y aceptar han decidido
todos vuestra invitación.

Por lo tanto si deseais
que os conduzca hasta mis amos
donde cantarles podais,
decidlo.

—Al instante.

—Vamos.

Y alzóse el cantor con brio,
y siguió al servidor fiel,
y del castillo sombrío
traspusieron el dintel.

III.

Con delirante alegría
abundante y ancha mesa
donde en fuentes costosisimas
ricos manjares campean
diez jóvenes caballeros
y otras tantas damas bellas
á la luz de cien mecheros
entre desórden rodean.
Vuelan las copas doradas,
bullentes vinos chispean,
crúzanse miradas lúbricas,
ruidosos besos suenan
y á la par tambien retumban
voluptuosas cantinelas.
En fin, reina de la crápula
la repugnante licencia.
Mas héos aquí que entró un paje
y haciendo una reverencia
asi dijo:—El trovador
para entrar permiso espera.
—¡Que venga! gritaron muchos.
—Si, si: que venga, que venga!
ahullaron los demás;
y el paje desde la puerta
volviendo su bello rostro
gritó asi: ¡trovador entra!

IV.

—Con calma y con majestad
entró el cantor en la estancia;
de sus dos brillantes ojos
se desplegó una mirada
que envolvió á aquellos jóvenes,
en la cual se reflejaba
todo un fondo de ternura
que allí vertió la desgracia.

Apenas el trovador
alli dentro el pié fijara
cuando oyó que un caballero
por el de Blanes brindaba,
y al escuchar este nombre
su limpia y dulce mirada
en sangre se le inyectó
y una ardiente llamarada
sintió cruzar por su mente...
mas pasó como una ráfaga,
pues su emocion ocultando
de aquesta manera hablaba:

—Poderosos caballeros,
que á tan agradable estancia
me habeis llamado, decidme,
¿en qué os puedo servir?

—Canta

alguna tonada bella,
dijo el de Blanes.

—Sé tantas!!!

¿Mas de qué quereis que trate?

—De damas.

—Canta de damas;

gritaron todos á coro.

—Sé de una tantas hazañas!!!

—Cántala pues, trovador.

—Si, si,

—Presto, ea, ¿que aguardas?

—Vive Dios, ¿qué te detiene?
—Dejadme templar el arpa.
Callaron aquellos jóvenes
cesando tanta algazara.
Después de un breve prelude:
el trovador así canta.

V.

—«Rasga una nave el transparente manto
que del turgente mar la espalda arropa,
gallardetes y flámulas su popa
bellos adornan con primor sin fin.
Es un galeon velero que tripula
berberisco pirata que ahora acaba
de apresar después de lucha brava
un esbelto y bizarro bergantin.

Y el arraez ufano con su presa
de pié está en el combés y con voz dura
dilatando del mar por la llanura
su roja vista, entona esta canción:
«A Argel el rumbo dirigid, gaviotas,
y decid que retorna vencedora
en su mastil la media luna mora
del orgulloso é intrépido español.»

Esto cantó el corsario berberisco
en estridente y áspero concierto....
y su galeon del argelino puerto
las aguas con su quilla desgarró.
Con entusiastas hurras y clamores
la chusma que en tumulto se agrupaba
por ver al bergantin que remolcaba
la victoriosa nave saludó.

VI.

Ricos tapices de Esmirna,
y follajes arabescos,
y labores pintorescos,
y leyendas del Koran;
Molduras de nácar y oro,
filigranado filete,
del bey de Argel al retrete
lujosa apariencia dan.

Jarrones de ágata y pórvido
de rubíes incrustados,
y cubierto de bordados
en medio un rico sofá;
y dorados pebeteros
que en columnas de humo denso
humean el suave incienso,
de Arabia, Persia y Sabá.

Los dorados agimeces,
los graciosos miradores
dejan ver mil surtidores
como ramos de cristal...
La aroma que en su columpio
la flor ardiente derrama
ténue y fragante embalsama
aquel salón oriental.

En mullidos almohadones
el bey descansa tendido
sin que llegue algún ruido
su reposo á interrumpir.
Mas he aquí que el tapiz bello
con rapacejos de oro,
vióse por un jóven moro
alzar con débil crujir.

VII.

Un moro de faz cetrina
cuya vista atravesada,
cuya torva catadura,
anuncian duras entrañas,
despues que el tapiz le alzarón
penetró en la rica estancia.
Luego que hubo dirigido
al bey, segun es usanza,
las ridículas zalemas,
dijo asi:—Señor, de España
acabo de llegar ahora
llena mi nave y cargada
de inapreciable botin;
mas de todas las alhajas
á ninguna tengo en tanto
como á un jóven de bizarra
apostura y continente
que admira, suspende y pasma.
Y si vos quereis comprarlo...

—¿Donde está?

—Aqui fuera aguarda.

—Que entre! dijo el bey, y luego
salió á buscarlo el pirata.

Transcurrido un breve instante,
volvió á la suntuosa estancia
el pirata, acompañando
un jóven de hermosa cara.

—¡Gualá! dijo el bey al verle,
cuanto exijes por él? ¡Habla!

—Mil escudos no son muchos.

—Ni pocos; ea, canalla,
toma trescientos y vete.

—¡Ved que es poco..

—Es mucho; marcha.—

Y arrojóle un bolsón de oro
que recojió sin tardanza
el corsario, y se marchó
despues de zalemas raras.

Apenas quedaron solos

asi el bey al jóven habla:

—Dime, gallardo mancebo.

cual es tu patria?

—La España.

—Tienes padres?

—No ya han muerto.

—Y dime como te llamas

—Juan de Rivas.

—Noble eres?

—Lo soy, gran señor, de raza.

—Hacienda tienes?

—Ay! no.

—Pues que posees?

—Desgracias.

—Que profesion ejercias?

—La profesion de las armas.

—Hiciste carrera?

—No.

—Tienes valor?

—No me falta.

—Pues porque no te premiaron?

—Tanto mi suerte no alcanza.

—Cristiano, ya que tus méritos

jamás premiara tu patria,

ya que á ser triste cautivo

te arroja la suerte ingrata,

quiero yo que en tu desdicha

halles la paz que te falta,

quiero que á disfrutar vengas

de mi amistad y privanza,

pues el gentil continente

que en ti campea me agrada,

y conozco cuanto valen

tus hechos y tus palabras.

De finisimas marlotas

haré cubrir tus espaldas

y te daré de mi haren

las tres mas bellas esclavas.

Mas para esto es necesario

que abjures la ley cristiana
y abrazes la que el profeta
en el santo Koran manda.
Reniega, y haré que al punto
te vistan...

—¡Bey de Argel!

—Calla!

quiero antes que esperimenes
el goce y placer sin tasa,
la riqueza, las venturas
que en Argel se te preparan.
Y gritó al instante.—Lulu,
ven aquí que se te aguarda!

—¡Señor! con voz argentina
entrando dijo una mora,
como brisa de amor lánguida
como una esperanza hermosa.

—Canta, Lulu, dijo el Bey,
á este jóven tiernas trovas,
para que vea la dicha
que puede esperar si adopta
la religion sacrosanta
del gran profeta Mahoma.

—Voy, Señor, á obedeceros.—
y con sus dedos de rosa
pulsó una sonora guzla,
y abriendo su pura boca
con voluptuosa tonada
cantó la siguiente copla :

—«Las flores de mi cármén—su perfume enervante
derraman, saturando—los céfiros de olor;
á la luz de la luna—que venga la huri amante
á coronar con ellas—al dueño de su amor.»

«A este mi cármén venid palomas
que de amor tierno desfalleceis,
y en la aura tibia que rauda vuela
amor inmenso respirareis...»—

—«Lulu, calla que fastidias
con tonada tan monótona.
Canta alguna que revele
mas el amor que atesoran
para sus bellos amantes
nuestras abrasadas moras.»

—»Muley marcha á la guerra—ciego de furia é ira
dejando á su odaliscá—sumida en cruel dolor;
Zoraya al minarete—va y la ancha vega mira
por ver si Muley torna—del campo del honor.

«Ambas mejillas quema su llanto
y es que destroza su corazon
aquella ausencia tan larga y triste
para quien ama con tal pasion...»—

—Infame! lo haces adrede?
dijo el bey; canta otra cosa;
Canta!—Y con su voz vibrante
dulcísima y melodiosa
como el canto de un arcángel
cantó así la bella mora.

—«¡Ay! triste del que tiene—sus dolorosas penas,
con cantos voluptuosos—y risas que ocultar.
¡Ay! triste del que debe—reir entre cadenas
sin que un suspiro flébil—jamás pueda exalar!

«So el cielo ardiente que á Argel cobija
el dulce amante halla solaz :
mas el que sufre cruel martirio
tan solo encuentra dolor voráz.»—

Y en tanto que esto cantaba
la esclava triste y hermosa
salpicaba sus mejillas
una lágrima redonda.

—¡Ah! Lulu! Lulu! te burlas?
dijo el bey ¡eh de mis guardias!
gritó, y numerosa tropa
entró.

—Señor...

—Esta esclava
conducid á una mazmorra.
Y entre alfanjes mil con rabia
á la mora se llevaron
cuya encendida mirada
pedía misericordia.

—Perdonadla, perdonadla
dijo el jóven.

—No perdona:
el bey de Argel: veces varias
ella de mi ha hecho mofa
sin mirar que era una esclava.
Es una vil que entendiendo
cuanto ahora deseaba
que te halagasen sus trovas
cantó de muy mala gana.
En fin, no hablemos mas de ello
que otras moras mas gallardas
encontrarás que te mimen
en las costas africanas.
Di, ¿quieres vestir la aljuba
en vez de la ropa basta
del esclavo? pues reniega,
reniega de Cristo...

—Basta
que con tan ruin propuesta
hasmé lacerado el alma.
¿Yo renegar de la fé
que mi madre me inculcara
cuando volaban las horas
bulliciosas de mi infancia?
¿Yo renegar de la Virgen?
¿Yo ser traidor á mi pátria?
Bey de Argel, tu no conoces
la nobleza catalana.

—¿Que dices, vil nazareno;
será tu osadia tanta
que rehusaras mis favores?
—No es favor eso, es infamia.
—Cristiano!!!

—Moro!!!

—Obedece;
no asi exasperes mi rabia;
no quieras que los efectos
de mi furor sufrir te haga;
no mas odio al que profeso
á los cristianos añadas
insultándome del modo
que ahora de hacerlo acabas.
—¿Querrias que por respeto
á vos, señor, injuriara
al rey de cielos y tierra
y á su madre inmaculada,
aquella madre tan buena,
aquella madre tan santa,
que mi corazon adora
y que mi pecho idolatra?
—Esclavo!!!

—Señor...

—Esclavo!!!

Cedes?

—No.

—Ah! ¡de mis guardias!
gritó con voz estentorea
el Bey, y luego en la sala
entró un piquete de tropas
cubierto de finas armas.
—Sacad á ese miserable
sin dilacion á la plaza
y haced que brote la sangre
á palos de sus espaldas
hasta tanto que reniegue
de su religion menguada.—
Dijo y salieronse todos
á ejecutar su órden bárbara.

VIII.

Rato habia que tendido
estaba en la blanda alfombra
divertido en desgranar
de las riquísimas borlas
de sus cojines las perlas
con una mano y con la otra
en acariciar su hirsuta
barba negra y borrascosa,
cuando oyó el bey con espanto
confusas y tumultuosas
voces que se proferian
en la Kasbah con chacota.
De pronto se abrió la puerta
y entró la moruna tropa
llevando en medio al de Rivas
hecha girones su ropa,
sangre chorreando sus carnes
y los cabellos sin orden.
—¿Que es eso? dijo furioso
arrojando por la boca
espumarajos el Bey:
¿Quien de este modo alborota?
Nadie responder osaba
temiendo su ira rabiosa
cuando en el salon entraron
con calma digna y heroica
dos frailes de la Merced.
— Que Dios guarde tu persona
le dijeron.

—¿Quienes sois?

—Lo sabrás.

—Y sin demora!!!

—Mercenarios somos.

—¿Qué

significa eso?

—¿Lo ignoras?

—En verdad como que han
pasado lunas muy pocas
desde que aquí llegué
de la gran Constantinopla,
no habia podido dar
con gente de vuestra estofa,
y así no estrañeis ignore
lo que tal vez nadie ignora.
—Pues escucha, bey de Argel,
que es peregrina la historia.
—Contad; el bey les contesta
hundiendo en la muelle alfombra
escarchada de brillantes
su antipática persona.

IX.

A este punto habia llegado
de su grandiosa leyenda
el cantor, cuando de pronto
párase, y con voz severa
aprovechando el silencio
que en aquella estancia reina,
al jóven Pedro de Blanes
de esta manera amonesta:
—¡Oh! Blanes dejenerado
vástago de estirpe escelsa
que tanta gloria y honor
dió á tu nombre en otra era,
escucha mi relacion
y si un rayo de nobleza
atesoras en tu pecho,
al meditar cuanta afrenta
en tus blasones vertistes
perecerás de vergüenza.
Calló; y profundo silencio
sus palabras recojiera
si los ecos del castillo
no retumbaran ¡vergüenza!

Volvió el trovador de su arpa
 á pulsar las dulces cuerdas
 y con voz clara y pujante
 continuando la leyenda,
 dijo el mercenario entonces
 habló al bey de esta manera.

X.

—«La guirnalda de los condes
 de Barcelona ceñía
 las sienas de Jaime el Grande,
 héroe que la historia admira,
 cuando en su célebre corte
 un caballero vivía
 cuyo tierno corazón
 lleno estaba de fé viva.
 Nolasco era, descendiente
 de ilustre y santa familia
 que de los goces del mundo
 apartó siempre la vista,
 porque en cosas de mas precio
 Nolasco puso sus miras.
 Tanta era la caridad,
 que en su corazón ardía,
 que su pecho lastimaba
 como una punzante espina
 el pensar en los tormentos
 las penas y las fatigas
 que pesaban sobre aquellos
 que entre la dura morisma
 lloraban en las mazmorras
 de Valencia y Berberia.
 Era de noche y estaba
 una vez su alma embebida
 en tan tristes pensamientos,
 implorando con solícita
 devoción á nuestra Madre
 reina del cielo Maria
 que pusiese coto á tanta

pena y á tanta agonía
 cuando rasgándose el techo
 refulgentes luces brillan
 que la estancia de Nolasco
 hermosamente iluminan;
 y en medio tanta belleza
 tanta luz, tanta armonía
 miró bajar á la Virgen
 de blanco hábito vestida
 algunos preclaros santos,
 haciéndola compañía
 y saludar muy afable
 con hechicera sonrisa
 y decirle cariñosa
 con voz suave y argentina
 que fluye de aquellos labios
 que miel y néctar destilan:
 «—Funda una religion, Pedro,
 que los esclavos redima
 aunque hacerse haya por ello
 sacrificio de la vida.
 Fúndala y sálvalos luego
 porque hay muchos que peligran
 en la fé; hazlo que de mi hijo
 es la voluntad divina.»—
 Dijo y desapareció
 al instante de la vista
 de Nolasco que gozaba
 entonces celeste dicha.
 El alba alboreara apenas
 el siguiente hermoso día
 cuando Nolasco á Raymundo
 de Peñafort en seguida
 fué á narrarle su vision...
 pero ¡insigne maravilla!
 Raymundo le contestó
 que él tuvo la vision misma.
 Al punto se encaminaron
 los dos con devota prisa
 á contar esto á D. Jaime

quien les dijo que él había
también la visión tenido.
¡Coincidencia inaudita!
Ante portento tan raro
les prometió el Rey muchísima
protección de parte suya,
y comenzando aquel día
á trabajar, removieron
los estorbos con prolija
constancia, y de S. Lorenzo
en el día, con magnífica
pompa, en la catedral santa
de Barcelona, á la vista
de obispos, condes y príncipes
instalóse la orden pia
de la Merced, y vistieron
el hábito de rodillas
catorce ilustres señores
todos de nobles familias.
Solo Nolasco el primero
recibió la santa insignia
(con respeto edificante)
de las manos del Rey mismas
del obispo y de Raymundo.
Sucedieronle enseguida
Guillen de Bas y Bernardo
de Corbera; esclarecida
es la fama que alcanzara
en las guerras su familia.
Arnaldo de Carcasona
de progenie distinguida;
á él Ramon de Montoliu
y el de Moncada seguían;
el noble Pedro Guillen
de Cerveró; el que tenía
muchos cuarteles ganados
en luchas con la morisma,
Domingo de Ossó; Ramon
de Villestrel, y el de antigua
y noble rama; Guillen

de San Julian: y venía
tras él el de Mataplana
distinguido en muchas lizas;
Bernardo de Scorna; Ponce
de Solanes; y finía
este brillante catálogo
el primero que vertida
vió la sangre de sus venas
por esta orden santa y digna,
Ramon de Blanes el santo
cuyos nietos entre orjías
los timbres que él alcanzara
villanamente marchitan...»—
Esto al oír el de Blanes
sintió como que corría
culebreando por su cuerpo
rauda una eléctrica chispa.
El trovador prosiguió
al dulce son de su lira.
—«Muchos años han pasado
bey de Argel desde aquel día
creciendo nuestra orden santa
al abrigo de María.
Muchos son los mercenarios
que sus vidas sacrifican,
para salvar los cautivos,
que vuestros hierros lastiman.
Por esto á las costas hoy
venimos de Berberia,
por esto, solo por esto,
es, Señor, nuestra venida;
uno es solo nuestro lema,
solo una nuestra divisa:
*«Las cadenas del cautivo
son nuestra herencia querida.»*
Calló el fraile y dijo el bey:
—Cristiano casi diría
que tu narración ha sido
un tejido de mentiras,
cuentos que en la ociosidad

forjan vuestras fantasías;
 porque ¿quien habrá que pierda
 por otros hombres la vida?

¿Habrá quien sufra por otros?

—Sí, si le asiste María.

—¿Y esa heroica abnegacion...?

—Mil ejemplos la acreditan.

Sí, bey, créelo, es verdad,—

dijo entonces el de Rivas.

Estos frailes que aquí ves
 hanme salvado alma y vida
 esponiéndose valientes,
 del populacho á la ira.

—Como ha sido? dijo el bey,
 la causa al instante esplica.

—Señor, apenas llegara

á la plaza, cuando impía

la rabia de tus satélites

cayó sobre mí maligna.

Con furor desenfrenado,

con cólera jamás vista

rasgaron mis tiernas carnes,

sangre cálida y rojiza

brotar haciéndome de ellas

que en copiosas avenidas

todo mi rostro inundaban;

fuertes mis nervios latian,

el dolor me daba vértigos

y por instantes sentía

que la sangre de mi cuerpo

á mi corazon fluía

y que allí se coagulaba

y que mi alma á escaparse iba.

Nunca la vida se ama

como cuando huir se mira.

Por esto yo que perderla

temí, la estraviada vista

á mis verdugos volviendo

—«Piedad! con voz dolorida

clamaba, y el populacho

mis súplicas acojía

con carcajadas sarcásticas,

con insultantes rechiflas,

de este modo acibarando

mi insoportable agonía.

«Piedad! ¡Piedad!» yo clamaba;

«Reniega!» me repetían.

En fin, ciego de dolor

sin saberme lo que hacía

desplegué los secos lábios

para proferir la impía

frase, cuando á caer vino

blanda, amorosa y benigna

sobre mi boca una mano

que dejó ahogada y perdida

entre mis lábios ardientes

la vil fórmula sacrilega.

Volví el rostro y ví á estos frailes

que sin ver que se esponian

al furor del populacho

arrancaban una víctima

del rencor de tus verdugos

que en mi dolor se placian,

y burlaban de Satan

las asechanzas inicuas.

Movióse entonces tumulto

tomando creces altivas,

yo aprovechando un instante

en que estaban distraidas

tus tropas en estos frailes,

díme en cuanto permitian

mis esfuerzos á la fuga;

pero viéronme en seguida

y aumentó del populacho

la baraunda y la grita.

Como dejaba sangrientos

rastros por do quier que iba,

no logré que me perdiesen

mis seguidores la pista,

hasta que, ante la Kasbah

me han cojido; ea, castiga
señor, tanto atrevimiento
en mi miserable vida.—

Dijo, y el bey argelino
dirigió la airada vista
á los pobres mercenarios:

—¿Traeisme alguna misiva?
¿que buskais? que pretendeis?
¿que quereis? gritó con ira.

—Saber, los dos respondieron,
cuanto quieres por su vida.

—Nada quiero, apurará
el rigor de mi justicia.

—Oh! Piedad, piedad! clamaron
los dos frailes de rodillas;
¡Tasad, Señor!

—Morirá!!!

Morirá! nadie lo impida!

—Pedidnos cuanto querais!

—Pues el precio de su vida
es mil escudos.

—Llevamos

seiscientos

—Pues no se libra.

—Si; porque me quedaré
hasta que la convenida
suma esté saldada, en rehenes.

—¡«No, no! gritó Juan de Rivas
agotando de este modo
las pocas fuerzas que habia;

si yo consintiese tal
la vida me abrumaria,
siempre este triste recuerdo
vendría á ser mi fatiga
pesando sobre mi pecho
como negra pesadilla.

Yo no puedo consentir
que perdais por mi la vida.

—Tampoco consentiré,
díjome con voz remisa

que vos condeneis el alma
entre esa infame morisma.

—Oh! no, padre, no temais;
mi fé está robustecida.

Sabré con frente serena
y con mirada tranquila
desafiar á mis verdugos
en mi horrorosa agonía.
Dejadme!!!

—Imposible.

—Oh!

Salvadme, Virgen Maria!

Dijo, y estando ya exangüe
cayó en el suelo el de Rivas
inerte cual cae, de cuajo
si es arrancada, una encina.

Al rayar la luz del alba
las pintorescas colinas,
una nave las azules
olas de la mar hendía
que á las playas catalanas
su rumbo velera hacia.
Un hombre de pié es la popa
exalando preces místicas
inmóvil se destacaba....
Era el jóven Juan de Rivas,
en cuya frente serena,
en cuya mirada limpia
un rayo de gratitud
fulgurante se cernía.

Despues de haber efectuado
una feliz travesía
aportó la nave al puerto
de Barcelona la invicta,
entre las aclamaciones
saludos y vocería
del pueblo que los cautivos
á contemplar acudia
en tropel, acompañándoles
hasta al templo de María

donde alabaron su nombre
y su poder de rodillas,
mientras numerosas lágrimas
por sus megillas corrian.»

XI.

Esta es, señores, la historia,
dijo, sin pulsar la lira,
el piadoso trovador,
que cantaros prometia,
Decidme ¿hay mujer tan buena
como la Virgen María?
Dijo; y el eco apagado
del castillo repetia
¡Maria. . ¡Maria...! yéndose
á perder en las crujiás
del misterioso edificio.
Una carcajada impía
retumbó só el artesón
de aquella sala.—A fé mia,
que la invencion es gallarda,
dijo con provocativa
mirada un jóven; mas. dinos,
dulce trovador ¿quien fia
de la verdad de esa historia?
—Quien fia? Estas heridas.
y al decir tal desgarró
sus vestidos, á la vista
esponiendo cicatrices
horrendas que daban grima.
—¿Las ves? tronó estremeciendo
aquella cáfila indigna.
Yo soy. yo soy, continuó
quien en bárbaras orillas
sufrió tormentos atroces,
quien á despeñarse iba
en un abismo sin fondo
renegando de Maria
si tendídome no hubiese
sus dos manos compasiva:

en fin, sabedlo, yo soy
el cautivo Juan de Rivas.
Tú, Pedro de Blanes, queda
queda, de la torpe orgía
meciéndote á los arrullos
que te regala lasciva.
Queda, si; queda arrastrando
entre tantas inmundicias:
los timbres de tu progenie,
las glorias de tu familia.
Adios, señores, yo parto;
tened en la mente fija
la historia que os he contado
al son de mi pobre lira;
yo á cantar voy por el orbe
las bondades de Maria...
Dijo y marchóse; el dintel
de la puerta trasponia
cuando el de Blanes saltó
como un rayo de su silla
y exclamó así.—¡Deteneos!,
quiero haceros compañía
—¿Para que? el trovador dijo
—Para cantar infinitas
alabanzas á la Virgen
de las Mercedes bendita.
Al oír tales palabras
los demás mozos en risas
irónicas dispararon.
—Señores, esas caricias
nefandas que los sentidos
halagan, como á malditas
abandonad, emprendiendo
de santa virtud la via;
exhortó Pedro de Blanes
á sus cómplices de orgías.
—¿Como así? gritaron todos.
—Es que la Virgen benigna
ha desatado los lazos
que á la perdicion me unian.

¡Oh trovador, vuestra voz,
vuestra voz que Ella os inspira
ha sabido conmover
de mi corazón las fibras.
Marchemos al templo santo
que Barcelona dedica
á tan santa protectora.
—Marchemos, dijo el de Rivas.

Partieron los dos mancebos
de aquella morada indigna
y emprendieron la ancha senda
que á Barcelona encamina.
Y cual si fuesen tocados
por inspiraciones íntimas,
rompieron ambos en cánticos
llenos de fé y de poesía.
Y á los acentos sonoros
de sus voces respondían
blasfemias y sacrilegios
que arrojaba allí la brisa
que del sombrío castillo
vomitaban las ojivas.
Era que Satan rabioso
lleno de rencor rujía
al ver como le robara
su mejor y ciega víctima
la Virgen de las Mercedes
de su vil báratro ruina.



Á LA VÍRGEN DE LAS MERCEDES.

ODA

por

DON ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

Ecco Mater tua.

Pendiente de la Cruz, cárdeno el labio,
Como las hojas de agostado lirio,
La Augusta sien ceñida
Por la ingrata corona del martirio,
El Hijo del Señor su sangre vierte;
Y á la insensata humanidad deicida
Le deja en el suspiro de su muerte
Purísimo raudal de eterna vida.

Brama en la cumbre pavoroso el viento
Llevando el eco de la turba fiera
Que se arrastra en confuso movimiento,
Ronca, como el rugir de la pantera.
Y una voz, que revela la agonía
Responde á aquel acento embravecido:
«No llores por mi duelo, Madre mia,
Que en ese duelo mi ventura fundo,
El mundo por mi amor es redimido:
Sé tambien por mi amor madre del mundo.»

Muere Jesus; el pueblo temerario
Huye espantado de su horrendo crimen;
Y en la callada cima del Calvario
Las auras del dolor lánguidas gimen.....

Pasan los años: la opulenta Roma
Que altiva se levanta
Y el orbe entero con las armas doma
Haciéndole besar su fiera planta,
De los placeres la fatal ponzoña
Siente en su seno palpitar un día;
Y canta y se enloquece:
Y el acero en sus manos desfallece
Y se duerme al arrullo de la orgía.

Entonces otro pueblo fuerte y rudo
Allá se empuja desde clima helado;
Se despeña cual rápido torrente,
Y el orgulloso imperio es derribado;
Porque llega sobre él la inculta gente,
Como el hielo en mil tumbos despeñado
De la montaña en la veloz pendiente.

¿Será que aquella hueste vencedora,
Como el caballo del soberbio Atila,
Donde estampe su huella destructora
Esterilice el campo de la idea?
No: sobre el pueblo aquel, roto en pedazos,
La Cruz del Redentor tiende sus brazos,
Y nueva vida para el alma crea.

Adquiere el arte magestad y aliento,
Se ensancha el horizonte de la ciencia,
Se ennoblece la luz del pensamiento
Y brota el sentimiento
Inspirado en la voz de la conciencia:
Resuena el nombre de la Virgen pura
Y ella despierta venturosa calma;
Y al apurar la hiel de la amargura
Vuela á su lado en la oracion el alma.

Ella es la tabla que en el mar sombrío
De esa invasion terrible
Salva á la sociedad de sus furoros;
Y al serenarse el huracan bravío,
Le da una orilla con eternas flores.
Al recordar su imágen de consuelo,
Entre el dolor los mártires sonríen;
Y en cambio á sus amores,
Cada gota de sangre, derramada
De los verdugos por el hacha impía,
Es un himno de fé pura y sagrada
Al sacrosanto nombre de Maria.

¿Mas qué miro? de Arabia en las llanuras
Armada cubre el suelo
Hueste pujante, como tigre hircana:
Fuerte, como los cedros que en el Líbano
Alzan su frente á la region del cielo,
Por falsa religion enardecida
Y á imponerla en el mundo con la espada
Vuela al combate con empeño loco;
Ya deja la llanura dilatada,
Y luego el mundo á su ambicion es poco,

Rauda se acerca la preñada nube:
No es la lluvia que el campo fecundiza,
Sino la negra tempestad rugiente
Que el lozano verdor esteriliza.
Llega, incendia, destroza, hiere, mata:
Al ronco son de guerra
El bien nos arrebató
De nuestra dulce libertad hermosa;
Le dá el tesoro de la hispana tierra
La pródiga fortuna;
Y en la torre del templo
A la Virgen del cielo consagrado
Levanta su pendon la media luna.

Pero, no vencerá; tras de los montes
Alza Pelayo su inmortal bandera:

La imágen venerada
De la Madre de Dios su pecho escuda;
Retumba en las montañas poderoso
De independencia su entusiasta grito,
Y allá se lanza á la batalla ruda.

Hirviente, como el mar desenfrenado,
Preséntase el ejército agareno;
Y juzgando segura la victoria,
Rápido avanza de soberbia lleno.
Impávido y sereno
En Covadonga aguárdale Pelayo:
De pronto brama el trueno
Y cruza el aire el encendido rayo;
Y ensáchase del río la corriente,
Y arrollando los árboles sin freno
De las cumbres derrúmbase el torrente.

Y los árabes temen: cada flecha
Que despide el infiel con ódio impuro,
Su misma sangre vierte;
Pues rebotando en el peñasco duro
Lleva á sus filas destruccion y muerte.

Vence Pelayo: tras de gloria tanta
Vuelve á unir á las gentes que acaudilla;
En medio de la hueste
Invoca el nombre de la Virgen Santa,
Y agradecidos doblan la rodilla.

Cuanto cobija el cielo esplendoroso
Es su templo sublime;
Y las peñas, los árboles y el monte
Son mágicos altares
Donde aquel pueblo se prosterna y ora
Con la esperanza que la fé le imprime
Y entusiasmado se conmueve y llora.

Mas ¡ay! que el fiero alarbe
Exhala sordo grito de venganza;

Y del cristiano sobre la alta frente
Descarga rencoroso
Todo el martirio que su furia alcanza.
Intenta quebrantar su fé y su anhelo
De esclavitud con las horribles penas;
Mas él alzando su oracion al cielo,
Acalla el resonar de las cadenas.

Y en medio del dolor y de la ira
¿Quién al hijo que huérfano suspira,
Podrá ofrecerle proteccion y amparo
Salvando al padre que cautivo espira?
¿Quién á la madre que en su afán eterno
Llanto mortal desconsolada vierte,
Sin ver al hijo en el regazo tierno,
Podrá volverle el alma
Por la que espera celestial encanto
Su pecho dolorido
Sus ojos luz, su corazón latido?
Nadie podrá; que si el volcán furioso
Se desata en horrísono estampido,
Es vana empresa contener su fuego:
Y si calla un momento comprimido,
Con violencia mayor revienta luego.

Tan solo el cielo remediar pudiera
La angustia y el espanto,
¿Y es posible que tú, Madre amorosa
Que en la cima del Gólgota lloraste,
No tiendas otra vez tu dulce manto
Y vuelvas á la madre y á la esposa
Las prendas de su amor que el agareno
Las arrancara del amante seno?

¡Oh! ya el instante suspirado llega:
Un hombre que ardoroso
En la oracion se agita,
Contempla estraña luz que el aire inflama;
Y radiante sobre él gloria derrama
La Reina de los ángeles bendita,

Y protegido de la Madre tierna
Por la Merced augusta,
Orden sagrada funda con su nombre.
Á su amparo redímese el cautivo;
Y en templo levantado
De las Mercedes á la Virgen pura,
Hasta su trono sube
La gratitud del pueblo arrodillado,
Como se eleva al cielo despejado
Del ancho mar la trasparente nube.

Virgen de las Mercedes soberana,
Aura de paz, estrella de consuelo,
¿Quién no te adora y en tu amor confía
Si te dijo Jesus en el Calvario
«No llores por mi duelo, Madre mia:
Que en ese duelo mi ventura fundo;
El mundo por mi amor es redimido:
Sé también por mi amor Madre del mundo.»



A LA MADRE DE LAS MERCEDES.

ODA

POR

DON CONSTANTINO GIL.

¡Merced, Merced, Merced!

¡Merced, merced, Señora!
Hoy hácia Tí mi voz alzo atrevido;
y cual ave canora
que por primera vez vuela del nido,
hoy, por la vez primera,
vuelo en las alas que la fé me diera.
¡Madre del alma mia!
Tú que velas por mí desde la infancia,
perdóname si en tosca poesía
se atreve mi ignorancia,
á celebrar tus glorias celestiales
dignas solo de plumas inmortales.
¡Ay! ¡Que empeño es el mio!...
¡Cuan loca la ilusion que me acaricia!
Pero jamás tan dulce desvario.
tan mágica delicia,
pudo soñar mi pobre pensamiento
como los que hoy en su regazo sientó.

Despiértense las aves adormidas
de la enramada sobre el verde manto;
las auras sorprendidas
al verter en las flores dulce llanto,
olviden su dolor; corra la fuente
que el hielo encadenó con blanco grillo;
trisque por la pradera alegremente
nevado corderillo;
y llena de perfumes y armonía,
deme la primavera
toda su encantadora poesía,
toda su luz, su inspiracion entera.
¿Donde estoy? que murmurio sonoro
es ese que en mi vida se desliza,
mas grato que el suspiro misterioso
del cáliz de la flor que el aura riza?
No es doloroso son que vaga errante
entre la verde malla de la olmeda,
como el ¡ay! de la tórtola que amante
suspira en la arboleda.
No es plañidero son; hay un encanto
en todas sus divinas vibraciones,
tan melodioso, tanto,
que debe provenir de otras regiones,
segun llena mi alma
de no sé que desconocida calma,
¡Oh! ¡Cuanta inspiracion, cuanta armonia,
que dulce arrobamiento!
Parece que con toda el alma mia
quiere alzarse mi débil pensamiento.
¡Que armoniosa cancion! El pecho mio
olvida al escucharla sus dolores,
que no es mas blando el murmurar del rio
saltando sobre flores.
Ya te puedo cantar, Virgen hermosa,
la inspiracion lanzó sobre mi frente
la llama esplendorosa,
y esa armonía que tan dulcemente,
renueva en mis oidos,
presta á mi lira mágicos sonidos.

¡Madre del Redentor! Tú me conoces,
desde la edad pueril has escuchado
del alma mia las cristianas voces.
Tú me has iluminado
cuando en la noche del error gemia
y amparo á todas horas te pedia.
Á un templo sin segundo,
adonde en carne descendiste al mundo,
llevóme pequeñuelo de la mano
mi madre ¡pobre madre!
¡Y hoy al pié de tu trono soberano
voy á rogar por ella y por mi padre!
Allí aprendí á rezar; santa creencia
fué vida de mi ser; mis manecitas
ella juntó para implorar clemencia;
y al mirarte rodeada de querubes,
y del incienso entre las blancas nubes,
con la infantil torpeza
un nuevo mundo comprendí que habia,
de tal naturaleza
que, aunque confusamente lo veia
adiviné que en él Tú me esperabas,
al ver cuan dulcemente me mirabas.
¿Quien como Tú? Las glorias mundanales
polvo tan solo son; cuando me postro,
cuando la vaga luz de los ciriales
viene á quebrarse en tu divino rostro,
cuando el órgano exhala esa armonía
llena de religiosa poesía;
cuando turba el silencio de la nave
de las plegarias el murmullo suave;
solo al pensar que sube hasta la altura
la callada oracion, que ni aun agita
el aire leve que en la nave oscura,
parece en lo tranquilo que medita;
¿Quien que no gima eu bárbara demencia
puede negar tu gloria y tu existencia?
¡Maria! Hasta tu nombre cariñoso
convida á la oracion; al pronunciarlo,
paréceme sonido melodioso

que escita á repetirlo y á escucharlo.
 ¡María! ¿Quién te nombra
 y al recordar tus gracias no se asombra?
 La pureza, el amor, cuanto en lo bello
 se puede concebir, de Tí dimana,
 de Tí recibe su primer destello,
 contigo se engalana.
 Las flores del Carmelo
 no tienen el color de tus mejillas;
 robáronselo al suelo
 las pobres florecillas,
 ¡y á Tí te lo dió el cielo!
 Al despertar la aurora,
 oculto entre los verdes olivares
 el cefrillo llora;
 y con sentido acento,
 modula el ruiseñor tristes cantares
 desde el sauce lloron que orea el viento.
 ¿Mas á que te comparo? Si en la tierra
 nada cual Tú se encierra,
 si tu voz es mas suave
 que el cántico del ave,
 mas que del pobre céfiro lloroso
 el perdido suspiro armonioso.
 ¡Cuan insensato soy! Pero, perdona;
 el fuego del amor arde en mi alma,
 ya que no el de Helicon
 que á otro dará la codiciada palma.
 Amarte, solo amarte es mi ventura,
 mi gloria más querida;
 das á mi corazon tanta dulzura,
 que parece que siento nueva vida
 cuando mis lábios nuevo
 con la oracion que hasta tu trono elevó.
 Los éxtasis sentidos
 por los que ya llamaste;
 esos sueños tan solo concedidos
 á las almas que Tú divinizaste;
 oh! los concibo á veces,
 al dirijirte mis humildes preces.

Placer desconocido
 experimento entonces; dulcemente
 me siento conmovido
 por tan grata impresion, tan agradable,
 que la materia vil y miserable
 creo que se deshace suavemente,
 y el espíritu solo
 vuela contigo desde polo á polo.
 ¡Madre de las Mercedes! Imposible
 es buscar otro nombre mas hermoso.
 ¡Qué corazon lo escuchará insensible!
 ¡Quién no dirá gozoso
 ¡Madre de las Mercedes!
 Tú eres Madre de Dios, todo lo puedes!
 Compláceme decirlo,
 me siento tan feliz al repetirlo,
 que sin cesar diria,
 ¡Madre de las Mercedes, Madre mia!
 Y ¿quien no lo dirá? ¿Quién, por ventura,
 no necesita tu *merced*, Señora?
 ¿Como? la criatura
 puede vivir, si tu *merced* no implora?
 Al mísero cautivo
 gimiendo le percibo
 de la remota playa en las arenas,
 cargado de cadenas.
 Cautivo del pecado
 he gemido tambien, y todavia
 me siento aprisionado
 por la cadena del error impia.
 A Tí, Madre amorosa,
 pidió el cautivo libertad un dia;
 á Tí mi lengua débil y medrosa
 te pidió libertad, nos escuchaste,
 y al ver nuestro fervor, Tú nos salvaste.

 Pulsen los serafines
 las arpas de oro, las de dulces sonos;
 lleve el eco por todos los confines
 sus puras vibraciones;

cante naturaleza
tu virginal pureza,
y el pobre canto mio, que hoy se exhala
sin yo sentirlo de mi lira rota,
vaya del blando céfiro en el ala
hasta llegar á Tí nota por nota.
¡Madre de las Mercedes! A tus plantas
hoy doblo la rodilla :
si hasta tus brazos dicen que levantas
al que ante Tí se humilla,
hoy que á tus pies me postro confundido,
¡Madre de la Merced, merced te pido!



Á LA VÍRGEN SANTÍSIMA
DE LAS MERCEDES,
REDENTORA DE LOS CAUTIVOS.

ODA

POR

D. FRANCISCO DE PAULA RIBAS Y SERVET.

De cautivos Redentora
Y hermosa estrella del día,
Hacednos merced, María,
De ser nuestra protectora.
(Gozos de Ntra. Sra. de las Mercedes de Barcelona)

Virgen esclarecida,
Á tus plantas me postro enamorado
¡Oh! deja que te pida
Por favor señalado
Loarte de piedad alto dechado.
El afecto del alma
Me han robado tus ojos de paloma...
He perdido la calma....
Ya en mis lábios asoma
Cantar que es de mi pecho el puro aroma.

Este huido sosiego
Recobraré cantando tus loores :
Oye mi humilde ruego;
Por tí son mis ardores:
Si no puedo cantar, muero de amores.

Una llaga profunda
En mi pecho has abierto con tu mano
Que de dulzor me inunda:
No en ella leo en vano
Esculpido tu nombre soberano.

Y como no alabarte;
Si me has amado tanto madre mía?
Y como no cantarte,
Si es tu nombre armonía,
Si es música divina de alegría?

Acorre con presteza:
Mueva mi lengua tu celeste aliento,
Y será de pureza
Y gratitud su acento....
Dè amor su cadencioso movimiento...

Un tiempo fué, Señora,
Mas que cielo sin sol triste y sombrío,
En que la gente mora,
Cual desbordado río
Por España avanzó con fiero brio.

Por los torpes enojos
De aquellas turbas crueles, descreidas,
Con llanto de sus ojos
Tus efigies queridas
Fueron ¡ay! por tus hijos escondidas.

¡Oh! cuanto de amargura
Les causára no ver tu imágen santa!
Tu imágen que dulzura
Derrama y dicha tanta
Sobre el dolor que al corazón quebranta...

Lloraron tus santuarios
Cuando ardiendo tus lámparas no vieron:
Mudos y solitarios

Voces del buho oyeron,
Que cual endecha triste á tí subieron.

Al esposo adorado
Lloró cautivo la afligida esposa:
Lloró al hijo estimado
La madre cariñosa,
Y el huérfano gimió con voz medrosa.

Hacinados yacían
Tus fieles en mazmorras sepulcrales;
El aire ensordecían
Suspiros desiguales,
Sus ayes, sus lamentos funerales.

¿No ves, oh madre buena,
Tamaño horror y duelo y desventura?
Tanto dolor serena....
Ostenta tu ternura....
Abre ese manto de salud segura.

No ves esas pupilas
Fijando en tí sus lánguidas miradas?...
¡Ay! déjalas tranquilas
A esas almas penadas
Que te invocan gimiendo desoladas....

Háse ya abierto el cielo:
De Maria dá paso á la clemencia.
La madre del consuelo
Desciende á su Favencia (1)
Para darnos solícita asistencia.

¡Oh merced señalada!
¡Oh de bondad no vista maravilla!
¡Oh Virgen estimada!....

(1) Antigua denominación que tuvo Barcelona, á mas de la tan conocida de *Barcino*.

¿Tanto tu amor se humilla
Que del Empireo dejas la alta silla?

Y al noble caballero (2)
Y á Raimundo celoso por tu gloria (3)
Y al monarca guerrero,
Que honrando tu memoria
Hizo inmortal la catalana historia (4)

Afable visitando
Su secreto tu amor les comunica,
Y cada cual llorando
Por fineza tan rica,
Madre de las Mercedes te publica...

.....
¡Albricias oh cautivos,
Que Maria es ya nuestra redentora!
Con cánticos festivos
Benedicid cada hora
A vuestra celestial libertadora.

Una legion sagrada
Aportará á las playas agarenas.
La angustia despiadada
Cese ya y vuestras penas...
¡Aplaudid sacudiendo las cadenas!

.....
Ya el sol de África alumbra
La cándida librea de María,
Que se hunde en la penumbra

(2) San Pedro Nolasco, Hijo de una de las mas nobles casas del Languedoc, combatió á las órdenes de Simon de Montfort contra los Albigenses Muerto D. Pedro de Aragon en la batalla de Muret, el conde le nombró ayo del tierno huérfano D Jaime, quien le retuvo á su lado muchos años con grande aprecio y confianza y le hizo mas tarde su consejero.

(3) San Raimundo de Peñafort Barcelonés de ilustre linaje, se distinguió por sus conocimientos en Teología moral y derecho canónico y por su especial amor á la Virgen Santísima. Fué canónigo de Barcelona, religioso dominico luego y autor de las reglas de la Orden mercedaria que aprobó Gregorio IX, quien le nombró su capellan y confesor y Penitenciario mayor de Roma

(4) Jaime el Conquistador, muy devoto tambien de la virgen á la cual dedicó muchos templos en las tierras por él arrancadas á la dominacion de los árabes.

De la cárcel impía,
Tornando á los cautivos la alegría.

¡Qué lágrimas de gozo!
¡Qué de abrazos y dulces bendiciones!
¡Qué gritos de alborozo!
¡Qué tiernas emociones
Presencian del amor los campeones!...

Y si no alcanza el oro
A libertar á todos los cristianos,
El *redentor* al moro
Alarga entrambas manos
Y se queda en prision por sus hermanos.

.....
¡Oh Madre de mercedes,
Gracias mil que en el pecho de tus hijos
Tal llama encender puedes
De amor que ya prolijos
Sufrimientos les sean regocijos!

¡Qué de cadenas rotas
Fueron por tí!. qué dichas recobradas!
Oyeron las ignotas
Regiones apartadas,
Tus gracias por la fama celebradas.

Y viste de continuo
Postrarse humilde ante tu altar sagrado,
Piadoso peregrino,
Al cautivo librado
Para hacerse tu esclavo enamorado.

.....
Canta, oh feliz Favencia,
Canta á tu Reina y á tu Madre implora;
Con su augusta presencia
Fundó en tí la Señora
El trono de su gracia redentora.

La belleza escogida
En su imágen ostenta milagrosa (5)
Jamás Ella te olvida:
Por tí de amor rebosa,...
Tu *Patrona* fué siempre cariñosa.

Cuando tu hermoso suelo
La langosta en eriales convertía; (6)
Cuando en amargo duelo
Por la peste (7) ó sequía (8)
Llorabas, tu consuelo fué Maria.

Adórala constante,
Sus *mercedes* publica al orbe entero:
Sé tú su fiel amante
Y en ella placentero
Hallarás paraiso verdadero.

(5) La que se venera todavía en su templo de Barcelona. Fué mandada esculpir por S. Pedro Nolasco
(6) En 1687 Tan terrible fué la plaga que los tales insectos llegaron hasta invadir las casas
(7) La de 682, entre otras epidemias.
(8) La de 1680, en especial.

MÚSICA DE SUSPIROS.

POESÍA DEDICADA

Á NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

POR

D. JOSÉ MARTÍ Y FOLGUERA.

¿Porquè solo desde lejos
contemplamos tu hermosura?

I.

Madre, que siempre derramas
sobre tus hijos tu amor,
que á todos al cielo llamas
y en los rayos les inflamas
de la gloria del Señor,

Templa con tu puro aliento
la lira que recogí
en el mar del sentimiento,
y al alabarte mi acento,
mejor brotará de mi.

Santa Madre de consuelo
á quien desde lejos miro
Reina del mundo y del cielo,
sino sube á Tí mi vuelo,
que suba á Tí mi suspiro.

Suba á Tí cual los arrullos
de las aves al volar,
cual aromas de capullos,
como los dulces murmullos
de las ondas de la mar.

Suba á Tí como el sonido
de la vibrante campana,
como el último gemido
del moribundo, sumido
en raudal de fé cristiana.

Suba! suba! que ni el viento
se oponga entre el cielo y él:
confúndase con tu aliento
y baje á darme al momento
de tu ternura la miel.

II.

Oh purísima María
para quien el sol es sombra;
Virgen, que estasiada nombra
la celestial armonia;
toda esencia, todo dia,
todo perfume y blancura;
Luz que reviste la altura
con sus nítidos reflejos,
¿porqué solo desde lejos
contemplamos tu hermosura?

Aquí en la noche sumidos
vagando desventurados
entre penas y cuidados
como náufragos perdidos,
nacemos entre gemidos;
entre tormenta irritada
crecemos, Virgen amada,
y en la tormenta en que estamos,
si dulce luz admiramos,
es la luz de tu mirada.

Tuya es la voz que resuena
como manantial de vida
en el alma dolorida
y víctima de la pena;
el aura que el mundo llena
de perfumes seductores
hijos de un mundo de flores,
es tu aliento en bien fecundo,
que se esparce por el mundo
cual la luz por los colores.

Tú eres la misma piedad,
el ser que encierra en su ser
la esencia de la muger
y la de la castidad;
Tú la santa caridad
engendraste en tu dolor,
la inocencia en tu candor;
y tanto, tanto nos amas
que nuestra Madre te llamas
y eres el viviente amor.

III.

¡Ah! yo corria anhelante
del uno al otro festin,
y siendo á mi fé inconstante,
hasta quise delirante
crear un mundo sin fin.

Manchada quedó mi alma,
aunque de hoy mas se arrepiente,
y mi conciencia sin calma,
y mustia del bien la palma
y con el rubor mi frente.

Señora, á tus pies rendido
llego trayendo el laud
de vanas flores ceñido,
que en el jardin he cogido
de mi ardiente juventud.

Haz pues, oh Virgen Maria,
que al pié de tu santo altar
quede limpia el alma mia
y rasgue el sol de alegría
la tormenta de pesar.

Evaporaré esas flores
que eran mi delicia ayer
y esos sueños tentadores
que, prismas de mil colores,
me arrastraban al placer.

Y quemaré esa diadema
que la vanidad me dió
y fué para mi anatema
de desventura suprema,
mas signo de dicha, no.

De hoy mas en mi no habrá dolo,
ni amor á profano encanto;
á Ti te cantaré solo,
y ha de ir de polo á polo,
como el céfiro, mi canto.

Y si la suprema lira
de los ángeles tuviera
y el genio que les inspira,
tanto alabarte pudiera
cual á hacerlo mi alma aspira.

Y por mas que te alabara,
Madre del hermoso amor,
jamás término encontrara
á cancion tan dulce y cara
y á tan sublime loor;

Pues antes terminaria
las estrellas de contar,
que de contar, Madre mia,
todas las dichas que un día
brotaron de tu pesar.

IV.

Santa Virgen, yo te adoro
como me enseñó mi Madre,
cuando en aquella edad de oro
se vive para gozar;
cuando continuas sonrisas
asoman en nuestros lábios
y podemos sin agravios
ni recelos dormirar.

Te adoro ¡sil y, aunque loco,
al divagar por el mundo
tras el deslumbrante foco
de transitorio placer,
jamás te olvidé, Señora,
porque tu Nombre sagrado
dejólo en mi alma grabado
el ser que me dió su ser.

Por eso al son de mi lira
te dí mis cantos mejores,
y las adoradas flores
que cantándote alcancé
aun verdes están, Señora,
mientras las que me dió el mundo,
presto en un campo infecundo,
marchitas las encontré.

Rugieron los aquilones,
las tempestades bramaron,
pero sobre mi pasaron
como pasan sobre el mar;
cuando pasan, lo alborotan,
pero nunca dejan huellas,
y cuando su fuerza agotan,
vuelve dulce á murmurar.

Así mi vida agitaron
los impulsos de los vicios,
pero rápidos pasaron
evaporando su horror;

y hoy encuentro apesar de ellos,
mi alma triste y dolorida,
pero radiante en destellos
de fé esperanza y amor.

Madre mia, sé mi estrella
mientras vague por el mundo;
y al salir de este profundo
abismo de perdicion,
tórname en puro destello
de tu sol resplandeciente,
ó en perla que orne tu frente
en la celeste mansion.



Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN
DE LAS MERCEDES.

EN DESAGRAVIO DE LAS OFENSAS INFERIDAS Á SU PUREZA.

por

DOÑA VICTORIA PEÑA DE AMER.

Tota pulchra es, Maria, et macula non est in te.

Ya vuelvo , Madre mia :
Tú conoces mi voz y mi semblante,
La misma soy que un día
De gozo delirante
Para cantar tu gloria con los sabios
El alma entera puse en tre mis labios.

La misma soy que entonces
Que al reclamo piadoso me presento.
Mas que los santos bronces
Quisiera alzar mi acento
Que desmayado está : Tú sola puedes
Elevarlo hasta el Sol de tus mercedes.

Sí : Tú lo puedes todo,
Todo para tus castos amadores:
Sácame pues del lodo,
Que solo para Tí son mis amores,
Sostenme un breve rato entre las nubes
Á do llegue la voz de los querubes.

Adonde de armonia
Cánticos inefables percibiendo,
De divina poesía
Purísimos raudales absorviendo,
Con el encanto el alma enagenada
De nueva vida siéntase animada.

Vida de amor hermoso
Que nutra el corazón y no le acabe,
Que le active en reposo,
Que blando le sujete y no le trabe,
Y que infunda á mi voz tanta energía
Que se oiga desde el norte al mediodía.

Doquier se haya sentido
El insulto inferido á tu grandeza
Do quier haya latido
Un corazón adicto á tu pureza,
Unir místicas llamas yo quisiera
Y un holocausto nuevo te ofreciera.

Piras de fuego sacro
Su virtud por los aires esparciendo,
Ardiente simulacro
Los sacrílegos miasmas consumiéndolo,
Purificando el aire de su escoria,
Libre paso otra vez dando á tu gloria.

A tu gloria preclara
Que del Señor es singular portento,
Pues que en ella agotara
La inmensidad de su alto pensamiento:
Todas sus obras mejorar podría,
Mas mejorarte á Tí, no, Madre mía.

Eres la maravilla
De su poder, y brillas en el cielo
Como aquí nunca brilla
El astro rey que vivifica el suelo:
Eres el eslabón de oro acendrado
Que con su Dios los hombres ha enlazado.

Eres la luz postrera
Que anima al desolado moribundo,
Y luego la primera
Que le alumbra el dintel del otro mundo,
La esperanza inmortal, la llave cierta
Que del alcázar regio abre la puerta.

Por esto los mortales
Madre de las Mercedes te llamamos.
Las viertes á raudales
Cuando á tus pies contritos suspiramos,
Y alcanzas el perdón al delincuente
De los labios del Juez Omnipotente.

Y pues, ó Madre mía,
Es esta tu misión consoladora,
Perdón es lo que ansía
El alma sin ventura que te adora:
Si una vez y otra vez he delinquido
Mil veces y cien mil perdón te pido.

Á tí la dispensera
Del poder del Señor de los señores,
Á Tí la jardinera
Del jardín del amor de los amores
Vengo á pedir de la virtud la palma,
Y aromas celestiales para el alma.

Porque yo he conocido
Que todo es vanidad de vanidades:
Todo la nada ha sido,
Nada las obras son de las edades:
Todo cuanto en el mundo se sostiene
El gérmen de la muerte en sí contiene.

Un día en la presencia
Del Señor, vale más que años sin cuento
Entre la humana ciencia.
Entre el festín de mundanal contento.
La santa gracia es la manzana de oro,
Es la joya buscada, el gran tesoro.

¡Oh como dicha tanta
Podré alcanzar yo misera y doliente!
Mi pecho se quebranta
Y de congoja ofúscase mi mente.
Levanto á Tí mi vista lacrimosa...
Oh Madre!... y Tú me miras cariñosa.

Tú me llamas... es cierto,
No se confunde, no, tu voz bendita.
Ay! mi corazon muerto
Yacía de dolor y resucita,
Dejando de una vez sus amarguras
Cual Lázaro dejó sus ataduras.

Oh estrella matutina
Que penetras del alma en el sagrario,
Cuya lumbre divina
Guia desde la cuna hasta el osario
Del creyente la senda venturosa,
Para llevarle á la mansion dichosa,

Concédeme esta suerte,
Alumbra la carrera de mi vida:
No deje yo de verte
Cuando la fé se esconde perseguida,
Y de tu gloria el alma enamorada
Siempre te adore en la eternal morada.



Á LA VÍRGEN DE LAS MERCEDES.

POR

DON PEDRO PALAU Y GONZALEZ DE QUIJANO.

Iris de paz y de esperanza mia
De mi amor acoged esta poesia.

¡Que inquieto afan Madre mia,
Mi corazon hoy altera
Que apenas vibrar siquiera
Me deja un canto? ¡Maria!
Quizás sea en mi osadía
El dedicaros mi acento,
Quizás el débil concento
De mi añudada garganta
Ofenda á una Madre Santa
Mas bella que el firmamento.
Mas si apenas yo al nacer
Vuestro nombre oí llamar
Y me enseñaron á amar
Cuando mi cuna al mecer,
Sentí cuan dulce es querer
Y verse correspondido,
Si desde entonces, querido
He yo á vos, Vírgen hermosa,
Porque la llama ardorosa
Del amor siempre he sentido,

¿Osado aun quizás seré
Al dedicaros mi canto?
Quizás ofenda á tan santo
Arcano que de Dios fué;
Mas si tanto yo os amé,
Si tanto, sí yo os he amado,
No se diga que he cantado
Tan solo á débil criatura
Sin que á la Virgen mas pura
No haya un canto consagrado.

El mundo entero os aclama
Por su virginal Señora
El mundo entero os adora
Y entero el mundo vos ama.
Si tempestad fiera brama
Ruge el viento en lontananza
Toma el huracan pujanza,
Hierva el mar con erudo anhelo...
Allá vemos en el cielo
Iris de paz y bonanza.

En blandos rizos la aurora
Al nacer anuncia el día,
Y para vos son, María,
Las perlas que el alba llora;
Y la voz mansa y sonora
De la argentada corriente
Que meliflua y dulcemente
Os alaba, Virgen pura,
Cuando apacible murmura
El cristal de mansa fuente.

Nace Abril, y entre mil flores
Con que orlar tus blancas sienes,
¡Oh escelsa Virgen! tú tienes
Perfume incienso y olores.
Trina el rui señor amores
Con celestial armonia,
Trovas de grata poesía
En su sonoro cantar
Tus glorias al alabar,
Hermosa Virgen María.

Blanca espuma el mar alienta
Por entre su ola rizada
Que á vuestro pié vá salada
Prestar homenaje atenta.
Y las pomas que sustenta
Doradas, árbol pomposo,
Su manjar tan delicioso
Entre mares de ventura
Os lo ofrece, Virgen pura,
Madre del amor hermoso.

Y á vos que sois para mi
El placer y la alegría,
Sol del amor y del día,
Por quien ya en la cuna di
Sonris primero, y allí
Primer brisa que sopló
Mi sien blanca acarició,
A vos tan bella y galana
Estrella de la mañana
Que en el mundo me guió,

A vos ¿no os he de cantar
Cuando os canta la paloma
Saltando de loma en loma
Con amoroso arrullar?
¿Cuando oigo murmurar
La fuente con grato son,
En alas de la ilusion,
Maria, no os cantaré
Y gozoso no abriré
Las puertas del corazon?

Bien podeis fuentes del prado
Murmurar mas blandamente,
Bien puedes mas dulcemente,
Rui señor, haber trinado,
Que si ilusion has cantado
Cantaré yo realidad,
Serafines, inspirad
Con vuestro amoroso acento
Y con mas blando conuento;
Querubes me acompañad.

Hoy el sol su luz envia
Con su rayo placentero,
De ventura mensajero
Y del placer de este dia
Hoy el gozo y la alegria
Alumbra con luz no poca
Pues de gloria y amor loca
El mundo canta y natura,
Pues ya fuyó desventura
Y del tristor negra copa.

Hoy la aurora sonrosada
Sus bucles al aire estiende
Y hácia el mundo alegre tiende
Vivificante mirada.
En la pradera bordada
Vuestra tez está en las flores,
Que entre perfumes y olores
Una guirnalda han labrado
Y suavemente rociado
A la bálamo de amores.

Y en los balcones de Oriente
Cubierto con aureo velo
Aparece hoy en el cielo
El sol mas resplandeciente.
Murmura mas dulcemente
Arroyuelo solitario,
Y dejando el funerario
De la tristeza tañido
El bronce de gloria henchido
Bate en alto campanario.

Y rompe el mundo en acento
De ventura y de alegria,
Saludos mil os envia
Y un pláceme de contento:
Y entonces mi pensamiento
En mil esfuerzos intenta,
Y sin que mi lábio mienta,
Romper quiere sus cadenas
Puesto que arden mis venas
Y es el amor quien lo alienta.

¿Y yo que os puedo decir
Si tanto he llegado á amar
Que no me puedo espresar
De tanto que sé sentir?
¿Y á mi que me es el vivir
Si para vos es mi amor?
Si del cariño el ardor
Es quien la vida me dá
Tomad de mi pecho, ¡Ah!
Este canto y esta flor.

Acogedla, es una rosa
Que el leal cariño regó,
Y que mi Madre plantó
Allá en mi inocencia hermosa;
Acogedla, es candorosa
Cual el canto de un querube
Que hácia el cielo presto sube,
Y á tus pies se postrará,
Pues el aire surcará
En alas de blanca nube.

Perdon, mil veces perdon
Acaso si os he ofendido,
De veras arrepentido
Yo os pido la bendicion.
Mi juvenil corazon
Bien sabes cuanto os ha amado
Y so tu manto abrigado
Me has encontrado mil veces
Murmurando tiernas preces
Hácia tu trono sagrado.

Y hoy que el mundo grato acento
Te tributa de cariño,
Acepta tú el de este niño,
Acepta tú mi contento.
Tu bien sabes que no miento
Tus glorias al alabar,
Y que no sabe olvidar
Quien ha sabido querer
Y nada puede temer
Quien es maestro en amar.

Un beso os pido, Maria,
Un beso, por compasion:
Vuestra santa bendicion
Os la pido, Madre mia.
Fulgente estrella del dia,
Bella Virgen seductora,
A la que mi pecho adora
Pues que mas que fiel amigo
Al reir, rie conmigo
Y al llorar, conmigo llora.

Pues ya que yo mi ventura
Con ella parto y mis penas,
Roja sangre de mis venas
Daré por mi Virgen pura,
¡Oh Madre de la dulzura!
¡Oh Señora de mi pecho!
Do duermes en blando lecho!
Estas palabras invita,
Que el corazon las incita
Por el cariño deshecho.

Que aceptes hoy mi cancion
De cariño y gratitud,
El canto de mi laud
Y la voz del corazon.
Y aunque yo en vibrar el estro
¡Ay Virgen! no soy maestro,
Quizás no sepa cantar:
Pero Virgen sé querer
Sé yo el amor comprender
Y soy maestro en amar.



LOS AMORES DE MARIA.

CANTO DE DESAGRAVIO

POR

DON FRANCISCO DE PAULA RIBAS Y SERVET

Narrabo nomen tuum fratribus meis: in medio Ecclesiae laudabo te.—(Ps. 25; v. 23)

En lágrimas bañado,
temblorosa es mi voz en este dia...
con el pecho angustiado,
¡que mucho que yo lllore, madre mia!
¡Que mucho que mi canto
semeje al comenzar triste elegia!
si tal es mi quebranto,
que el corazon se parte
y solo le consuela
el saber que por tí vierte su llanto,
por tí cuyo amor vela
por los hijos que Dios quiso confierte.
Si á tí tambien te veo
mustia esta faz que al cielo da ventura;
si en tus ojos dulcísimos yo leo
el dolor de cruelisima amargura.

Ingratitudes viles,
jamás en este suelo conocidas,
que solo brotó amores
para ceñir tu frente siempre pura,
contra tu tierno corazón se alzaron,
olvidando favores
que tus manos queridas
con profusa largueza derramaron.

¿Qué es esto Virgen bella,
que te ha hecho tu España,
que en tu imagen que paz siempre destella
con sonrisa amorosa,
que en tu pureza virginal, divina,
ante la cual el ángel santo inclina
su frente pudorosa,
haya debido ver cual fiera saña
y burla se cebaba
de hijos que tu amor acariciaba?
¿Hijos dije?... Señora,
si son hijos perdona en tu clemencia
su sacrilegio impío,
su mísera demencia.....
sea este el galardón del canto mío.

Llegaos, infelices;
venid á mí los que en menguada hora,
de vértigo infernal presa la mente,
con lábio irreverente
osasteis blasfemar de la Señora,
ó con mano atrevida,
sobre su dulce imagen que enamora
y es de delicias fuente
para el alma que gime padecida,
el golpe descargasteis del despecho,
desoyendo el clamor de vuestro pecho
que á la madre de amor á amar convida.

¿No recordais la historia
de sus amores que os contó en la cuna

vuestra madre, su beso fervoroso
al imprimir en vuestra frente tierna
y al mostraros al par en la alta gloria
á su reina, bondosa cual ninguna
velando vuestro sueño delicioso?...
Venid; yo avivaré vuestra memoria,
si amor tan grande disteis al olvido
y os contaré con gozo
lo que Maria para España ha sido.

En el leño sangriento
agonizando el Redentor del mundo,
con tiernísimo acento
que brota de su lábio moribundo,
á los pobres humanos
á su madre por hijos nos entrega.
Acéptalos su amor y á tanto llega
su cariño especial á los hispanos,
que antes que ascienda á la celeste altura,
desde donde sus manos
verter han bendiciones de dulzura
sobre sus hijos todos,
á Santiago aparece y asegura
que en su amor primogénita la España,
cual la hija mas querida,
tendrá por Ella protección y vida,
sin que del mal la ahogue la cizaña.

Cuando llora este suelo
al sentir la opresión de estraña gente,
descreída, insolente,
contra el Señor del cielo
ardiendo en ira y saña irreverente,
¿dónde sino á las plantas de Maria,
Virgen de Covadonga, halla consuelo
y esperanza Pelayo,
que á la patria arrancando del desmayo
y cayendo cual águila ligera
sobre la hueste impía,

una mortal herida abre en su pecho,
que humilla su porfia
y lágrimas le arranca de despecho?

Y siempre su favor prosigue dando
á los guerreros de la Cruz que invocan
su nombre venerando,
que en sus rayos de gloria
lleva siempre segura la victoria....

En la reina del Bétis á Fernando
su imágen de la *Antigua*
que lo es tambien su amor para su Iberia
con solemne promesa le atestigua,
que ve cumplida al arrojar triunfante
de la ciudad hermosa
al alarbe que huye jadeante
á esconder su derrota ignominiosa.

El almogávar, catalan valiente
el lábaro empuñando venerado
del Montserrat amado,
donde en trono de amor la dulce Madre
el canto y la plegaria oye clemente
de este pueblo á su gloria consagrado,
corre al jardin de Oriente,
que con pisada impura
y con huellas de sangre el turco afea,
le acosa, le persigue,
le aterra, le deshace,
y entusiasta de gozo otra vez jura
que en la guerra mas dura,
si el pendon sacro en el combate ondea,
fiel la victoria sigue
que en sus benditos pliegues siempre augura.

Quando la Italia hermosa
del Occidente paraiso ameno,
en su region mas bella
que las brisas perfuman de Sorrento,
do el tiempo no hace mella,

siempre fresca so un cielo que es su hechizo,
y en su Trinacria siempre valeroso,
que aspira el vivo aliento
del Etna su guardian de alma de fuego,
vió grabada la enseña victoriosa
de la cruz y las barras soberanas
que en paz y guerra nunca se apartaron
las gentes de Aragon y catalanas;
¿porqué fueron vencidas?
¿porqué esclavas postráronse rendidas
á Alfonso las comarcas italianas?

El pendon de Maria
reina de Montserrat fué su señera;
su nombre el grito mágico
que en la pelea fiera
daba á su corazon fuerza y confianza;
que la victoria espera
el que clama á la madre de esperanza....

Un dia se estremece
la cristiandad con pavoroso espanto,
que la osadía crece
del sectario de Alá, tras cuyas huellas
de sangre, de ruinas, de quebranto,
las comarcas mas bellas
solo pueden llorar su desventura,
rendida el alma de mortal tristura...
En su aliento impalpable el aura mece
el ruego cadencioso
del rosario amoroso de Maria.
Un iris venturoso
levántase en las playas españolas,
que desciende á Lepanto
y refleja en sus olas
el amor de la Virgen siempre pia.
Bajo su sombra el de Austria peleando
la media luna destrozada deja,
del pueblo aquel que entre las crespas olas
húndese, suspirando
en el fondo del mar cobarde queja...

Siempre por tí venció la patria mia;
por tí Virgen Maria,
fué grande, fué potente
y fué temida de la estraña gente
y nadó en bienandanza y alegría.
¿Cómo pudo temer siendo su guia
tú, que nunca abandonas
á estos hijos que forman tus delicias
y para cuyas frentes que acaricias
con maternal desvelo,
vas tejiendo en el cielo
de gloria inmarcesible albas coronas?

Tu imágen protectora
ostenta su faz bella allá en la altura
del monte que el sol dora
con el rayo primer de su luz pura,
sobre el humilde osario,
en la cima de erguido campanario,
ó de la selva umbría
en la fresca espesura;
dentro rústico nicho colocada,
convida con dulzura
á reposar al alma fatigada,
que lucha con porfia
para escapar del mundo á la celada. .
En la choza del pobre,
en el rico palacio del magnate,
do quiera un pecho late
con española sangre,
allí estás tú velando
por su dicha y su bien, madre de amores;
allí estás tú calmando
con tus besos de paz sus sinsabores.

Universal concento
de voces misteriosas que bendicen
tus bondades sin cuento,
del fondo de los valles nemorosos,
de los agrestes montes empinados,

del seno de los rios sonorosos,
de los templos s grados,
de la tierra, del mar, de todos lados
de este suelo de quien eres Señora
y joya inestimable,
se eleva cada hora,
sube cada momento
hasta tus pies, viviente monumento
del cariño entrañable
de estos tus hijos que por tí suspiran,
que en tí confiados miran
de puro, eterno amor un almo cielo.

.....
¿Sereis vosotros solos,
que en mal hora olvidasteis á Maria,
los que turbeis ¡oh pobres descreidos!
la plácida armonía
con que ensalza su amor la patria mia?
Caiga el velo siniestro
que anubla é ilusiona vuestra mente:
mirad en torno vuestro;
al cielo alzá la frente;
y allá un rostro vereis siempre clemente,
que al perdon os convida,
si le decís con ánimo doliente:
«Madre pequé; mi atrevimiento olvida.»

¿Y no oisteis cuán tiernos resonaban
los cantos plañideros
de amor y de solemne desagravio?
Vuestros ayes juntadles lastimeros,
que borrarán felices el agravio
que insano desvarío
arrancó á vuestra mano ó vuestro labio.
¿No sentís lleno de dolor sombrío
temblar el corazon á su recuerdo?
Volved en vuestro acuerdo
y de esta madre que abrazaros quiere
los pies regad con vuestro llanto pio.

Que Ella lloró también la desventura
de sus caros hispanos,
cuando les vió arrastrar cadena dura
en hórridas prisiones,
so el yugo de los ímpios africanos
que arrancar pretendieran
la fé del Salvador de nuestro suelo.
Fundó para ellos órden redentora,
hija de sus mercedes que consuelo
y libertad llevara á los cautivos,
trocando en gozo y cánticos festivos
á su alta bienhechora
los ayes y lamentos de su duelo.

.....
Y tú, Virgen querida,
Reina de España toda venerada,
Madre de España toda bendecida,
en cuyo labio la clemencia anida,
fuente por el divino Amor sellada,
en donde bebe salvacion y vida
el ánima á tus pechos arrimada;
extiende esas tus alas amorosas,
paloma de suavísima ternura,
que al olor dulce de tu esencia pura
con ansias fervorosas
bajo tu abrigo á descansar volamos.
Olvida las ofensas de esos hijos,
por quienes te rogamos
abrases en tu amor sus corazones;
y á tu sombra acogidos les veamos,
do broten de sus labios
trovas de amor y gratas bendiciones.



NUMERO 14.

A NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

POR

D. ENRIQUE GARCIA BRAVO.

Quia amore langueo
Cant. cantig.

De gratitud henchido
El pecho del poeta, Virgen Santa,
En tu alcázar penetra bendecido,
Y á tus plantas rendido
Con sin igual placer tus glorias canta.

Y tus tiernos favores
Entusiasta publica el alma mia,
Ó reina celestial de los amores;
Dejando en tu altar flores,
Y en tu templo del arpa la armonia.

¡Oh si me fuera dado
Que llenára del uno al otro polo,
Y todo el orbe entero entusiasmado
Fuera un corazon solo
Rendido por tu amor, de él abrazado!

Mas ¡ay! que todavía
Existen climas mil y mil regiones
En donde no conocen, madre mia,
Miles de corazones
Lo dulce que es el nombre de María.

Y en este hermoso suelo
Que por patrona sin cesar te aclama,
Y de el que eres el iris y consuelo,
Que con delirio te ama
Porque le das la paz, calmas su anhelo;

La maléfica saña
Del averno infeliz, desenfrenado,
Haciendo guerra á Tí con furia estraña,
Su veneno ha infiltrado
En tristes hijos de la madre España.

Y tu imagen divina
Mas que el iris de paz pura y hermosa,
Mas que la flor del valle peregrina,
Mas cándida y graciosa
Que en el cenit la luna blanquecina;

Ha sido, ó Virgen pura,
Y aqui de dolor cae en un abismo
El alma que te adora en su amargura,
Con infernal cinismo
Ultrajada por turba ebria é impura.

Tú bajo cuya planta
Cubierto con sus alas el querube
Abrasado de amor tus glorias canta,
Y en aromosa nube
Envuelto á Tí su canto se levanta;

Tú que eres la alegría
Del cielo y del Señor que tanto te ama,
Y al contemplarte estático, María,
Lleno de gozo esclama
¡Ó cuanto eres hermosa, amiga mia!

Tu que salvaste al mundo
Dando tu corazón en cruel martirio,
Inmenso sacrificio, sin segundo,
¡Y el hombre en su delirio
Te ultraja, ó madre, con escarnio inmundó!

Y eso en mi pátrio suelo
Al que tantos favores dispensaste,
Y al que para su gloria y su consuelo
Veces mil visitaste
Descendiendo hasta el del almo cielo.

Barcelona lo diga,
La ciudad cuyas plantas la mar baña
Cual cariñosa y entrañable amiga,
Rico florón de España,
Siempre señora si, jamás mendiga,

Que en noche deliciosa,
Cuando Nolasco fervoroso oraba
Y del cautivo por la suerte odiosa
Lágrimas derramaba,
Te apareces á él cual nunca hermosa.

Y su llanto enjugando,
Con voz mas grata que el trinar del ave,
Ó de las aguas el murmullo blando,
Ó el suspiro suave
Del aura entre las flores divagando;

Dicesle; «una órden funda,
Que la *Merced* se nombre y al cautivo
Liberte del dolor con que le inunda
El agareno altivo;
Y que por todo el orbe se difunda.»

Y la vision divina
Se repite al insigne san Raimundo,
Y al rey don Jaime, á los que luego inclina
Para pasmo del mundo,
A fundar esa órden peregrina.

¡Gloria, gloria á María,
Que el que en mazmorra húmeda y oscura
Una argolla pesada le oprimia,
Por Ella el aura pura
Respira y goza de la luz del día!

¿Y aun hay, Virgen sagrada,
Quien ultraje tu imágen bendecida
De Nolasco en la pátria de tí amada
Y siempre protegida?
¡El alma de dolor cae abismada!

Y ante esa imágen pura,
Retrato fiel de la que, el mismo Santo
Contemplara radiante de hermosura,
Vertiendo amargo llanto
Te ofrezco el corazon, vida y dulzura.

¡Oh, si con él pudiera
Los agravios borrar que se te han hecho,
Que venturoso, madre, tu hijo fuera,
Rasgándose su pecho
Para ofrecerlo á Tí con alma entera!

¿Y que mayor delicia
Que tuyo ser el corazon que te ama,
Y gozar de tu amor siempre propicia
La abrasadora llama,
Y tu celeste y plácida caricia?

¡Ó Virgen bondadosa!
La ofrenda de mi amor tierna recibe,
Y escucha la plegaria fervorosa
De un corazon que vive
Tan solo para amarte, madre hermosa.

¡Oh! ¿Cuando Virgen pia,
De este misero valle de quebranto
El alma volará, que libre ansia
Verte en el cielo santo
Para siempre adorarte madre mía?

A LA VIRGEN DE LAS MERCEDES.

ORACION EN LA MONTAÑA

por

DON JOSÉ TARONGÍ Y CORTÉS.

*Tibi quasumus ut á demoni seruitute
liberemur. (La Iglesia.)*

Virgen mía, la reina de la Mansion gloriosa,
Tú, que al verjel das flores y al viento das frescura,
Tú, que de los esclavos suavizas la amargura,
Virgen del alma mía, escucha mi cantar.

Yo vengo á demandarte salud para la Europa
Caida en las mazmorras del infernal pecado,
Porque al pasar he visto sobre el pavés laureado,
En brazos de los viles el pérfido reinar.

De rodillas me postro: mírame, gran Señora,
Cabe tu altar alzado so rústica techumbre,
El agua del arroyo que lame esa alta cumbre
Inspirará á mis versos feliz meditacion.

Solo estoy: tu ministro de saludarte acaba,
Y envuelto en el perfume fugaz del incensario,
Mi canto hácia tu trono se eleva solitario;
Recibe, tierna Madre, piadosa mi oracion.

De la ciudad he huido, me aqueja su algazara,
Un manto de tristeza mi corazón rodea,
Hasta esquivé el bullicio de la mezquina aldea
Y en esta pobre ermita hoy llego á reposar.

Aqui descubro el valle y el prado en lontananza
Tendiéndose á lo largo de los oscuros montes;
Aqui veré tan solo por limpios horizontes
Al áspero torrente sorber el bravo mar.

No hay miedo que sorprenda mi religioso oido
Aqui de los malvados la elocucion profana,
No hay miedo, que al enviarnos la luz de la mañana
El Creador benigno, se atúrda mi oracion,

Oyendo de los lábios del engañado pobre
Caer contra del cielo la maldicion impia:
No hay miedo que al perderse por el ocaso el dia
Las farsas del incrédulo sofoquen mi razon.

Oh! si; los moradores de la ciudad me abruma;
Con su falaz idioma hastíanme doquiera;
Del mal enarbolando la espléndida bandera,
Solo quieren, Maria, tu nombre blasfemar.

Ah! ¿no lo sabes, Virgen? Cubre á veces el suelo
La inmensa muchedumbre voceando por las salas,
Y un orador altivo, de la ambicion en alas,
Tal vez la fé procura del pueblo socavar.

¿No lo has visto, Señora? Ha los mares hendido
De Albion y de Ginebra audaz el emisario;
Y aqui, entre españoles, la fé con el sudario
De la muerte desean intrépidos cubrir:

Y hablan mal del anciano que mora entre las ruinas,
Las viejas catacumbas de la afligida Roma,
Hablan mal del Pontífice, que cuando el dia asoma
Solo la paz del mundo á Dios sabe pedir.

Ahoga el aire fétido de la ciudad impura
Por el materialismo cogida entre las redes;
Oh! cuanto de fatiga, Laurel de las Mercedes!
Está presente á España, oh! cuanto de dolor!

La esclavitud del vicio se acerca ya, Señora.
Oh! quien me diera nunca parar entre sus manos,
Y aqui, bajo estas bóvedas, traer de los arcanos
De los antiguos tiempos memorias en tu loor!

¿Recuerdas, Madre mia, los siglos hechiceros?
¿Recuerdas, santa Madre, las glorias catalanas?
Cuando al Asia nos fuimos, las tribus mas lejanas
Oyeron por los aires tu fama en raudo son.

Entonces eras grande porque mi patria lo era,
Tu imágen las galeras circuan de victoria;
La regia sien ceñida de inmarchitable gloria
Tu nombre propagaba D. Jaime el de Aragon.

¿Quien eran los Raymundos?—La tierra mallorquina
Como aromas del bosque, cual brisas de los mares,
Al Dios del Universo en viaba los cantares
De un noble solitario, del yermo viva luz.

La tierra catalana el soberano fuego
De un génio de la ciencia contaba á las naciones;
Tú lo sabes, Señora; asaz los dos varones
La Virgen defendian, la Religion, la Cruz.

Que cambio! Aquellos héroes contemplan nuestro siglo
De la embriaguez atea sacrificando al ara;
Si acaso en las tertulias tu nombre pronunciara,
Con torpe indiferencia reiríanse de mí.

Mas no temas, la Reina; de tu lado apartarme
No lograrán un punto las turbas poderosas,
Ni el ver al pié del vicio coronas, lauro y rosas,
Ni los sábios de Francia me arrancarán de tí.

Para un cristiano pecho ¿qué son los atractivos?
Ricas ensambladuras, soberbios artesones,
Progresos de la ciencia, rendidos corazones,
¿Podeis á mi alma eterna de la otra vida hablar?
¿Que sois para las almas? Viviente desengaño.
¿Que oculta vuestra esencia? Miseria y podredumbre.
Yo prefiero el vil tamo de esta enriscada cumbre,
Y contigo, Maria, del cielo conversar.

Ah! como que me oigas! tus ojos divinales
Hacia mi ya despiden un rayo de clemencia;
Mi sentido ya mecen palabras inmortales,
¿Deséame una gracia pedir al Redentor?
Te encomiendo, Señora, la salvacion del mundo:
La libertad, Maria, sosten por las Españas:
Que nunca mas el vicio corra sus entrañas,
Los seres enlazando que reine el puro amor!



NUMERO 16.

À MARÍA, VERGE DE LAS MERCÉS.

PER

D. ANTONI MOLINS Y SIRERA.

Reys, caballers y frares, cridats seran per Ella
Y arboraran l' ensenya de amor y redempció....

L' aucell ab sos cantars, lo mar ab sas onadas,
Ab sos rumors las brisas, ab sos perfums la flor;
Himnes de amor elevan ab veus acompassadas
Al trono de María la REYNA DEL AMOR.

A son entorn los ángels dolsas cansons entonan,
Per fer'nhi una corona n' arrancan punys d' estels;
Dels campanars los bronzos son nom pel mon pregonan,
Tot hom li diu:—;Bé n' HAJAS, REYNA DE TERRA Y CELS!

Sols l' home en son deliri de sa pietat s' oblida,
Y lo seu nom malfama de falsa ciencia al brill;
Sols l' home en son orgull que no té seny ni mida,
Tot rebujant la MARE vol blasfemar del FILL.

De Deu creat á imatge, contra Ell ingrati s' aixeca;
Lo cástich de sos pares no li serveix d' esment:.....
Rey d' aquest mon impúdich esser vassall li reca,
Y foll, corre á l' abisme com escumant torrent.

¡Pietat, oh Verge santa! També Israel un dia
Feu tremolar la terra al blasfemar sa veu;
Y apres pera salvarla, clavat en creu moria
Del Gólgota en la serra lo Fill mateix de Deu.

¡Pietat, pietat, María, sols per lo amor nascuda!
Despres de la nit fosca llúu mes brillant lo sol;
Arrepentís tal volta, ab ánima esmoguda,
Vindrán com lo fill pródich, á demanáus consol....

—Quant culpats nostres pares lluny de son Deu fugian,
Quant ja ab sa destra estesa los contemplava irat;
Y l' huracá bramava, y 'ls trons ja retronjian,
Y 'l cel amenassava horrible tempestat;

¿Qui 'l llamp de son enuig va deturar, Senyora?
¿Qui de sa negra culpa fou l' ángel protector?
¿Qui sino Vos, María, clamá ¡Pietat!... á l' hora
Que á malehir anava sas obras lo Criador?....

—Quant de Cai la rassa de Deu prevaricava,
Quant de sos crims al pes lo mon era mitj herm,
Quant sorda á sos profetas Sodoma 's sepultava,
Y era una vil ramera la gran Jerusalem:

¿Qui sino Vos, podia ¡Oh Verge immaculada!
Purificar la terra de vostre mant al vol;
Fer que virtuts florissen del vici á l' alenada
Y en mitj d' aquella fosca fer clarejar lo sol?

¡Oh vara de Jessé!—¡Oh Verge candorosa.
Promesa pels profetas al poble d' Israel!
Mentres dó fruyts la terra, perfums la flor joyosa,
Y mullí la rosada, y estels tinga lo cel:

Los qui de grat vos ayman, á Vos vindrán gojosos;
Eternament sos himnes oiréu á vostre entorn:
De pol á pol estesos vostres penons gloriosos,
Avans que vostre imperi s' enfonzará lo mon....

—Vos sou, oh Verge pia, del univers l' albada,
La salvadora estrella que 'ns guia en lo combat,
Lo port hont se guareix la nau acorralada,
La santa redemptora de nostra humanitat.

Á vos venen lo trist en busca d' alegria
De pa lo famolench, de forsas lo tultit,
De mare l' orfaneta, de llum qui s' extravia,
De abrich lo despullat, de gracia 'l penedit:

A Vos lo trist cautiú sa libertat implora,
A Vos clama lo náufrech en mitj del mar, perdut;
Y á tots, amoroseta, aconortau, Senyora,
Qu' estel sou d' alegria y bálsam de salut....

—Un jorn, ma trista patria per l' infael opresa,
Veya enrunar sas vilas y flamejar sos camps;
Alberch sos fills cercavan dels monts en l' asperesa,
Tot era esglay, angunia, y llágrimas y clams.

Naucher que mir' perduda la salvadora entena,
Y al cel sos ulls enlayra ab religiós amor,
Lo poble qu' en Vos creya, al drinch de sa cadena
Socós vos demanava del fons de lo seu cor.

Y Vos qu' en COVADONGA, oh Verge immaculada,
Havian dat á Espanya LA FÉ Y LA LLIBERTAT;
Com en Orient la llum, fereu brillar l' albada
De nostra independencia al cim de MONTSERRAT.

Desde aquell jorn, María, sou l' ángel de ma terra;
En totas sas proesas s' hi troba vostre nom:
Lo vostre nom dolcíssim, qu' era son crit de guerra,
Quant ab sa gloria umplia lo mon de gom á gom.

Barcino es ja cristiana, ja es noble y poderosa,
Ja son los seus monarcas los héroes de la fé;
Ja sos vaixells ovira Mallorca, temerosa,
Ja de Tarik la rassa per tributaria té....

¡Oh patria ab tantas veras per lo meu cor volgudal —
 Esclau de ta grandesa l' esdevenir es teu:
 Sols un llover te manca, y prest regoneguda
 Á ton amor, la Verge te 'l donará sens preu.

De caritat beneyta, coloma missatjera,
 Á consolar tas penas del cel devallarà;
 Joyosa com l' albada d' hermosa primavera,
 Al brill de sa mirada la fé resplandirà.

Reys, caballers y frares cridats serán per Ella,
 Y arborarán l' ensenya de amor y redempció;
 Y naixerá en ton sí com virginal poncella
 Dels nobles mercenaris la santa religió.

Devall son mant purissim s' aixamplarán sas ramas —
 Qu' á llunyadanas terras la fé transmittirán;
 Y als fills que trista ploras, y que debades clamas,
 De sas presons horribles un jorn redimirán.

Y los veurás gojosa tornar, oh patria mia,
 Y t' argentada platja de genollons besar;
 Y á sos fillets las mares estrenye' ab alegría,
 Y á sos marits las donas mil voltas abressar.

Y tot será gaubansa y festas y alimarias
 Y alegres cabalcadas y músicas y crits;
 Y professons solemnes, y ofrenas y pregarias,
 En honra de María, *consol dels afligits*.

Y amant, regoneguda, fabricarás rich temple
 Á nostra Reyna y Mare, Verge de la Mercé:
 Que á las edats futuras, respectuós exemple
 Será de ta grandesa y símbol de ta fé....

—¡Oh malhaurada rassa qu' ab sens igual follia
 Rebujas de ta mare la carinyosa veu!
 De genollons camina al temple de María,
 Ella es la portalada del paradís de Deu.

Mira lo cel que 't guayta, óu á l' infern que 't crida,
 Pens' que la vida acaba, desperta tos sentits;
 ¡Misericordia! clama ab veu del cor eixida,
 Y haurás-la de María, *lo port dels penedits*.

María may s' enuja, María sols perdona,
 Té son amor d' inmens quant d' infinit lo cel:
 Espill de sa pietat n' es sa brillant corona;
 Cada ánima que salva, hi brilla un nou estel.

Tot bé d' Ella dimana; Ella es nostra esperansa
 En eixa trista vall, y ab maternal amor,
 Desde son trono altívol al ample espay se llansa
 Per alleujar miserias y aydar al pecador.

Angelical pastora, quant veu que sas ovellas
 De son remat s' allunyan, se mor' d' anyorament;
 Mes ¡ay! cada vegada qu' hi torna alguna d' ellas,
 Ab nou dalé l' abraça, major es son content.

Tornau pus á sos brassos, ovellas esgarriadas,
 Himnes de amor cantauli ab fervorós delit;
 Y avans que vostras ánimas de nou sian tentadas,
 Isca 'l derrer badall del fons de vostre pit.

—¡Oh font inagotable de gracia, amor y vida,
 Coloma missatjera de benauransa y pau,
 Montanya regalada qu' á reposá 'ns convida
 Á l' ombra de la gloria, devall lo cel mes blau!

Vos sou de Barcelona la joya mes preuada,
 En Vos nostra esperansa los catalans tenim;
 Per ço us pregam, Senyora, siau nostra advocada,
 Y aytal com nostres pares á vostres peus venim.

L' huracanada ratxa qu' avuy sommou la terra
 Vostres palaus magnífichs tal volta enrunicarà;
 Mes con lo vent s' estrella al peu de l' alta serra,
 Devant la fé cristiana també s' estrellará.

Y eixa corrent fatídica qu' als homens extravia,
Y eixa enganyosa llum qu' enlluerna sos sentits;
Al fi de la jornada, farán que á Vos, María,
Tornen sos ulls plorosos, retuts y peneditis.

En va l' àngel del mal vol aixecar sa testa,
Se pert son crit de guerra com l' eco per l' espay;
Bell l' arch de Sant Martí lluirá apres la tempesta,
Y vostra santa Iglesia serà mes gran que may.

Por de D. Ella divina; Ella es nostra esperansa
En eixa trista vall y ab maternal amor,
Desde son trono altivo al camp de espay se llansa
Per allejar miseria y aydar al pecador.

Angelical pastor, quant ven que en ovellas
De son remat s' alimpen, se moit d' amorament;
Mes ¿yl caha vérga de algun d' ellas,
Ab non dale l' espansa, may de son content.

Tornan puá á sos passas, ovellas esgarriadas,
Himnes de amor cantant ab favores belis;
Y evans que vostra anima de non sia tentada,
Iscá l' darrer bahall del fons de vostre pit.

— Oh font inagotable de gracia, amor y vida,
Coloma misericors de benauransa y pau,
Montanya regalada puá á repos ab convida,
A l' ombra de la gloria, deval la cel mes plau.

Vos sou de Barcelona la joya mes preuada,
En Vos nostra esperansa los catalans tenim;
Per co ne pregam, Senyora, siau nostra advocada,
Y aytal com nostra pare a vostra pens venim.

L' hincassada talle de vuyt common la terra
Vostres palans magnífics tal volta enaurada;
Mes con lo vent de estella al pen de l' alta terra,
Devant la B. cristina també s' estrellara.

À LA VERGE MARIA

PER

DOÑA MARIA DE BELL-LLOCH.

Per co cad' any irèm á Montserrat.

I.

Sempre 'us he aymat: seria
mal agrahida no volentvos jo.
¿Com pot la fló oblidar la llum del dia?
¿Sens ella flayraria?
¿Pendria vis, jayent, gracia y coló'?

Pus aixís jo, Regina,
me regonech de vostre jou esclau.
M' es grat est jou, perque á vos m' avehina;
ell, per mi, es la llatina
vela que du á dintre del port ma nau.

Per vos, Verge, ma boca
té cants fervents d' estimació coral
pera llohar vostre sant nom, que invoca
sempre que l' fat aboca
dessobre meu lo trist alé del mal.

Y aquest amor, Maria,
n' es fruit del cor que per sancer 'us vol
y del esment pus se que nit y dia
ne foreu, Verge pia,
de nostra terra lo mes sant consol.

Verge, vos nos portavau,
en lo temps vell, al gloriós combat;
Vos nostre front pensívol serenavau;
vostre ma 'ns allargavau
quan nos trovavau en camí estraviat.

Al vostre nom, la guerra
ample 'ns feya la via del honor;
invocantvos á vos petjá la serra
lo penó de la terra,
lo brau penó llistat de sanch y d' or.

Los moros l' escoltaren
lo vostre nom: uns tremolaren d' ell;
altres, de cor, del tot se 'n namoraren
y son passat rentaren
ab lo net pany de vostre rich mantell.

Per tot hont nos menavau
hi feyau creixe la esperansa y fè.
Als qu' eran enemichs agermanavau;
amor pèls cors sembravau
fent creure en tot al que no creya en re.

II.

Ara la fé s' allunya
del cor del home que de tot se 'n riu
perque lo sceptre de la ciencia empunya:
mes percó Catalunya
sempre será de santa fé lo niu.

Alsi la serp traydora
ab veu de mel sos lays blasfemadors:
percó del cel seréu la emperadora
y ab veu falagadora
á Lleyda 'us cantarém santas llahors.

Vostra sagrada imatge,
de xichs, grabada dins del cor la duhém:
vostra gloria ha cantat nostre llenguatge
y quan fem romiatge
sempre en lo llabi vostre nom portém.

Quédis per altra terra
lo ferne gala de havé' un cor jueu:
com mes la impietat vos fassi guerra,
mes aquí 's desenterra
lo escalf antích del sant amor á Deu.

No 'ns fa por la tempesta,
que ja hi som fets á oreigs de falsetat:
cegui del mon la vista, la faresta
impietat funesta.....
perço anirém cad' any á Montserrat.

Y allí ab santa alegria
hi deixarem un tros de nostre cor
y al retornar á nostres llars, María,
del boix que al mont s' hi cria
un brot durém com á sagrat recort.

Nostres fills guardaránlo
y en ell pendrán de nostra fé patró,
y lo seu cor á nostre cor motllantlo
seguirán escalfantlo
al foch ardent de santa religió.



NÚMERO 18.

A LA VERGE DE LAS MERCÉS.

PER

D. JOSEPH MARTÍ Y FOLGUERA.

Virgo Virginum.

María, Mare meva,
Estrella dels fidels,
à vostre altar m' acosto
com à son niu l' aucell:
Quan vostra cara esguardo,
quan beso vostres peus,
me sembla, Mare meva,
qu' estich mes prop del cel.
Allà fora del temple
lo mon bruceix, bruceix;
aquí, de la tronada
ni un sol ressó se sent.
¿Y com sentirs' podria
hont vostre esguart se veu,
l' iris que al iris crea,
Verge de las Mercés?

Cada glatit qu' escolto
dins de mon pit fidel
lo Nom mes dols mormora
qu' es vostre Nom celest.
Sembla que hi tinga un' arpa
à dintre del meu ser,
polsada per las auras
del tendre sentiment.
Arpa ha de ser, Senyora,
no cor lo que 'm glateix,
pus ¿d' hont, si no fos arpa,
ne brolla aquest accent
que per l' espay s' escampa,
y puja com l' oreig,
y tota os environa,
Verge de las Mercés?

—
¡Oh! ¡Com me plau lloarvos
com l' au y com lo vent,
com los sospirs dels àngels,
com l' huracà farest,
com los cants de las verges,
com los crits dels torrents
y com lo mar que brama,
y com la veu dels vells,
y com lo nin qu' encara
no s' ha mogut del bres,
y com l' espay que trona,
y com lo cor que sent;
pus tot lo que puríssim
brolla del mon y 'ls sers,
naix sols pera cantarvos,
Verge de las Mercés.

—
Pelegrinet que lluytas
ab lo pesar fa temps,
que sense pau sospiras,
que anyoras lo plaher,
que signas tas petjadas
ab llàgrimas de fel,

que cercas dolça mina
per apagar ta set,
pelegrinet que 't cansas,
javant, pobre cor meu!
Si 't perts en tanta fosca,
esguarda envers lo cel,
que ¡be de llum escampan
los ulls sempre serens
d' Aquella qu' es la Mare
Verge de las Mercés!

—
Tot sol estich, María,
com destrossat vaixell
perdut per las onadas,
arrebassat pel vent.
Las onas de la pena
alsan prop meu sos plechs;
si l' un es com montanya,
l' altre es com l' univers.
Ja sos bramuls ns' axordan,
ja 'm va cobrint son gel;
si no ix la blanca lluna,
sepulcre 'm darán prest.
¡Estel del mar, serena
ma tempestat crudel!
¡una mercé donaume,
Verge de las Mercés!

—
Voldria, Mare meva,
essent á vostres peus,
tornarme en armonia
millor que la del cel.
Llavors mon cor, ma pensa,
m' ànima, tot mon ser,
serian notas puras
d' un cant hermós, etern.
Llavors me 'n aniria
del mon al firmament,
de un esperit á l' altre,
deixant en tot arreu

per sol ressó, Maria,
lo vostre Nom beneyt;
llavors ningú fora orfe,
Verge de las Mercés.

—
Santa oració qu' escampas
per tot lo mon tos vels,
que en lo Calvari un dia
brollares de la creu,
que per los circhs de Roma
llansares ton encens
y de la sanch del martres
ne feyas ton joyell
y tas eternas alas
batias pels deserts,
devalla y ab tos llavis
obra per sempre 'ls meus.
Dóna 'm ta veu mes pura
y ta mes dolça veu
per di 'l Nom de la Mare
Verge de las Mercés.

—
Font de pureza, Reina
de terra y mar y cel,
Estela enlluernadora
del esperit pervers,
Dolça, Primera Esencia
de pa, d' amor, de bé,
Mare dels que no 'n tenen,
auba del jorn etern,
per Vos la primavera
te rosas y te aucells,
per Vos lo mar sospira,
per Vos sospira 'l vent,
y 'l trovador que canta
troba millor sa veu
quant vostre Nom mormora,
Verge de las Mercés!

SSK

A LA VERGE DE LA MERCET.

ROMANÇ

PER

D. JOAN BAPTISTE PASTOR AICART.

Salve, Mater Misericordiae

I.

Non ab lliris é açucenas
Ma viola festonaré
E los sospirs de la briça
Repetirá lo cant meu.
Non en les daurades ales
De los mistichs angelets
De mes cobles l' armonia
E la dolçor cercaré.
Non en los trists mots de l' aura
Que gемеca en los vergels,
Ni en la grata y dolça música
De la font que naix riguent.
Jo he de volar á inspirarme
Del Senyor fins lo dosé;
Jo pa cantá glories santes
Per ell inspirat vullg ser.
Non enveja lo dolç tri
De lo revoltós aucell
E lo sospirar melódich
Entre les flors de lo vent.

Non lo rialler mormurar
 De les nits de lo Maig beyl,
 E de les marines ones
 Lo sentit clamor inmens.
 Pobre vat ab trista viola
 Que l' armonia pergué;
 Sens inspiració en lo mon
 Si aparte los ulls de Deu:
 Semes ja de mes ensomits
 Les flors é lo cor ja fred
 Sens il-lusions enciseres
 Que ab sa trista pergué;
 ¿A qui alçaré avuy los ulls
 Pera que inspire ma veu
 Si á lo Senyor no los alce
 Que dona 'l meu pit la fé?
 Ell ab los raigs de sa glória
 Illuminará ma ment.
 E á la Vergé del cel Reyna,
 Jo ab ma viola cantaré.
 ¿Podrán las flors inspirarme
 Ab son perfum enciser
 Que ab ales negres las roba
 Del estiu lo cálit vent?
 ¿Podrán los aus que se moren
 Entre lo brancatje sec
 Dels abres que cremá el rayo
 Ab son infernal alé?
 ¿Podrá lo riu que s' eixampla
 E anega lo vall estret
 E las serras que l' encloçen
 Saltá ab fort bram bromeger?
 ¿Podrá l' huracá furiós
 Que ab estrepitos gemech
 S' emporta las negras boiras
 Que amaneixen en l' orient?
 ¿Astrug si la Verge meua
 La Verge de la Mercet,
 Ab sos auris raigs de glória
 Inflama la meua ment!

Jo la cantaré ab mes cobles
 De lo mon lo vert rosér
 E tremolan la senyera
 Del amor la cantaré.
 Leixaré á sos peus garlandas
 Que teixí lo amor mes ver
 E son front ab blanques roses
 E lliris blanchs orlaré.
 Robaré una lira als àngels
 E á los serafins la veu;
 E plé d' ininspiració santa
 Cobles dolçes la diré.
 Si al finar de ma carrera
 Negre lo pervindre veig,
 E lo cor sospira indómit
 Per los del mon vans plaers
 Jo á sos peus leixaré el arpa
 Que ses glories li digué,
 E ab plorosa melentjia
 Las dos mans alçaré á Deu.

II.

Ja no es Espanya ferosa,
 Com jo sempre la hé cantá;
 Ja ses flórs no son tan beyles,
 E son pur cel nos, tan blau.
 Lo moro vingut del África
 Estremordint tot lo espay,
 La fé de lo cel li roba
 Trono, rey é llibertat.
 Un altra relitjó impúdica
 Que á lo crim dona son plan,
 Sota l' arcada cristiana
 Alça son rústich altar.
 La castellana senyera
 Fuig de los moros devant;
 Los cristians tots, per las serras
 De Asturies vagan sens pau.
 Entre crevillades penyes

Que la centella ha esvinsat
 Guarda sa corona Espanya
 E la fè que Deu li dá.
 Ja no pot viure com sempre;
 Puis mols de sons fills cristians
 Pesada cadena arrastren
 En los castells dels alarbs.
 Ja en ses palaus no s' escolta
 La cántiga del juglar,
 E no 's vehuen en ses torres
 Las flámulas onejant.
 La relitjó está amagada,
 La sabiesa non renaix,
 Dormida la valentia
 E morta la llibertat.
 Mes non los olvida el cel,
 Non olvida á los cristians;
 E la Verge sempre pura
 Tampoc los pot olvidar.
 Non consolará á los lliures
 Que sa fé conquestarán,
 Consolará á los cautius
 Que estan llunt de ses altars.
 Ella á Pere de Nolasco
 E á Raymundo son company
 S' apareix, é al rey En Jaume
 El primer, qu' es bon cristia.
 Los demana fundadors
 De altra orde que á ella plau;
 Orde que de la Mercet.
 Segons se diu, se dirá.
 Ja está fundada la orde;
 Ja los mercenaris van
 Demanant la santa almoyna
 Que als cautius ha de comprar.
 Ho juraren y ho cumplixen,
 Que ab son cor lo ver jur fan;
 E á los castells de los moros
 Van á comprar llibertat.
 Cautius qu' en lo fons ombrívol

De los castells musulmans,
 Ab grills de ferro é cadenes
 Morien ab trist esglay;
 Vostra mare qu' es la nostra
 De vosaltres s' apiadat,
 E ab lo nom de la Mercet
 Vostra patrona será.
 Los bons Nolasco é Raymund
 En vostre pur cor viurant;
 E cuant s' en vagen al cel
 Ja vos donarán la má.
 Espanya, pátria adorada,
 Leyxa d' Asturies los camps,
 E seguix al rey En Jaume
 Qu' es de ta gloria el gegant.
 Ja á tes garrits ballesters
 Por la masmorra no fá;
 Puis saben ells que la Verge
 De la Mercet es son fat.
 Com la tempesta ruidosa
 Que dona vent á la mar,
 E sembla que al mon revifa
 Ab ses forces é ab llurs brams;
 Aixi ta indómata furia
 Emporégue á los alárbs,
 E á los torrits deserts tornen,
 E á llurs ferestechs aduars.

III.

Barcelona, Barcelona,
 Perla daurá d' Aragó,
 Castell senyorial de glónies
 E pátria de trovadors,
 Escolta de una bandola
 Las angoixosas cansons,
 E cinyeixla d' englantinas
 E de flors de mil colors
 Malhurat cante mas cobles
 Ab dolenta inspiració;

Malhurat no vull cantarte
 De l'alegria en lo jorn.
 Gaya ferosa é riallera
 Com la nina del Senyor,
 Non mereixes cobles tristes;
 Dolentes esparces, non;
 Mereixes música dolça
 E cent cántigas millors,
 Música pa mi n'ouida
 E que no comprega 'l mon.
 Non á cantarte ot història
 Que ha omplit ja los àmbits tots
 Vaig en mes místiques cobles;
 Altra cosa 't cante jó.
 Tu tens fermós un gran temple
 Y en ell un altar fermós;
 Y en eixe altar una Imátje
 Qu' es la mare del Senyor.
 Eixa Imátje es ta patrona,
 Es la patrona de tots;
 E mare de la Mercet
 La dius ab santa oració.
 Es patrona dels cautijs
 Qu' esclaus en lo moro son;
 E patrona dels cautijs
 De lo pecat infamós.
 Non á cantar vaig sa historia
 Puis la saps millor que jo;
 Tan sols vaig á recordarte
 Ton son poder protector.
 Tú á sa capella t'acostes
 Ab sentiment relitjós,
 E la má drete li beçes
 Puis no pots besarli l' front.
 Portes alli á tons petits,
 E demanes al Senyor
 Qu' els aparte 'n sa infantea
 De les misèries del mon.
 Lo sient ab veu tremolosa
 Li dirixis sa oració;

E lo niu riguent la mira
 Entre dolçes il·lucions.
 La nina li fá coronas
 Ab les flors del prat verdós;
 E lo juglar ab sa llira
 Li canta dolçes cansons.
 Barcelona queda trista
 Si no la veu cada jorn;
 Son cel es nuvola negra,
 E lo vent brama paorós.
 Si la plutja desitjada
 No dona á los camps saó,
 E pert el abre ses fulles
 Que arrastra el vent com la pols.
 Si la pesta ab negres ales
 Que semblen muda tristor
 Revola en lo blau espay
 Hont brama lo vent furiós;
 Si la guerra ab sang é llágrimes
 Forma en tes jardins trist golf;
 E la fam tóca á tes portes,
 Com lo pobre á lo maysó;
 Si les groguénques llangostes
 Ab apinats escuadrons
 Los fruits de llurs valls fermosos
 Li roben al llaurador;
 Tu á sos peus agenollada
 Demanes sa bendició,
 E fuix al punt fam é guerra,
 Pestes, llangostés é tot.
 Ella don' als nins purea,
 E á la joventud honor
 E á los siens de cabell blanc
 Pau pa lo cor congoixós.
 Dona á lo malalt alivio,
 E al que se pert en lo mon
 Raere il·lucions falagueres
 Dona quietut ab s' amor.
 Lo naucher la diu sa mare
 E la demana socós,

Cuan sa nau espentolada
Se fá troços en l' escoll.
Lo soldat que vá á la guerra
Li diu á la Verge Adios;
Adios li diu el qu' enclosa
Los ulls ab agut dolor.
Lo nafrat espera en ella
Cuant s' aparta d' este mon;
Los juglars la beneixen,
E los jovens trovadors.
Barcelona, Barcelona,
Perla daurá d' Aragó;
Vist tes palans ab garlandas,
E tes torres ab florons.
Digueslos als aus daurats
Que canten en la verdor,
Que vinguen fins la capella
De la Verge que hu es tot.
Seu lo vent en s' armonia
Vole en la beyla blavor,
E les ones en rengleras,
Beçen lo temple famós.
Cante natura ferrosa
Ab encisera cansó
Les mercets de la que 's Mare,
E dona mercets á tots.
Fills honrats de Barcelona
E amants de la relitjó,
Agenolleuse á sos peus
E demaneuli valor.
Jo mentres tant ab ma viola
E ab sentiment relitjós
Publicaré ses grandees
E ses glories per lo mon.
¡Astrug si també les cante
En lo temple del Senyor!
¡Astrug s' inspira ma viola
La ment del que hu ha fet tot!

725k

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

LIGERA RESEÑA HISTÓRICA

del instituto religioso de este nombre

POR

D. PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.

Tu exurgens misereberis Sion: quia
tempus miserendi ejus, quia venit
tempus. *Psat 137. v. 14.*

Entre los muchos y brillantes títulos de gloria de que puede enorgullecerse la arrogante ciudad de los condes, descuella en primer lugar la fundacion de la célebre orden de la Merced. Sorprendente y maravillosa es la historia de esta religion grande; de esta religion que ha sabido estenderse á los mas remotos climas; de esta religion que dió tantos héroes en el campo de batalla, tantos mártires en las luchas con el error. Veamos sino á grandes rasgos esta historia, y podremos admirar singulares hechos.

Los hijos del desierto miraban, acorralados dentro sus murallas por la bravura de los bizarros españoles, como se iba mermando su dominio; miraban sus moriscas medias lunas pisadas en la sangrienta lid, y por fin contemplaban con dolor que el astro del Guadalete iba perdiendo su brillo eclipsado por los rayos de un astro que despuntaba refulgente en el horizonte del porvenir; el astro de Granada.

Impotentes en el campo de batalla, los sarracenos desahogaban su furor abrumando á sus cautivos con los tormentos mas atroces que podia inspirarles su fantasia exaltada por una desmedida sed de venganza.

Muchos eran los cristianos que por esquivar aquellos terribles castigos renegaban de sus creencias y queriendo salvar el cuerpo perdian el alma.

Aquellos ayes que se escapaban del fondo de las mazmorras debian llegar al corazon de Maria. Porque ¿cómo permanecer insensible á tanto dolor Ella, la muger compasiva por excelencia, Ella la amorosa madre del que gime? Maria quiso poner coto á tan grave mal, y lo puso. Veamos como.

La victoriosa diestra de Jaime I (cuyas heroicas proezas le grangearon el renombre de conquistador) empuñaba el cetro de Aragon y Cataluña. En su corte espléndida y nobilísima, halló Maria quien era capaz de ahogar los gemidos de los infelices esclavos.

Pedro Nolasco, noble caballero que en el año de 1189 nació en el Langüedoc, tenia una alma llena de las virtudes mas santas. Una caridad sublime le guiaba en todos sus actos, en todos sus pensamientos. No bien supo los martirios con que eran afligidos los cristianos que estaban bajo el poder de los moros, una tristeza y un malestar indefinibles asaltaban á su corazon, de modo que no halló reposo hasta que obtenida la venia del Rey y habiendo recogido cuanto oro y joyas poseia, partió á Valencia y arrancó del poder de los infieles trescientos cristianos.

Los trabajos y dolores de los que aun quedaban cargados de cadenas, dejaron honda impresion en su ánimo, hasta tanto que movióle su caridad á plantear una congregacion con el objeto de redimir cautivos, congregacion que fundada por Alfonso II en 1190 entonces estaba casi olvidada.

Á este fin habiendo exhortado á varios piadosos caballeros, formó la congregacion bajo el titulo de Ntra. Sra. de la Misericordia. Tan feliz éxito coronó su empresa que mereció el favor del mismo Rey y la cooperacion de los mas nobles caballeros del reino. Grandes é innumerables fueron los servicios que pudo esta congregacion prestar á Cataluña y muy particularmente en el aciago año de 1206 mientras el hambre se cebaba en la ciudad de los condes. Los piadosos hechos que realizaron en este año movieron á Inocencio III á conceder á los congregantes numerosas indulgencias.

Nolasco en tanto continuaba arrancando de la esclavitud á una muchedumbre de infelices. Maria, empero, queria mas, y Nolasco estaba pronto para los mas heroicos sacrificios. Cuando he aquí que en la noche de 1.º de Agos-

to del año de 1218, estando pidiendo al cielo Nolasco que aminorase los padecimientos de los que estaban cautivos en tierra de moros, entre vislumbres de majestad y gloria aparecióse Maria vestida de blanco, acompañada de S. Pedro, Santiago y los patronos de Barcelona, anunciándole ser voluntad de su divino hijo el que fundase una religion redentora de los esclavos, con sacrificio de la libertad y hasta de la vida en caso necesario. Lleno de asombro Nolasco fué á consultar tan portentosa vision con su confesor Raymundo de Peñafort, quien le contestó que él tambien habia logrado favor tan insigne. A vista de tanto milagro no admitió dilacion el celo de estos santos varones; mas conocieron que para llevar á cabo un plan de tal naturaleza se haria necesaria la proteccion del Rey D. Jaime.

Maravillados quedaron cuando al dar cuenta á este de la peregrina vision, les dijo que él tambien la habia tenido. Prometiéndoles todo el valimiento de su autoridad real, empeñándose para la institucion de la órden en obtener el permiso del obispo D. Berenguer de Palou. Mas como prohibiese el concilio de Letran, el establecimiento de órden relijiosa alguna sin el consentimiento del Papa, hubo de encontrar el Rey alguna resistencia en el ánimo del Obispo. Por último, convencido este de las grandes utilidades que reportaria tan piadosa institucion apelóse á un indulto que Gregorio VII y Urbano II habian concedido al rey Sancho para él y sus sucesores para que pudiesen en sus dominios fundar monasterios, órdenes religiosas &c. sin necesidad de consultar á la Santa Sede. Entonces solo se pensó en designar el dia en que debia tener lugar la institucion de la órden, quedando acordado que este seria el 10 de Agosto.

Llegó por fin. Empezó el acto con una procesion á la que concurrieron con el Rey los concellerses, el cabildo y la nobleza. Dirijiéronse á la catedral llamada de Santa Cruz de Jerusalem donde el obispo celebró de pontifical en medio de una numerosa concurrencia. En el ofertorio subió Raymundo al púlpito donde habló de la misericordia de Maria é hizo ver el santo origen de la religion que se iba á fundar. Concluido el panegírico tomó el escapulario que en una rica mesa estaba prevenido, y en union del obispo y de D. Jaime que se hallaba revestido de las insignias reales invistieron con él á Nolasco que de rodillas y con humildad lo recibió. A los tres solemnes votos que todas las religiones tienen añadió el cuarto de rescatar cautivos y quedar por ellos en rehenes dado que necesidad hubiese. Hay quien dice que fueron dos no mas los caballeros que en

aquel día vistieron el santo hábito; y otros aseguran que se contaron catorce y dicen ser los siguientes: Pedro Nolasco, Guillen de Bas, Bernardo de Corbera, Arnaldo de Carcasona, Ramon de Montolin, Ramon de Moncada, Pedro Guillen de Cervelló, Domingo de Ossó, Ramon de Villetret, Guillen de S. Julian, Hugo de Mataplana, Bernardo Scorna, Ponce de Solanes, y Ramon de Blanes.

El Rey hizo que los mercenarios llevaran sobre el escapulario el escudo de las armas de Aragon, á las que añadió Pedro Nolasco la cruz blanca que se ostenta en el escudo de la catedral.

Era el hábito militar de los mercenarios blanco, porque blanco era el vestido de la Virgen cuando se apareció á Nolasco. Dicho vestido consistia en una camisa de lan, jubon de lo mismo, túnica de lana tambien á la manera de sayo con mangas cortas y estrechas llegando sus faldas á media pierna, una gonela ceñia el sayo. Sujeto al sayo y gonela al rededor de la cintura un talabarte del que pendia la espada abrazando el escapulario. Llevaban una capa como feruero que, escepto en las funciones religiosas que se cubria con manto talar prendido arriba con cordones, siempre llevaban. En la cabeza pelo solo hasta las sienes como solidez y en la cara bigote y barba redonda. Sus estatutos solo les dejaban un caballo para montar. Como que el Rey habia sacado de la congregacion de la Misericordia guerreros esforzados, hizo prevenir en un estatuto que los mercenarios debian ser laicos, mas á petición de Nolasco se admitieron algun tiempo despues sacerdotes. Estos vestian sotana blanca con escapulario y capa. Regianse por un prior general militar cuya jurisdiccion llegaba sobre todo lo temporal, que lo espiritual era jurisdiccion de otro prior.

En 10 de Agosto mismo dotó D. Jaime á la religion de la Merced de la privativa de redencion en todos sus dominios. Les cedió para convento una parte de su palacio mientras se iba á construir un edificio para habitacion suya. Construyóse este exetramuros al medio día de la ciudad, habiéndoles cedido el terreno su dueño D. Ramon de Plegamans quien levantó á costas suyas la casa é iglesia que bajo la advocacion de Sta. Eulalia sirvió de hospital para los necesitados. Concluyóse por los años de 1230 á 34. Adornó el rey la capilla con preciosos ornamentos y alhajas de mucho valor. En cuanto á la orden la dotó con muchas rentas de su real patrimonio y juro antiguos. En el citado convento se le construyó una habitacion espresa en la que no solo él si que muchos de los reyes sus sucesores la habitaron por mero recreo.

Nolasco en tanto no descuidaba el ejercicio de su esquisita caridad. En un viaje, que hizo á Valencia y á Granada logró rescatar cuatrocientos infelices cautivos.

Tal caridad y tantos actos de abnegacion acompañados con el influjo de Peñafort lograron de Gregorio IX en 1230 la confirmacion de la orden que aunque la habia aprobado Honorio III habia sido solo de viva voz y esto no dejaba satisfecho á Nolasco.

Como quiera que los mercenarios se rigiesen por los estatutos que les habia ordenado S. Raymundo de Peñafort y desease S. Pedro Nolasco que su religion viviese conforme á las reglas de una de las religiones aprobadas por la iglesia, envió en 1235 á S. Ramon Nonat con carácter de procurador general de la orden para obtener de Gregorio IX lo que tanto anhelaba. Despachado conforme á lo que se prometia quedó S. Ramon Nonat, pues en Enero de 1235 Gregorio en Perusa confirmó á la orden de la Merced bajo la regla de S. Agustin en la bula «*devotionis vestree precibus.*»

Recibida la bula S. Pedro Nolasco hizo que los religiosos residentes en Barcelona pasasen á nueva profesion, haciendo voto de guardar la regla de S. Agustin; y dos años despues hizo venir á los que andaban esparcidos por otros lugares para que hiciesen el voto de cumplir lo que prescriben los estatutos de la regla de S. Agustin.

Habiendo D. Jaime el conquistador ganado á Valencia ayudado por los Mercenarios dió á la orden una mezquita con las casas inmediatas donde se edificó un convento que tomó el nombre de Ntra. Sra. del Puig.

Habíase S. Pedro Nolasco servido hasta el año 1249 del hospital de Sta. Eulalia para los oficios divinos cuando obtuvo del Obispo poder para erigir este oratorio en iglesia pública dedicada á la Virgen y á Sta. Eulalia. Mas por su poca capacidad, atendido el numeroso concurso de fieles, el Rey fundó un templo de gusto gótico haciendo que comunicase con el convento por unos arcos como los que hoy dia existen en la calle de la Merced.

Murió Nolasco despues de haber hecho renuncia de todas sus dignidades en la noche de Navidad año de 1256. Urbano VIII lo canonizó en 1628.

Sucedióle Guillen de Bas á quien nombró el Rey de Aragon baron de Algar con facultad de votar en las cortes del Reino donde ocupaban el puesto despues de los obispos y antes que los abades y caballeros. Estas prerogativas quedaron inherentes al generalato. Nolasco habia rescatado como particular mas de 2000 esclavos y siendo general 5104. Guillen de Bas durante su gobierno hizo subir á 1400 las

víctimas que arrancó de las cadenas de los infieles. Empezó á desempeñar el cargo de general en 1260 Bernardino de S. Roman. Este hizo recoger en un volumen todas las ordenanzas fijadas en los capítulos generales y mandó que se observasen en forma de constituciones en todos los conventos. Las crónicas de su tiempo cuentan mas de 700 rescates mientras su gobierno. Entró por su muerte á sucederle Guillen de Bas que pasa confundido con el segundo maestre por la igualdad de nombre.

Durante el generalato del sucesor de este, Pedro de Amer, murió el príncipe D. Sancho hijo de D. Jaime que habia recibido el hábito de manos de S. Pedro. Dió este general libertad á 2316 esclavos. Murió en 1301 despues de haber gobernado la órden por espacio de 30 años.

Apenas hubo este general muerto, cuando entró la disunion en los mercenarios con motivo de la eleccion de sucesor. Querian unos, y eran los residentes en Barcelona, que este fuese sacerdote: insistian otros, y eran los del convento de Valencia, en que debia ser laico. Estos últimos á pesar de la prohibicion del prior general fray Guillen de Isona convocaron para nuevas elecciones, resultando vencedor Arnaldo de Amer. Los de Barcelona no se avinieron á pasar por aquellas elecciones y convocaron capítulo eligiendo á fray Pedro Formica en 18 octubre 1301. Sabedores los de Valencia de lo que habian llevado á cabo los de Barcelona acudieron al Papa. Asi las cosas, muere fray Pedro Formica en 25 Marzo 1302. Tenaces los de Barcelona, persistieron en no querer reconocer á Arnaldo de Amer y volviendo á nuevas elecciones recayeron estas en fray Ramon Albert. Muy adelante habrían llegado estas desavenencias á no intervenir el Rey y Bonifacio VIII confiriendo el poder al de Amer. Dícese que fueron 590 los rescates que se llevaron á cabo durante su gobierno. No habian muerto las desavenencias entre los mercenarios sino en apariencia, pues apenas murió Amer cuando cundieron con mas entusiasmo y terquedad. En efecto; los sacerdotes reelijieron á Albert, y los laicos elijieron á Arnaldo Rosinyol. El Papa Clemente V creyó conveniente en 1308 anular la eleccion del último, alegando no ser canónico; pero estableciéndole comendador general de toda la órden. La bula que tal ordenaba añadia que en adelante el general debia ser sacerdote residiendo en él el poder espiritual. Se redimieron por este tiempo 2000 esclavos. Juan XXII nombró á 17 noviembre 1317 á Raimundo Alberti puesto que parecia que volvian á germinar las pasadas divisiones; por esto y por haber impuesto silencio á los caballeros fué que disgustados mu-

chisimos pasaron á la órden de Montesa. Sacó Alberti de las mazmorras 1330 esclavos.

Por no permitirlo la concesion á que debo ceñirme no pasaré nombrando todos los generales uno por uno. Baste solo hacer constar que España desde el siglo 2.º de la órden hasta principios del actual cuenta 71000 cautivos rescatados la mayor parte por los mercenarios catalanes. No merece tampoco que se pase por alto la historia de la reforma de esta órden. Tratemos de ella brevemente.

Hallábase al frente de la órden mercenaria el padre Alfonso de Monzoy cuando se llevó á cabo la reforma de ella.

Monzoy destinó 7 conventos para los que desearan vivir con mas estrechez, bajo condicion de no mudar de traje y estar sujetos á sus superiores. El padre Juan Bautista Gonzalez escojido que era para jefe se retiró á establecer la observancia á uno de los conventos de Castilla. Mas todo el fervor de este religioso solo sirvió para granjearle una calumnia que le llevó desterrado á un monasterio de Asturias. Púsose él bajo la proteccion de la condesa de Castellar la cual fundó dos conventos en sus tierras. Mas como el general no concediese licencia para tales fundaciones se dirigió la condesa á Clemente VIII que le acordó dos breves dando licencia para fundar los pretendidos dos conventos. La condesa fundó uno cerca de Sevilla y otro cerca de Cadiz.

Satirizados y mucho fueron los mercenarios descalzos por los no reformados mas todo esto no impidió que aumentasen aquellos tanto que se hizo necesaria la fábrica de un tercer convento.

No bastaron tampoco tres conventos y en muy poco tiempo se alzaron hasta doce. La Sicilia tambien pudo contar en su seno mercenarios descalzos.

El traje de los reformados era como el de los carmelitas solo que su capa era mas larga y llevaban el escudo de la merced y las sandalias como los capuchinos.

Paulo V. en 1606 aprobó la reforma. Gregorio XV en 1621 la separó de la gran observancia.

Tambien en 1568 hubo en Sevilla religiosas claustradas de esta reforma.

Los religiosos de la Merced sostuvieron andando el tiempo un ruidosísimo pleito. Fué así.

Habiendo un general mercenario dirigido al Rey un memorial suplicándole se dignase declarar que la órden de la Merced era de su real patronato húbose de levantar la de la Trinidad haciendo constar que la peticion era injusta, originándose de aquí gravísimos escándalos.

Al narrar este hecho un escritor contemporáneo nuestro

no puede menos de exclamar: «Es triste, es sensible, es desconsolador hallar estas maachas en la historia de los que solo debian pensar en orar, en sacrificarse, en redimir cautivos, en ganar la gloria eterna por el camino de la penitencia..» Y tiene razon.

La mano destructora del tiempo que todo lo trastorna y el escesivo aumento de fieles hicieron necesario otro edificio para iglesia de la orden. Carlos III declaróse protector de la obra, y el capitán general de Cataluña Marqués de la Mina el 25 de Abril de 1765 delegado por S. M. puso la primera piedra del nuevo templo. Colócese en la parte del altar mayor. En ella se esculpieron los escudos de armas del Rey, del marqués de la Mina, de la ciudad de Barcelona, del Obispo y del convento, con la siguiente inscripcion.

D. O. M.

Pro egregia sua in Deum pietate, paternoque amore erga regalem militarem ordinem B. Mariæ Virginis de Mercede Redemp. capt. Carolus III Hispaniarum rex pius, felix. augustus. Jacobi I Aragonum regis emulatus exemplum per exc. Marquionem minensem D. D. Jacobum Michaelem de Guzman, Catalonice prætorem summumque regionum exercituum imperatorem in fundamenta novi templi cœnobio Barcin. omnium ejusdem ord. antiquissimi, in honorem B. Virg. et Mart. Eulaliæ Barcinonensis divince matris cujus celestis et oppido pulcherrima imago ei visitur, iterum dedicandi sollempni ritu regioque adparatu hunc primum lapidem una cum perito D. D. Josepho Nadal canónico à Barc. capitulo deputato Benedicente, jecit VIII Kalend. Maias anno Christi MDCCCLXV à Barcinone condita M.M.M. CCXLIII à gloriosa descensione B. Mariæ in hanc urbem ad nostri ord. fund. D. XLVII, à felici obitu D. Petri Nolasci in eadem hac civitate D. IX Clementis XIII Pont. Max. VII. ejusdem Caroli hisp. regis VI, Barcinonensi episcopo illmo. D. D. Assensio de Sales, totius ord. de Mercede generali magistro exc. D. ac Revmo. Patre Fr. Basilio Gil, de Bernabé, Aragon. provincie moderatore, R. P. M. Fr. Josepho Torre Barcinon. domus priore, R. P. Praes. Antonio Marti, plaudentibus et gratulantibus universæ civitatis ordinibus.

Bendijo el templo en 1775 por disposicion del cabildo Juan de Marimon, asistido de Plácido de Montoliu y José de Garriga Canónigos.

La fachada del templo es de silleria y tiene tres puertas. Dos son las órdenes de arquitectura de que se compone; corintio en las puertas y en el cuerpo que descansa la principal, y jónico en el resto. Sobre las puertas hay inscripciones. La del centro en mármol blanco tiene la siguiente: *En signum magnum: que enim in cælo mulier amicta solæ et stellis ornata, calcatura lunam in utero habens, ipsamet prolem ham redemptorum paritura, Barcinonem elegit; descendit, perperitque IV nonas aug. anno domini MCCXVIII. Felix Barcino! sic enim Maria facta est tibi concivis, patrona, mater; sic et universo orbi amplissima merces.*

En la puerta de la derecha campea la siguiente leyenda: *Venite, adorate ubi steterunt pedes ejus Ps. 131.* La de la izquierda muestra por divisa el psalmo 147 diciendo: *Venite, non fecit taliter omni nationi.*

Dos son las pilastras que levantándose á los lados de la puerta principal sostienen dos jarros. En el remate del centro se alza una cruz de piedra. El templo es de una sola nave espaciosa y bella. Las ocho capillas de que se compone el templo se comunican por bóvedas que se abren en sus costados. Á ambos lados de la iglesia corren unas hermosas tribunas que tienen comunicacion con el coro. La arquitectura del edificio es compuesta. Véanse pilastras corintias, cornisa y capiteles ornados de follajes elegantes. Dos grandes altares se encuentran en el crucero, en medio del cual se eleva una cúpula de proporcionadas dimensiones. Era el altar mayor solo provisional figurando en pintura el mármol y el jaspe y levantado á espensas de un devoto cuando se dió en 1794 comienzo al actual. Este forma un cascaron de hermosos mármoles. En un camarín hay la Virgen que segun fama es la misma que S. Pedro Nolasco espuso á la veneracion de los fieles. Esta preciosa imájen está sentada en una silla primorosa esculpida á lo antiguo. Blanco y colorado es su rostro que posee un perfil encantador. Destrenzada su hermosísima cabellera le cae sobre las espaldas y una cinta tan solo aprisiona aquellos cabellos á raiz del cuello. Vestido y calzado revelan un corte de antigüedad. Risueño y afable se muestra su divino hijo que sostiene con la diestra el globo del mundo. En el camarín en que se halla espuesta la Virgen vense hermosas pinturas y se muestran las alhajas y vestidos con que el fervor de los devotos cristianos ha enriquecido á esta divina señora. Entre los ex-votos que manifiestan la proteccion que en todos tiempos ha dispensado

Maria á sus devotos merece especial mencion el que ofreció la municipalidad de Barcelona á Maria por haberse dignado ahuyentar la terrible plaga de la langosta que en 1687 asolaba, los campos de los honrados catalanes. Muchos son los portentos que de la Virgen de la Merced se cuentan.

Es fama que estando á pique de zozobrar una nao que conducia religiosos que iban á rescatar esclavos del dominio de los infieles, unos ángeles trasportaron la imágen de la Virgen á alta mar, y apenas las olas entumecidas rozaron sus aguas con el vestido de Maria apaciguaron su furor. Testimonio de este milagro fué el encontrar rociado el manto de la Virgen. En 1680 alcanzó el pueblo barcelonés de ella fecunda lluvia cuando sus campos áridos y secos les iban á negar sus anuales frutos. En 1682 apartó tambien la terribilísima plaga de la peste que mermaba desapiadadamente los hijos de Cataluña.

En 1804 fundóse un conservatorio de música. Dábase morada independiente de la comunidad á cinco jóvenes y los mantenía *grátis*. Los demás debian satisfacer su cuota por la manutencion. Un docto religioso era el que estaba encargado de su direccion.

Muchísimos privilegios y mercedes han concedido siempre los reyes y los papas á esta piadosa religion. Entre muchísimos se cuentan los siguientes; Jaime I hizo real á la capilla de la Merced y á sus religiosos capellanes rejos. Alfonso en 1290 la eximió de ciertos derechos reales. En 1292 Jaime II ordenó que su real tesoreria cubriese los gastos que ocasionara la capilla. En 1343 Pedro IV favoreció mucho á la orden; dando prueba de su gran devocion en un despacho real; año de 1359. D. Juan I en 1381, como se ocupasen cuantos albañiles se hallaban para ciertos reparos públicos que se habian hecho urgentes, prohibió el estorbar en sus trabajos á los operarios de la Merced. Y Alfonso el sabio ya habia algun tiempo despues (1424) juntado la real capilla de su palacio mayor de Barcelona con sus rentas y emolumentos á la cámara de Maria, asi como en 1441 este mismo rey habia hecho á la orden exenta de lo que disponia un general decreto, alegando ser de su patrocinio real. D. Juan II en despacho de 5 Setiembre de 1477 declaróse como lo habia hecho D. Juan I en otro despacho fechado en 10 de Abril de 1388 protector y padre de la orden, siendo los religiosos sus hijos adoptivos. Felipe III hizo donacion á la orden de sus rentas de Agramonte por muchos años en 1612. Felipe IV franqueóle una crecida suma en 1622. Carlos II honró á los generales mercenarios, siendo el primero en gozar de tal preeminencia José Navarro, con título

de grandes de España de 1.^a clase en 25 Febrero del año de gracia 1699.

Por los años de 1245. á 20 Abril, en Leon de Francia Inocencio IV en bula «*Religiosam vitam*» la hizo orden libre de la jurisdiccion ordinaria, otorgándole asi mismo muchos privilegios. Clemente IV concedió gran número de indulgencias á todos los que cooperasen á la fábrica de la capilla, en 1267 á 1.^o de Noviembre. Clemente VIII en bula «*Infirma cævi conditio*» á 20 Abril 1592 confirmóle la absolucion general que daba al pueblo en dias de ceniza, jueves santo y Sta. Catalina. Mas tarde, á 24 abril 1601, en bula «*Cum nos alias*» fechada en Roma, estendió esta gracia al dia de S. Antonio abad y al de S. Lorenzo.

Urbano VIII en bula «*Cum sicut*» á 26 de enero año del Señor 1638, la estendió tambien al dia de S. Pedro Nolasco. A las vivas instancias del Rey Carlos II concedió Inocencio XI en 1679 el rezo mayor al celebrar la iglesia española el descenso de la Virgen. Alejandro VIII en bula «*Inscrutabilis sapientie arcanor*» á 26 de Julio de 1690 concedió á los mercenarios muchos privilegios. A 22 Abril de 1696 Inocencio XII decretó que en toda la iglesia se celebrase la fiesta de la Merced con rito doble de precepto. Esta noticia recibida en Barcelona con singulares muestras de júbilo, dió motivo á unas fiestas que duraron nueve dias. Mandó este pontífice á toda la iglesia que se celebrase á 24 de setiembre la fiesta de la Merced, habiendo Paulo V, aquel papa que en la célebre bula «*Inter omnes vitæ regularis ordines*» proclamó á Maria fundadora del orden de redencion de cautivos, instituido la fiesta de la aparicion de Maria para que se celebrase en la dominica cercana á las kalendas de Agosto; asi como tambien Inocencio X habia ya aumentado el culto concediendo para el rezo, oracion y lecciones propias en el segundo nocturno á todos los dominios del Monarca.

Tal es la historia de la religion de la Merced y tales los privilegios que tantos reyes y papas han consignado á su capilla.

Réstanos solo añadir, que despues de la catástrofe de Julio del año 1835, año que en las páginas de la historia se encuentra escrito con caracteres de fuego, el convento de los mercenarios sirvió para cuartel de milicia nacional. Despues fué dedicado á otros usos, hasta que el Excmo. D. Manuel Breton lo transformó en palacio para el Capitan general de Cataluña.

Tal fué el fin de esta religion piadosa, de esta religion que se habia estendido á los mas remotos paises, de esta religion que fué por tanto tiempo el paño de lágrimas de la

humanidad. Ella podrá haber desaparecido de la haz de la tierra, pero ahí está la historia con su imparcial pincel para conservarla pura y brillante en sus inmortales páginas: ahí están los nombres de tantos santos, cardenales y obispos que vistieron el blanco escapulario de la Virgen para perpetuar con el prestigio de su fama, con la aureola de su gloria, el glorioso recuerdo de una orden tan admirable; y por último ahí está la Virgen, mudo pero elocuente é irrefutable testimonio de la valía de la religion mercenaria.

Impíos del mundo, dejad mientras vosotros con sarcásticas risotadas escarneceis lo mas divino que existe, dejadme á mi pobre admirador de los favores de Maria que le dedique en raptos de expansion y cariño mi angustiado corazon: dejad que deposite en ofrenda ante sus áras mi rústica y mal cortada pluma; don humilde y mezquino, ya lo sé, pero espresion de un cariño inmenso.

¡Aceptareis lo uno y lo otro, Madre mia? ¡Cuando menos el corazon!

Loor á la Virgen de la Merced!!!

ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA.

Esta Academia fué fundada en 1862, en obsequio á la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, por D. José Maria Escolá Pbro. Misionero Apostólico, en la ciudad de Lérida, y bajo los auspicios del Ilmo. Sr. Dr. D. Mariano Puigllat y Amigó, obispo de la diócesis, mereciendo desde luego la aprobacion y proteccion de casi todos los Excmos. é Ilmos. Prelados españoles, quienes han tenido á bien enriquecerla con numerosas indulgencias, y el aprecio de muchos amantes de Maria que se inscribieron en ella. El Sumo Pontífice la tomó tambien bajo su amparo y la enriqueció con muchas gracias.

Tiene por objeto publicar y propagar libros y escritos relativos únicamente á la Inmaculada Madre de Dios.

Establecida el dia 12 de Octubre, fiesta de Ntra. Sra. del Pilar, que nos recuerda la promesa de la proteccion especial de la divina Señora, cuando podemos decir que vino á tomar posesion de España, tiene esta Academia por lema: *España patrimonio de MARIA: todo para MARIA.*

Los asociados ascienden á tres mil; y los hay de todas clases, sexos y condiciones, como tambien de casi todas las provincias de España.

Todos los devotos de la Inmaculada Virgen pueden pertenecer á esta Sociedad: para escribir ó componer obras, opúsculos, discursos, sermones, poesías etc., los que puedan hacer este obsequio á nuestra purísima Madre, y todos para propagar estos escritos una vez aprobados por la Junta directiva y principalmente por la Autoridad eclesiástica de la diócesis en que se impriman.

Cada sócio contribuye con la cuota anual de doscientos reales al menos, si se ha inscrito en primera clase; y de ciento, ó de cincuenta reales tambien cada año, si lo ha hecho respectivamente en segunda ó en tercera; segun lo cual, recibe publicaciones de la Academia por el valor con que ha contribuido á ellas: pudiendo cederlas y aun venderlas, sea en beneficio propio para reintegrarse en todo ó en parte de los gastos de cooperacion, sea en beneficio de la misma Academia para aumentarle sus fondos: constituyéndose en fin un celoso propagador de escritos Marianos.

Cualquiera puede por lo dicho ser sócio académico, no so-

lo de tercera clase sino hasta de primera, aunque cuente con escasos recursos pecuniarios; así como puede serlo un colegio ó una corporacion.

La Junta directiva, cuyos miembros sirven gratuitamente, se comunica con los demás s6cios por medio de los *Anales de la Academia*, que publica para ellos solos, á fin de darles peri6dica y f6cilmente cuenta circunstanciada de los gastos y de todo lo que acontece ó se hace relativo á esta institucion.

La Academia tiene su Consejo, cuyos miembros est6n divididos en tres categorías, á saber: *Efectivos*, que nombrados por la Junta directiva, componen propiamente el Consejo: *Supernumerarios*, que son los presidentes de las Juntas locales de propagaci6n, establecidas ya en diferentes puntos de la Península: y *Honorarios* que son los vocales y Secretarios de estas mismas Juntas, y aquellos á quienes por fundadas consideraciones nombr6re tales la directiva.

Hay tambien en la Academia tres clases de s6cios de m6rito, llamados de *M6rito*, de *M6rito literario* y de *Doble m6rito*, cuyos títulos se dan correlativamente á aquellos que mas se hayan distinguido por su inter6s en la propagacion de la Sociedad, por sus escritos, ó ambas cosas á la vez.

El a6o literario y econ6mico para la Academia empieza y concluye siempre en 12 de Octubre. Por esto, aun cuando un s6cio se inscriba entre a6o, ó al fin de 6l, se considera inscrito para todo el a6o, y como tiene que satisfacer toda su cuota, así tambien recibe todas las publicaciones pertenecientes al mismo a6o.

La Academia celebra anualmente en el domingo mas inmediato despues de la festividad de Nuestra Se6ora del Pilar el aniversario de su institucion con una solemne funcion religiosa por la ma6ana, y con otra literaria por la tarde en la cual se verifica la p6blica distribucion de los premios por competencia ganados en el Cert6men po6tico, cuyos brillantes concursos, á semejanza de las antiguas Justas ó Juegos Florales, restaurados tambien en otras poblaciones, se han establecido desde 1863 para galardonar á los autores de las composiciones en que mas dignamente se celebre la conmemoracion del título ó advocacion de Nuestra Se6ora prevenido con un a6o de anticipacion, y mas latamente designado en el programa que se publica en el mes de Abril del respectivo.

Para todo lo concerniente á la Sociedad puede el que guste dirigirse á cualquiera de los se6ores que componen las Juntas locales de propagacion, cuyos nombres constan en los Anales acad6micos, ó directamente al mismo Fundador Sr. D. Jos6 Maria Escol6, Pbro. Misionero Apost6lico, L6rida.

ÍNDICE.

	Pág.
<i>Acta del Cert6men.</i>	5
<i>Discurso del Sr. Director D. Jos6 Maria Escol6.</i>	9
<i>Memoria del Vocal-Secretario D. Luis Roca.</i>	13
<i>La Virgen de la Merced y el dios del Siglo; Poema en cuatro cantos, por D. Pascual de la Calle.</i>	17
<i>Grillos y flores, Leyenda religiosa, por D. Eusebio Anglora.</i>	61
<i>El Manto de la Virgen, Leyenda religiosa, por D. Jos6 de Velilla y Rodriguez.</i>	95
<i>El Trovador de Maria, Leyenda por D. Pedro Huguet y Campañ6.</i>	119
<i>Á la Virgen de las Mercedes, Oda por D. Antonio Lopez Mu6oz.</i>	145
<i>Á la Madre de las Mercedes, Oda por D. Constantino Gil.</i>	151
<i>Á la Virgen Santísima de las Mercedes, Redentora de los Cautivos, Oda por D. Francisco de Paula Ribas y Servet.</i>	157
<i>Música de Suspiros, Poesia dedicada á Ntra. Sra. de las Mercedes, por D. Jos6 Marti y Folguera.</i>	163
<i>Á la Santísima Virgen de las Mercedes, en desagravio de las ofensas inferidas á su pureza, por D. Victoria Pe6a de Amer.</i>	169
<i>Á la Virgen de las Mercedes, por D. Pedro Palau y Gonzalez de Quijano.</i>	173
<i>Los Amores de Maria, Canto de desagravio, por Don Francisco de Paula Ribas y Servet.</i>	179
<i>Á Nuestra Se6ora de la Merced, por D. Enrique Garcia Bravo.</i>	187
<i>Á la Virgen de las Mercedes, Oracion en la montaña por D. Jos6 Tarongi y Cort6s.</i>	191

À Maria, Verge de las Mercés, per D. Antoni Molins y Sirera.	195
À la Verge Maria per D. ^a Maria de Bell-lloch.	201
À la Verge de las Mercés, per D. Joseph Marti y Folguera.	205
À la Verge de la Mercet, Romanç per D. Joan Baptiste Pastor Aicart.	209
Nuestra Señora de la Merced, Ligera Reseña histórica del Instituto religioso de este nombre. por D. Pedro Huguet y Campañá.. . . .	217

